Fray Mocho



—¡Avanti, don Hipólito! ¡Tiraboschi a su lado es un poroto!

—¡Estoy con el agua al cuello!

—No importa; hágalo por nosotros, que otra como esta ya no la volveremos a pescar!...



No hay lugar

señora, si Vd. no está preparada para recibirlo debidamente.

¿Ha realizado Vd. todo lo que significa "tener un hijito"? — ¿Sabe Vd. que se hace responsable de su vida, de su futuro bienestar físico y moral?

Vd. no ignora que el niño criado al pecho es siempre más robusto, más sano que el que toma otra clase de alimentos, y que cuando se enferma, resiste mejor. Pues, aquí mismo empieza su sagrado deber. ¡Críe su hijo Vd. misma!

Vd. puede hacerlo. — Diariamente 2 o 3 copas de la deliciosa

Malta PALERMO

El Extracto preferible a todos

producen una rica y sana leche en abundancia, al mismo tiempo que benefician altamente el organismo de la madre. Ella se sentirá vigorosa y fresca, su apetito será excelente y gozará de un sueño reposado y reparador. Se sentirá completamente feliz cumpliendo su sagrado deber de madre. — Si dudara, consulte a su médico o pídanos certificados.

A las jóvenes madres les recomendamos la lectura de nuestro librito: "EL NIÑO EN SU PRIMER AÑO DE VIDA", lo remitimos gratis y gustosos.

PÍDALA POR SU NOMBRE
EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAÍS

CERVECERÍA PALERMO S. A.

BUENOS AIRES

En Montevideo: Juan Musante, 25 de Mayo 701



FRAY MOCHO

Año IX — Buenos Aires, 24 de febrero de 1920 — Núm. 409

El veraneo de los chauffeurs

Como era de esperar, dadas las pretensiones contenidas en el pliego presentado a la intendencia, por los chauffeurs de la capital, este gremio resolvió declararse en huelga hace varios días, y, a la hora de escribir este comentario, continúa la paralización de los automóviles de alquiler, y también la de los coches de plaza, cuyos conductores, llevados por la solidaridad de clase, se plegaron igualmente al movimiento.

El efímero reinado de Momo ha transcurrido, pues, sin que un elemento principalísimo, como es el vehículo, haya tomado parte en las expansiones carnavalescas. Dicha circunstancia restó, sin duda alguna, un gran concurso al entusiasmo popular que este año se advertía más acentuado que otras veces; pero, a pesar de ello, la población de Buenos Aires, que (dicho sea en su elogio), puede ofrecerse como modelo de público sufrido y paciente, aceptó con estoicismo semejante estado de cosas, y cada cual por su parte, decidido a divertirse, trató de exteriorizar su buen humor y alegría, valiéndose del medio con que mejor pudo realizar sus deseos.

Es así cómo, sin echar de menos los carromatos de taxímetro, se llevaron a efecto los corsos de carnaval, en los cuales no faltó la presencia de algunos automóviles particulares. En la Avenida de Mayo, por ejemplo, se desplegó gran animación, y desde la calzada a los palcos, y de una a otra mesa, en los cafés, se trabó, con no poco ardor, la tirada de serpentinas. Podrá aducirse que la estética del conjunto perdió con la ausencia de las nutridas y vistosas filas de carruajes; pero en cambio puede asegurarse que ganó la higiene colectiva al quedar eliminados el pestilente humo de la nafta y el insoportable hedor de las emanaciones equinas, factores agresivos entre los que, a decir verdad, no pueden resultar muy airosas la gracia de un gesto o la espiritualidad de un chiste.

Entretanto ha quedado en los bolsillos de los habitantes bonaerenses, para darles mejor o más positiva aplicación que la que se les había destinado, no pocas decenas de miles de pesos que, durante las carnestolendas, debieron pasar a poder de los señores "veraneantes" y de los propietarios de los vehículos que son, en definitiva, los más perjudicados, puesto que han dejado de percibir el mayor rendimiento del año.

Respecto al movimiento gremial es indudable que la oportunidad elegida para acordar el paro ha provocado en el público una actitud de unánime desaprobación y preparado, por consiguiente, un ambiente propicio al completo fracaso de la huelga.

DE LA VIDA INTENSA...



—¡No puedes imaginarte, mi querida Cleofé, qué vacío se hizo aquí con tu ausencia!

CANCIÓN

Como un niño ciego que va de la mano
de su lazarillo recorriendo el mundo,
y en todas las puertas canta sus miserias
para que le brinden un triste mendrugo,
así yo camino por la tierra, ciego
de dolor, cantando mi pesar profundo
en todas las puertas de los muy felices,
de los que disfrutan de todos los lujos,
y nadie me escucha... ¡y a nadie conmuevo!...
y yo te pregunto
lleno de amargura,
¡pobre vida mía de paso en el mundo!:
—¿Para qué me sirves si no me defiendes
de tantos felices que son mis verdugos?...

José M. BRAÑA.

VIDA SOCIAL



—¡Pero, infeliz! ¿Casarte con un linotipista? ¿No comprendes que a la primera disputa es capaz de provocar una huelga de tipógrafos nada más que para que no puedas leer el folletín?

Por lo demás, no deja de ser altamente satisfactorio el constatar que la estadística de accidentes callejeros ha permanecido en blanco desde que estalló el movimiento. Los ciudadanos, que como era de vigor, debieron haber sido despanzurrados o perniquebrados durante los días de huelga, a no haberse declarado ésta, continúan gozando de su integridad orgánica, y, por ende, encantados de la vida.

Como es natural, la Asistencia Pública, por su parte, agradecidísima.

"Good save Baulito's"

Baulito Villanueva acaba de estar a dos pulgadas del camposanto. ¿De cómo la cerradura de Baulito estuvo a punto de codearse con la llave gorda de San Pedro?... ¡Un momento, señores! Baulito es todo un rebelde y todo un guapo, porque hay que tener presente que se puede ser al mismo tiempo rebelde y flojo. Huelgan los ejemplos... A Baulito, en la sostenida campaña contra el unicato ejemplar, le tocó arrojar el primer canto rodado del joven y ya poeta Cires Irigoyen al patético tejado de su señor tío. Hizo blanco y levantó roncha. No contento Baulito con trabajar de David y Goliat, pensó hondo y escribió largo. Y allá fueron sus cartas a los cuatro vientos, no dejando títere de la Santa Regeneración con cabeza: se metió con nuestro "retraído" primer mandatario, con Lencinas, con el diputado Mengano, con el caudillo Zutano, con... siguen los destinatarios de sus sintéticas misivas. Al único que elogió sin tasa, jarro ni medida (para el vino barbera), fué al indesteñible "cav." que hace como que gobierna a la provincia de Buenos Aires. Baulito se equivocó de cruz a rabo, como se equivocaron tantos otros, al dar la fila con la insumergibilidad del señor Crotto, "ferito di morte" al primer cañonazo disparado por una modesta ocarina armada en corso platense. Es que Baulito no ha nacido para profeta.

No sabemos quién ha dicho por ahí que el que siembra vientos recoge tempestades—tal vez sea el contraalmirante Juan Pablo Sáenz Valiente, diputado conservador en puerta—verdad más grande que el "Bahía Blanca" en el dique 4, desesperado por el aburrimiento y la nostalgia del mar. Y a Baulito le llegó su Santa Bárbara bendita, con truenos y estacazos, sin decir agua va, vale decir a traición.

Era la noche aquella en que el San José del radicalismo—ciudadano Domingo Garré, carpintero de Belgrano,—dió formidable grito de Ipiranga en el seno de la convención de la capital, originando los meneos y cabildeos que son del dominio público. Fué en esa noche de impertérritas miserabilidades, que un grupo de carteros selectos cargó sobre el tesonero Baulito, en esquina central, vociferando "¡Abajo el traidor!" Epílogo: le "certificaron" el pajizo, a bastonazos.

Señor Giuffra: eso está mal. Baulito tiene derecho al "porte... pago".

Federalismo ante la historia -- Unitarismo en el presente

por Juan A. MENDOZA ZELIS

Los que profesan la doctrina constitucional y política del federalismo presentan ese sistema como la resultancia de una civilización superior en todas las manifestaciones y actividades de un pueblo. Han llegado hasta llamarle la teoría del progreso que distribuye el gobierno de grupos por la suma de capacidad a que se arriba, y que se manifiesta donde las costumbres regionales son opuestas o la religión, el clima, la tradición y el idioma son desiguales.

Partiendo de tales términos y estudiando los sucesos ocurridos en la república desde el 19 se ve que en la Argentina no ha existido el sentimiento y el espíritu federalista. El año 19, el 30 y aun en el presente el país ha carecido y carece en absoluto de las múltiples causas que determinan o imponen el sistema. Ni la plétora de habitantes, ni los intereses regionales, ni los problemas económicos podrían oponerse. La república ha vivido y vive con toda su riqueza natural en bruto. Las pampas imperaban inmensas y solas, y ahí están desde el coloniaje esperando las caricias de los hombres... Aráoz, Güemes, López, Ibarra y Ramírez no pueden exponerse como determinantes del federalismo argentino. Ellos constituyen en la historia el período de la barbarie. Se opusieron a todo lo que fuera trabajar por la grandeza nacional y tenían la neurossis del incendio y sentían como un sublime vértigo al contemplar la muerte de la república. La historia ofrece ese cuadro en donde luchan dos fuerzas y dos sentimientos. Ramírez, López, Ibarra, no han dejado una sola comprobación escrita de sus nociones constitucionales o de sus ideales o sentimientos políticos. El alzamiento de Bustos al sublevar en Arequito el ejército del alto Perú que venía al mando del general Cruz al grito de ¡viva la federación! y el triunfo de Ramírez sobre el director Rondeau y Balcarce en la Cañada de Cepeda, no pueden considerarse como triunfos de ideas federales en lucha con ideales unitarios. La historia sufriría un sensible error si atribuye a los federalistas la sublevación de las fuerzas que venían de Chile al mando de Alvarado y enviadas por San Martín. La sangrienta campaña fué la resultancia de la baja ambición de los caudillos. Ellos arastraron la nación a la discordia sin más propósito que el predominio personal. No tenían esos gauchos malos ni la noción de sistemas ni poseían las ciencias políticas. En el actuar de esos caudillos levánticos no se ve una sola nota de luz, de pensamiento. Es la acción brutal— la fuerza de la fuerza que se oponía a la unión nacional; es el sentimiento de disolución que sucede a la acción de los patriotas; es el incendio y la anarquía que se ponía frente a frente a la cultura y civilización argentina. Fijemos, pues, con caracteres propios los fundamentos históricos de las instituciones federales. Las muchedumbres de aquellos tiempos obedecían al terror de los caudillos que dominaban las campiñas de Entre Ríos, Tucumán, Salta, La Rioja, etc. Los paisanos ignorantes estaban bajo la brutal y cruel dominación de Facundo. La Argentina, pues, no ha tenido jamás federales y no podríamos considerar apóstoles de esa doctrina a esos jefes sin bandera que querían, como lo dijo Mitre, la lucha vandálica y desacreditada de la antigua montonera.

La forma que hoy nos rige fué impuesta como un remedio en aquel tristísimo período por que cruzara la república. Fué una suprema necesidad para reconstruir la nacionalidad argentina y no mediaron razones de cultura, capacidad e ilustración de las masas. Todos los autores están contestes en considerar aquellos tiempos como los más atrasados por que pasaran las provincias. Vedia y Mitre dice que si algo fuera necesario agregar para demostrar que las provincias no tenían capacidad para gobernarse a sí mismas en aquella época, bastaría hacer notar la clase de gobiernos que soportaron hasta el día de la caída de Rosas y el estado de profunda desorganización interna en que vivieron. Sarmiento, estudiando estas mismas cuestiones, expuso simplemente sus impresiones en dos palabras: barbarie y civilización. Recuérdense las palabras de Mansilla en el congreso del año 25 al contestar a Galisteo y Portillo en la defensa del régimen federal. El general Mitre, al hablar de ese congreso, nos dice: que no hubo dos opiniones respecto a la necesidad de establecer el régimen republicano, y que a pesar de ello las tendencias federales determinaron su fracaso "como si federalismo pudiera llamarse al desquicio, a la disolución, al caos, a la anarquía".

Los tiempos han corrido. Los gauchos y los matreros dicen que han muerto y que el país evoluciona. Hemos vivido más de medio siglo bajo el imperio del régimen federal. Las épocas han cambiado y el espíritu argentino existe hoy desde el Iguazú hasta el estrecho. El pueblo viste hoy con trajes distintos, habita sus viviendas modernas; los gustos artísticos marchan en aumento, las letras y las artes están más difundidas, pero la incapacidad del pueblo para gobernarse por este sistema es un hecho, desgraciadamente comprobado, y si bien más debilitado, el imperio de los individualismos se mantiene a la usanza de los tiempos primitivos. Las multitudes carecen de ideales y las fuerzas políticas se agitan bajo el impulso de sentimientos subalternos. Todo se subordina a la conquista y al interés individual; las fuerzas del estado se aplican a las conveniencias de círculo y el país vive bajo una sucesión de conflictos, de choques, de bastardas ambiciones y de apetitos repugnantes que anula su acción y paraliza su marcha. Las muchedumbres van persiguiendo el triunfo del un hombre y no se vislumbran sentimientos superiores. Aun tenemos amos, aun las muchedumbres tienen dueño y los estados tienen quien los usufructúe y monopolice. La democracia recién parece querer abrirse camino, y cuando creíamos en una conquista y en un paso hacia adelante, advertimos que hemos marchado hacia atrás y estamos entre la bruma.

Nuestras multitudes afirmo que no están preparadas para el gobierno e instituciones que tenemos, y entonces, el uso indebido e inconveniente que de él se hace, trae este relajamiento y esta subversión institucional y política.

La lucha por los catorce poderes provinciales nos ofrece el espectáculo tristísimo y desalentador; es que se abandona la enseñanza, la salud, la justicia, la seguridad, la obra pública, el régimen social obrero y político; y los gobiernos de provincia no han podido después de setenta años ofrecer a la cultura nacional ni siquiera la contribución de hacer hombres sanos y ciudadanos instruídos! Era lo menos que podía haberse esperado en una obra de más de medio siglo.

Las oligarquías continúan como antes oponiéndose a toda vida nueva, aprovechando de los recursos públicos y creando una población burocrática que pesa ya demasiado sobre la nación, hasta hacer imposible la misma existencia de los hombres que tienen que costear los enormes presupuestos públicos. Cada año éstos se aumentan, se contratan nuevos empréstitos y se gravan a las sociedades con pesadas contribuciones.

Consumidas así todas las energías de la república, ésta cae en profundas crisis, en agotamiento o insolvencia económica, más inexplicable cuanto más es la evidencia que propios y extraños tienen de la estupenda riqueza argentina.

Es en presencia de tales hechos que se agita el pensamiento unitario como único medio de hacer una patria grande, feliz y poderosa. El constituye la nota histórica del momento político argentino y marca el más transcendental acontecimiento, porque el pensamiento unitario viene inspirado en el anhelo de una reforma substancial así en lo institucional, en lo administrativo, en lo político como en lo económico y social de la república.

CON VINO BAUTIZADO, LECHE LIGERAMENTE AGUADA O CERVEZA, 1 $ m|n.

—Che, Callorda: usted no me trajo un bife, sino una suela de botín patrio.
—¿Y qué más quiere? El zapatero le habría cobrado cinco pesos.

LAS HUELGAS

—¡Por favor! ¡Vengan en seguida a casa!... ¡Se ha roto una cañería y estoy inundada!
—Lo lamento mucho, señora; pero todos mis obreros están en huelga. Si quiere, puedo venderle una bomba.

Los abisinios, a excepción de la clase elevada, son gente bastante enemiga del agua y del jabón. La mayor parte de ellos sólo reciben tres lavatorios mientras están en el mundo; cuando nacen, cuando se casan y cuando mueren.



—¿Qué le pasa a usted, señor?
—¡Ay! Me han subido el alquiler, me he quedado sin empleo, y mi hija se ha casado con un hombre de esos a quienes llaman genios.

Relojes astronómicos notables

La moderna mecánica de precisión y el arte de la relojería, han llegado a una altura no sospechada por la generalidad de la gente. De ello es buena prueba el magnífico reloj astronómico del municipio de Munich.

Este reloj, construído por un artífice de Munich llamado Cristian Reithmann, bajo la dirección del profesor Otto Hupp, puede ser considerado el más completo que existe en su clase. No sólo señala las horas, minutos, segundos y diversas fracciones de segundo, sino el año, el mes, la fecha, el día de la semana y todas las fiestas del calendario (fijas y movibles); la salida y la puesta del sol, los pasos del meridiano del sol y de la luna, las fases de esta última, la posición y el movimiento de los ocho grandes planetas (Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno), y por último, el movimiento de los cometas periódicos en torno del sol. A mayor abundancia, el reloj señala toda clase de horas: la hora solar real, la hora solar media, la hora media en Europa, la hora sideral y la hora de 80 capitales del mundo. ¡Asombra, en verdad, la cantidad inmensa de paciente trabajo y de penoso estudio que representa el reloj astronómico de referencia! Cuando se piensa en ello, parece mezquina la cantidad que por él ha satisfecho el Municipio de Munich y que ha ascendido a 60.000 marcos, unos 17.000 pesos oro de nuestra moneda.

Entre los relojes monumentales célebres por la ingeniosidad o la originalidad de su mecanismo, fuerza es recordar el llamado Menzánach, una de las tres maravillas del Mechuar, residencia de los antiguos reyes de Tlemecen. Los historiadores árabes refieren que sobre el cuerpo principal del reloj se elevaba un zarzal de plata, en una de cuyas ramas aparecía posado un pájaro protegiendo con sus alas a dos de sus hijuelos. Al dar las horas, una serpiente de plata oculta en la maleza, se lanzaba sobre los pajarillos y los hería con su dardo sin que pudieran impedirlo los aletazos del padre. Entonces, abríase una de las doce puertecillas destinadas en la caja central para mostrar la hora, y daba paso a un figura representando hermosa esclava. Esta sostenía en la mano derecha un libro abierto donde aparecía la hora, formando parte de una pequeña composición poética. La figura llevaba su mano izquierda a los labios para saludar al soberano, y reconocerle como califa.

Pero con haber sido los orientales grandes maestros en artes mecánicas, fué en Occidente donde, aplicadas éstas a la relojería, produjeron mayores obras notables, como por ejemplo, el reloj de Lundeu, en Suecia, construído en el siglo XIV, y que ponía en acción a cada hora las figuras de un Nacimiento, y el no menos famoso Jacquemart, de Dijon, correspondiente a la misma época.

Un reloj célebre, es el astronómico de la catedral de Estrasburgo. Contiene el citado reloj, el cómputo eclesiástico, un calendario perpetuo con las fiestas movibles, un sistema planetario según Copérnico, las fases de la luna, los eclipses de sol y de luna, la hora aparente y la hora sideral, una esfera señalando el orden de los equinoccios, las ecuaciones solares y lunares para la reducción de los movimientos medios del sol y la luna en tiempos y lugares verdaderos, etc.

Las horas, las subdivisiones y los días de la semana con los signos de los planetas a ellos correspondientes, se encuentran marcados al exterior y al interior. Además, una esfera, cuyo diámetro alcanza nueve metros de circunferencia, marca la fecha, la letra dominical y el santo del día. A cada cuarto de hora, una figura golpea un timbre, siendo repetido este golpe por cuatro autómatas que representan las cuatro edades de la vida. La Infancia da el primer cuarto, la Adolescencia el segundo, la Virilidad el tercero y la Vejez el último. La Muerte, que aparece en un pedestal, junto a la Vejez, se halla encargada de dar las horas.

A las doce del día, de una hornacina salen los doce apóstoles; quienes, inclinándose, saludan a Jesucristo. El Salvador contesta extendiendo las manos como para bendecirlos. Al mismo tiempo, un gallo encaramado en una torrecilla lateral, agita las alas y canta tres veces.

El azúcar y las espinas

Hay plantas cuyos actos, como los de ciertas personas, dependen en gran parte del trato que reciben.

Las aliagas y otras plantas espinosas forman en este número.

Cuando se las cultiva en un ambiente húmedo, producen hojas ordinarias en lugar de espinas, siempre que se tenga la precaución de suministrarles por alimento substancias minerales. Si en vez de éstas se les da azúcar, que las raíces absorben rápidamente, la planta se transforma y produce numerosas espinas. El alimento azucarado surte en estas plantas el mismo efecto que el aire excesivamente seco.

MAURICIO

por Joaquín V. GONZÁLEZ

I

Esto que voy a contar sucedió en mi pueblo, en ese pedacito de tierra argentina, encerrado por colinas pintorescas que rodean, formando una elipse de algunas leguas, el valle tributario del Famatina. Allí está Nonogasta, asiento legendario de mis ascendientes, cubierto de viñedos y alfalfares, y cruzado de arrogantes alamedas que se divisan de lejos como las avenidas de un paraíso de inalterable ventura, de inextinguible verdor.

Por aquel tiempo—el de mi historia — toda la gente de faena, los mozos y las mozas robustas y rozagantes como árboles nuevos a los cuales no falta riego ni cuidado, andaban revueltos y avispados con la proximidad de las fiestas de Santa Rosa, la rosa mística protectora de nuestra América, y por advocación especial, del antiguo pueblo de Anguinán, distante unas tres leguas y al pie de una de esas colinas circundantes.

Todos preparaban trajes vistosos y lucidos; sacaban a orear sobre los cercos las prendas de lujo del fondo de las petacas, y cuando esto se hacía en todos los ranchos de la población, parecían vestidos de gala, con grandes mantos de espumilla de seda, de colores provocativos y dibujados con toda una exuberante floricultura, pero que ondearán airosos sobre la espalda mórbida de las chinitas, frescas y gordinflonas, movedizas y decidoras, cuando monten a caballo y emprendan al galope hacia el pueblo vecino el día de las fiestas, en caravana bulliciosa, como que irán llenas de esperanzas de sus primeras conquistas o del cumplimiento de pasadas y secretas promesas.

La primavera tenía la culpa de todo aquel alboroto, y de que las pacíficas haciendas de la aldea señorial rebosasen de contento, de risas y de preludios de futuras canciones, porque ya los viñedos podados y listos empezaban a verdear con los primeros brotes; los durazneros inmensos, alternados con grupos de cepas, hallábanse pletóricos de sus flores de un rosado sangriento como mejillas de niña robusta, y parecían, mirados a distancia, como si no hubiese más que flores sobre todas las fincas; los zorzales cantaban melodías, perdidos entre los bosques de árboles frutales y de rosales silvestres, como si cada uno llamase por cantos convenidos a su querida para la estación del amor: había locura en la naturaleza, desborde en el colorido y en los brotes de las plantas, gritos y cantos de fiesta por todos lados y anuncios de desordenada alegría en los corazones. Era la primavera la única culpable, porque aquel año quiso derramar sobre la aldea y sobre las almas juveniles toda la riqueza de sus arcas, toda la pompa de su reino, y la borrachera de su savia peligrosa.

El día de la fiesta, bien de mañanita, junto con los amagos del sol primaveral, una cabalgata numerosa emprendía la marcha hacia el pueblo donde el festival de Santa Rosa de Lima celebrábase con el concurso de todas las gentes comarcanas de tres, de cinco, de siete leguas a la redonda. Había que llegar antes de la misa, y por eso se apuraba a los caballos, y las muchachas se valían de esto para apartarse solas con sus acompañantes, dando carreras para que ellos las sigan y haciendo flamear las cintas multicolores y los flecos de los pañolones de seda.

Mientras el alegre grupo se alejaba por el ancho carril al son de risotadas y vidalitas, allá en el patio del rancho se quedaba solo un mocetón fornido y de casta árabe, ensillando la mula favorita con el apero de los días grandes: cabezadas, riendas y estribos con chapas de plata, lazo nuevo a los tientos, y asomando por debajo del pellón de merino las borlas de la alforja, bordada por la mano de la "prenda", cuando la tenía y le enviaba los regalos para el avío del viaje.

La mula de Mauricio—que este era el nombre del mozo,—estaba para rajarla con la uña, porque la había tenido a pesebre para ese día y era un animal providencial. El la quería como a un pedazo de su ser, porque en los mil trances que a un hombre de parranda y de pendencia, de travesías y patriadas le suceden, ella le había salvado la vida cual una divinidad protectora.

Así podía beber tres días y tres noches encajado sobre la montura y sin apearse un instante, como tomar, ya perdido el conocimiento, el rumbo que quisiera, seguro de que la mula le había de sacar ileso y llevar al patio de su rancho de Nonogasta, aunque para ello tuviese que recorrer los campos, cortando selvas y caminos extraviados y aun en las tinieblas de la noche.

Mauricio estaba triste, y antes de montar para seguir la caravana, sacó de la pintada alforja una botella de aguardiente y entonó el pecho con el primer trago de la fiesta, que había de ser memorable. Cuando revoleó la pierna para enhorquetarse en la montura, y se acomodó bien en los estribos y en el asiento, sacudió los pies para ver si las rodajas de las espuelas repicaban en forma y se puso en camino.

El era uno de los muchachos más queridos de toda la hacienda; descendía de viejos servidores encanecidos en compañía de sus amos, y era respetado por los de su clase por algo superior reflejado en el acento, en la mirada y en los modales ennoblecidos por la proximidad de los patrones. Por eso sus bodas con la mejor de las muchachas del pueblo, con la linda Carmen, fueron un triunfo, y por eso también, para su desdicha, cuando la perdió para siempre, al año de desposada, apenas le salvaron de resoluciones desesperadas y locas. El prometió a uno de mis abuelos que no haría disparates, pero le dejarían en cambio el derecho de llorar y de sufrir toda la vida, y de ahogar de cuando en cuando sus penas como el corazón se lo pidiese... Nunca el recuerdo de su Carmen le había asediado más que aquel día. Como que toda una historia de felicidad se renovaba para él entonces: hacía un año que en esa misma mula, primorosamente enjaezada, se marchaban a las fiestas: ella iba a las ancas sobre una alfombra nuevecita, y prendida de la faja de seda encarnada que modelaba el cuerpo atlético de su novio, así, bien cerca, para que él pudiese, a escondidas de los otros, volver la cara para darle un beso delirante sobre la mejilla ruborosa y cálida...

¡Recuerdos terribles los del pobre Mauricio! Pero un trago más del aromático licor de la uva le espantó la visión tenaz, y quiso distraerse cantando a solas algunas tonadas alegres. Al salir de la población se alza, o mejor dicho, se halla reclinado el pobre cementerio donde casi todos mis antepasados reposan, y donde hacía apenas un año Mauricio había depositado el cadáver de su "Carmen idolatrada", como le solía decir en sus coplas de amante; y allí la mula, siguiendo una costumbre dolorosa de su dueño, se detuvo un instante en frente del portón siempre abierto del humilde refugio.

Sintió el joven viudo un golpe sobre el corazón, como si una mano invisible se lo hubiese lastimado por dentro, y cerrando los ojos para acortar la cadena de las lágrimas y hacerse la ilusión de que, apagando el mundo exterior apagaba el de lo íntimo, clavó los ijares de la mula y casi al galope se alejó por el camino de las fiestas... A todo esto, ya la comitiva hacía mucho que había llegado a Anguinán, justamente antes de empezar la función de la Patrona. Cuando dieron vuelta al último recodo del camino, se oían los repiques juguetones de las campanas de la iglesia, y muy pronto vióse la fachada triangular con unas manos de blanco, lo que le daba a lo lejos el aspecto de una paloma con las alas abiertas. El campanario es tan sencillo que inspira un sentimiento indefinible de ternura, y hasta dan deseos de ser hondamente devoto para consagrarse a la indigencia evangélica y a la vez seráfica que aquella construcción revela... Encaramados sobre un travesaño de madera, del cual penden las pequeñas campanas, algunos muchachos del pueblo las habían tomado por su cuenta, y, a guisa de repiques, ejecutaban sobre ellas como si redoblasen en un tambor dianas victoriosas, aires de regocijo que iban a recorrer de prisa y atropelladamente todos los rincones del circuito de graciosas colinas: como que el señor cura les había dado plena libertad para meter todo el barullo que quisiesen, ahora que llegaba la ocasión y como quien alegra la gente.

Cuando la caravana nonogasteña asomó a la plaza del pueblo, notóse un movimiento de júbilo en todos los vecinos y forasteros que pululaban en frente de la iglesia esperando el último toque. Reventaron miles de cohetecillos regalados para la función; los muchachos de la torre hicieron exclamar en alborozadas bienvenidas a las campanas, y todos, por fin, sintieron anuncios de que las fiestas serían esta vez, como nunca, espléndidas, grandiosas... ¡Qué de proyectos y preparativos! Pero no es hora todavía de pensar en eso, porque la misa va a empezar; ya ha entrado todo el gentío en la iglesia y sólo se siente después un profundo, un religioso silencio que dura un largo rato.

Afuera habían quedado solamente los hombres encargados de los estruendos y de las salvas en el instante de alzar, para lo cual daría la seña un negro colocado en la puerta... Cuando fué tiempo, las campanas lanzaron verdadera lluvia de repiques acelerados, y desde la plaza estremecieron los cerrillos circunvecinos las *camaretas*, los cohetes y los buscapiés, encendidos todos a una voz, y las descargas de una compañía de voluntarios armados con fusiles de chispa, preparada también para el acto.

Después, cuando terminó el oficio, salían los feligreses de la pequeña nave, apretándose en la puerta, y con sus vistosos y abigarrados trajes hacían el efecto de una bandada de pájaros a los cuales se les hubiese de pronto abierto la prisión. Todos corrían a buscar sus cabalgaduras, amarradas del cabestro a la sombra de los grandes árboles de alguna finca próxima, y formados de nuevo los grupos, se dispersaron entonces, yendo a las pulperías o a las casas donde se habían preparado los bailes para los tres días de las fiestas. En breve empezaron a oirse en distintos puntos, dentro de las casas ocultas por los huertos, los compases saltones de las músicas y las danzas criollas.

Los nonogasteños tenían preparada su fiesta en una casa espaciosa con frente a la plaza y al fondo una extensa finca de viñas y de abundante fruta. Debía haber provisión de todo, y de entusiasmo para los tres días obligatorios de diversión y allí había concurrido lo más escogido del pueblo en punto a mozas bailarinas y a galanes trasnochadores y capaces de seguirla sin descansar, si ustedes quieren, una semana entera, en habiendo música, vino y muchachas.

Era delicioso, oído a distancia, el rumor intermitente de palmoteos, algazara y cohetería que se levantaba de distintos puntos de la pintoresca población escondida entre los árboles, de manera que aquellos estrépitos de festín parecían surgir de un paraje de encantamientos y de brujerías.

Por más que hizo Mauricio para llegar a tiempo de oir la misa, sus pensamientos no se lo permitieron, y deteniéndose a cada momento echaba un trago de aguardiente, cobraba nuevos bríos y seguía la marcha. Así, cuando llegó a los primeros cercados del villorrio de las fiestas, ya todos estaban de baile, y lo que era de notarse, ya su cabeza no venía muy dueña de sus facultades.

Una oleada de piadoso remordimiento sintió levantarse en su corazón cuando vió cerrada la descolorida puerta del templo como si se le negase a él solamente el derecho de ir a doblar la rodilla delante de la Virgen. Hay que confesar que en ese momento Mauricio tuvo miedo de algo desconocido que su ignorancia y la turbación de sus sentidos no le permitieron determinar claramente; sólo, sí, que le temblaron las carnes y un frío agudo recorrió por dentro de sus venas.

—"No hay más remedio—se dijo para sí—que ahogar las penas con el licor. Si Dios me castiga, que sea con la muerte, pero, por lo menos, yo no lo he de sentir": y empinaba de nuevo la botella para matar en la conciencia los dos pensamientos que ahora le torturaban; ¡y los dos eran tan tenaces, tan profundos, tan dolorosos! El pobre muchacho estaba desconocido. Sus nobles facciones, sus ojos negros y brillantes, su apostura caballeresca parecían marchitos por un principio de muerte lenta, como se ponen las hojas del sarmiento trepador cuando el insecto ha cortado la raíz en el fondo de la tierra.

Daba lástima contemplarle: vacilante, instable sobre la montura chapeada, atinando apenas a imprimir rumbo a la paciente bestia, la cual le conducía con un cuidado maternal evitando las ramas espinosas, suavizando las bajadas y los pasos difíciles, deteniéndose bajo la sombra de los árboles, soportando con resignación amorosa los caprichos y los rigores de su inconsciente dueño. La pobre bestia tenía los ojos tristes y como enturbiados de llanto, pero era visible su contento cuando Mauricio se acostaba sobre su cuello rodeándolo con sus brazos, como si en su delirio perenne, en su aturdimiento premeditado, buscase en esas caricias un consuelo que ya no existía, o cual si se amarrase a ella para que le salvase de un desierto o de un bosque sin salidas ni derroteros.

Vinieron medio a despertar y solicitar su albedrío los rumores del baile donde se divertían sus compañeros de partida; picó a la mula hacia ese sitio, y ella le condujo hasta el patio de la casa, en el cual se había formado el salón; la parranda estaba en lo mejor, el entusiasmo en su punto y los muchachos se despepitaban zapateando *chacareras, gatos* y *escondidos,* y ondeándose con el movimiento arrebatador de la *cueca,* para la cual no admiten competencia las criollas de mi pueblo. Estallaban los vivas y se cruzaban los brindis en honor de la pareja triunfante, y se encendían cajones de cohetes cada vez que alguna linda morocha, al terminar la vuelta, se quedaba desafiando al amor en la postura final con el pañuelito blanco revoleado en alto con la mano derecha, sonriente y provocativo el rostro y ardiente la mirada...

Mauricio tenía la borrachera triste y de una tristeza comunicativa; por eso cuando la mula se detuvo con él casi en medio de la sala del baile, porque así solía hacerlo siempre, una ligera sombra de melancolía se extendió por la reunión. Fueron en vano los ruegos para que se apease a tomar parte en la alegría común, para que bailase unas cuantas cuecas, con las que hacía volverse locas a las muchachas en sus buenos tiempos, o por lo menos, para descansar del viaje.

¡Nada, nada! Mauricio se abrazaba al cuello de la mula, resistiéndose a todo trance, hasta que, advirtiendo instintivamente el mal que hacía su presencia de tal suerte, se puso de pronto de buen humor y a pedir piezas para que bailasen las niñas que él designaba:

"¡Vaya, vaya; a la salud de don Mauricio!—gritaron todos, contentos por esa repentina alegría,—¡que baile una chacarera la Pepita con Juan Pablo! ¡Que salgan al medio, que salgan!"

Y cuando la Pepita se levantó coqueteando a pararse en el centro del salón, tiró a su asiento el abanico y el ramo de albahacas que tenía en las manos y el elegante compañero la invitó a principiar, con un gracioso contoneo y una miradita convidadora, no hubo pecho que no estallase en un grito de entusiasmo, y las manos parecían escasas para palmotear al compás de la música, cuyas variaciones la pareja seguía con pasmosa agilidad y gracia desbordante. Fué tanto el efecto de esa tanda a la salud de Mauricio, que éste casi se dejó caer de la montura para estrechar en un abrazo loco aquella cintura incomparable y aquel cuerpo todo de la Pepita, que hacían olvidarse del mundo y volver a la razón a los que la habían dado en cambio del vino. Pero aquel vahido de sensual entusiasmo le hizo mal; y como tenía la borrachera triste, todos le vieron derramar una lágrima silenciosa que corrió sobre su tostado rostro, nublado otra vez de súbito por la embriaguez, estimulada sin duda por las emociones fuertes; pero pudo balbucir algunas frases de cumplimiento en pago del obsequio, porque al fin Mauricio no tenía rival en cuanto a decidor y coplero:

—"Oiga, niña; si en mi jardín hubiera flores y en mi cielo hubiera estrellas, ya estarían a sus pies para que usted las pisara"... Y pidiendo un vaso de vino para sí y otro para la Pepita, la llamó a su lado, puso la mano suavemente sobre su espalda y casi en secreto, entrecortadas las palabras por sollozos desgarradores que parecían de la borrachera, le dijo al oído:

—"Vea, mi hijita, no me desprecie. Yo soy un hombre maldecido de la suerte; pero cuando esté en sus glorias, acuérdese que el pobre Mauricio le ha dedicado un gemido de su corazón." Y diciendo esto chocó su vaso con el de ella con tanta fuerza y de modo tan brutal, que el suyo cayó hecho pedazos, como si se hubiese roto su corazón. Después, ya no dijo más. Una pesantez de cadáver doblegaba su cuerpo, a cuyas oscilaciones la mula obedeció, dando vuelta suavemente en dirección a la calle... Los del baile se quedaron un momento en silencio; una niebla ligera empañó los ojos de la triunfadora Pepita, pero las

músicas, con sus aires aturdidores y provocativas cadencias, volvió la animación al festín interrumpido.

———

El ebrio salió de allí para vagar por las tortuosas calles de la aldea, entregado al instinto de la mula amiga; a cada momento, donde oía rumores de diversión, la picaba con las espuelas con impulso automático, y el dócil animal le odebecía como si sintiese pena de contrariarle. Pero en los otros grupos no le querían tanto y no hacían de él ningún caso, y por allí le dejaban solo, abandonado a su bestia y a los intermitentes pero tardíos relámpagos de su voluntad embotada.

Mauricio se perdió de vista entre las encrucijadas que forman los callejones de las fincas y de los viñedos frondosos; era un cadáver amarrado sobre una mula y ésta vagaba, vagaba sin más dirección que la impuesta por el instinto de salvar al jinete, ya deteniéndose largas horas debajo de un tala gigantesco, como para ocultarle debajo de las ramas a la vergüenza pública, ya retirándose por la noche al abrigo de algún rancho, donde quizá la compasión o el comedimiento se lo arrancarían de encima para ofrecerle un techo.

Pero, nada; pasaron los tres días de la fiesta de Santa Rosa, volviéronse a sus aldeas lejanas los promesantes y los forasteros, y la villita se quedó de nuevo sumida en el mortal silencio de siempre, no alterado sino por los perros que durante la noche levantan espeluznante concierto de aullidos, provocados por cualquiera sombra pasajera o por ruidos que vienen de no se sabe dónde, traídos por los ecos de las montañas. Y el grupo de Mauricio sobre la mula, cruzando como visión sepulcral por todas partes, o como espanto de arrepentimiento después de tanta licencia y orgía, tuvo a los habitantes del pueblo en constante sobreexcitación, hasta el punto de creer que fuese aquel jinete extraño alguna encarnación del diablo montado sobre una mula maldita.

Al fin, aquella horrible peregrinación debía concluir de alguna manera, y fué la mula de Mauricio la que dió el desenlace. Iban ya tres días de no reposar un instante, de no quitarse el freno ni de probar un bocado: llamábanla desde su pesebre lejano el pasto fresco y la necesidad de holganza, de revolcarse sobre la arena menuda y recobrar aliento. Su amo no la contrariaría, y de todas maneras quizá él ganaba más con la vuelta a la casa de cada uno.

Como todos le creían *caso perdido*, le dejaron solo sus compañeros, o le creyeron ya de regreso anticipado. Por eso la comitiva nonogasteña se encaminó tranquila, aunque no con la misma algazara de la venida, hacia los hogares y las labores abandonadas. ¡Qué diablos! No trae uno la misma cara cuando viene a una fiesta que cuando se vuelve de ella, y lo último suele marchitar el humor hasta convertirle en fastidio y en ganas de provocar reyertas al primer transeunte que se pone al paso.

Así, pues, el infeliz Mauricio se quedó entregado a la casualidad y al instinto de la mula incomparable. La última noche de las fiestas estaba obscura, los caminos se perdían entre las dobles tinieblas del bosque, y ni siquiera fosforescencias caprichosas venían a dar vislumbre. ¿Y de qué había de servirle al pobre muchacho sin sentidos? La bestia marchaba de prisa, guiada por ese instinto que mis paisanos llaman "el amor de la querencia", y a la cual llegan siempre los animales, siquiera se hallen extraviados en el lugar más desconocido y desorientado. Mauricio, bien acomodado sobre la silla, sosteniéndose en equilibrio gracias a ese poder milagroso que cuida de los ebrios y de los niños, dormía a ratos, en otros hablaba delirando con las cosas más extrañas, y de vez en cuando, quizá en medio de algún sueño horrible, lanzaba gritos desgarradores como lamentos infernales en medio de las sombras y del silencio, e iban a hacer estremecer las colinas y el valle sobre los ecos sensibles.

La mula apresuraba cada vez la marcha, como si quisiese evitar, llegando pronto, una catástrofe, o como si temiese caer muerta ella misma en medio del campo y dejar a su dueño abandonado, perdido para siempre. ¡Ah!, pero de súbito divisó a lo lejos algunas luces semejantes a las que anuncian vivienda humana. Eran los fogones de Nonogasta, y al fin el pobre Mauricio podría reposar su cuerpo bajo el techo paterno... Las luces se aproximaban, corrían a encontrarlos por el camino y por instantes se perdían... El animal, extenuado de fatiga, debilitada la vista por el hambre y la sed, siguió a ciegas aquellos fuegos movibles y engañosos y entró detrás de ellos por el desencajado portón del cementerio, yendo a detenerse en frente de una de las sepulturas humildísimas que allí se levantan con majestad de monumentos por el amor que encierran.

Mauricio sintió la repentina detención, abrió desmesuradamente los ojos y, creyéndose delante de su casa, bajó con perezoso esfuerzo, y extendiendo al lado de la tumba su manta de viaje se quedó sobre ella profundamente dormido, con el peso de tres días de embriaguez, de ayuno y de constantes y ahogados sufrimientos.

Era la medianoche negra y pavorosa. A cada momento surgían de las sepulturas llamaradas pálidas que iban a perderse en otros sitios, como si los muertos se entretuviesen en juegos infantiles desde el fondo de sus cuevas.

La mula, que se había quedado de pie como otras veces, velando el estúpido sueño de su amo, no pudo resistir más tiempo, lanzó un estridente bufido de terror y emprendió la fuga hacia la casa de Mauricio, dejándolo solo, como un muerto más entre los muertos. Las aves y los roedores nocturnos, residentes venturosos de los pobres cementerios de aldea, sintieron alarma aquella noche: algo extraordinario había en la pacífica morada de sus banquetes opíparos. Las lechuzas siniestras volaban hacia los árboles cercanos con un grito fatídico; los zorros audaces se acercaban hasta olfatear el cuerpo de Mauricio, y aleccionados por su astucia insuperable, contentábanse con arrancar del tirador, de las botas o de las espuelas del mozo algunos cordones de cuero...

El alba venía ya; se anunciaba por la brisa fresca que la precede en aquellas comarcas, por la casi imperceptible tinta rojiza que empieza a teñir los vapores de la noche, y al fin, por un ligero piar en los nidos y en los aires.

Mauricio se incorporó de pronto, como poseído de una pesadilla horrorosa; se restregaba febriciente los ojos y los abría con avidez; no podía ser, jamás, lo que veía apenas por la luz inicial del día y con la aún dudosa claridad de sus sentidos... Confundíale, trastornábale gradualmente su informe raciocinio. El recordaba haber salido hacía mucho, y no obstante, estaba allí, solo, tirado en el suelo; ¿adónde fué y cuánto tiempo pasó desde entonces? Su razón se turbaba cada vez más, latiéronle las sienes con dolores agudos, clavó sus miradas de poseído sobre la deslustrada pared del sepulcro que tenía a su lado, y por último pudo ver en él un nombre, una reliquia conocida; y lanzando un grito espantoso que hizo vibrar el espacio:

—"¡Carmen!"—una sombra densa que no debía salir jamás entró en ese instante en el cerebro del desgraciado Mauricio. Pasó un breve intervalo de la inconsciencia pasajera del vino, a la irreparable, a la eterna tiniebla de la locura.

Cuando la gente de su casa vieron llegar a tales horas la mula ensillada que montaba Mauricio, dando bufidos aterrorizados, corrieron a buscarle con ansiedad y con negro presentimiento. Recorrieron el campo y las selvas, gritaban, llamaban con acentos casi sollozantes en el fondo de la noche al infeliz muchacho, y cuando ya el día aclaró los rastros de la tierra pudieron encontrarlo... Venía solo, a pie, cantando coplas alegres con acompañamiento de una guitarra que se imaginaba llevar en las manos... No conocía a nadie y hablaba a todos de cosas extraordinarias, incomprensibles, pero siniestras.

Sus palabras de loco eran relámpagos de la tempestad interior. Cuando él reía a carcajadas, los del pueblo lloraban en silencio; y así aquella primavera que cubrió de flores los huertos, regó de lágrimas los corazones.

¿QUÉ DESEARIA USTED SER... SI NO FUESE ESTRELLA?



A tal pregunta, hecha a varios artistas cinematográficos, han contestado: *Paulina Frederick dice que lo que le agradaría es exclusivamente ser una mujer de su casa. Según ella, las mujeres deberían preferir las ocupaciones domésticas a todas las demás de que son capaces. La opinión de Paulina Frederick no satisfará mucho a las feministas, pero en cambio le ganará las preferencias de ciertos maridos, que sueñan con una mujercita que les cuide y les mime.*



Billie Burke afirma que toda su ilusión sería ponerse delante de un caballete y pintar cuadros. Al arte de la pintura desea consagrar sus actividades todas, pero sólo puede emplear en él una mínima parte... cuando se retoca el rostro para caracterizarse o embellecerse. Que se consuele Billie Burke si no puede realizar sus sueños. Más fácil le es ahora comprar cuadros que no le sería entonces venderlos. ¡Y una cosa compensa la otra!

Cosas del cine que no se ven en el cine

NAZIMOVA

Decidir cómo es Nazimova en realidad, equivaldría a decir cómo es la esfinge. Nazimova es la más enigmática de las estrellas de cine. Por esta razón tal vez cuenta con tantas admiradoras femeninas.

Según ella, nadie puede resolver su enigma por la simple razón de que ni ella en persona se conoce con exactitud. Lo que equivale a decir que es muy caprichosa y que el snobismo es algo para ella trascendental y necesario.

Como mujer linda, nada tenemos que decir de la Nazimova, que lo es de veras, pero como actriz podríasele recomendar que en vez de estudiarse su verdadera naturaleza íntima estudiase su arte mejor y nos librara de sus pedantescas y cursis interpretaciones de la perversidad femenina.

Su nombre fuera del estudio es señora Carlos Bryant.

ELLIOT DEXTER

Se había anunciado su contrato como primer actor de la "Famous Lasky" cuando Elliot cayó enfermo y debieron interrumpirse las gestiones. Ya casi restablecido, éstas se han reanudado, y muy en breve Dexter impresionará su primera película para esta marca. La dirigirá William De Mille, pero no se sabe aún cuál será el asunto.



Margarita Clark quisiera emplear su tiempo y su gusto en la fabricación de juguetes para los niños. "Qué delicia—dice—crear cosas que les diviertan y admiren. Poner en sus ojos la luz del contento y en sus labios la sonrisa angelical. Nada puede ser más agradable para una mujer... máxime cuando además se puede ganar mucho dinero". Las palabras de Margarita Clark nos sugieren dos observaciones. Una, que en los artistas cinematográficos el romanticismo no es enemigo—¡qué esperanza!—de su bolsillo, y otra, que Margarita Clark desea lo que ya tiene. Con sus interpretaciones pone en los ojos de los niños la luz del contento, y anima sus labios con la sonrisa angelical, si bien no sólo son los niños los que sonríen, ni sus ojos los que brillan. Por lo que se refiere a ganar dinero, creemos que Margarita Clark no puede quejarse. ¡Con bastante menos nos conformaríamos nosotros!



Hamilton Revell es fotógrafo de ocasión y desearía serlo profesional. Sus ambiciones son bien modestas. ¡Le sería muy fácil encontrar quien le cambiase el puesto!... pero es probable que él resultara entonces un fotógrafo mediocre... y el fotógrafo un actor peor.



Dentistas de hace 6000 años

Los dientes postizos, los empastes y las dentaduras completas, no son, en modo alguno, invenciones modernas.

Hace seis mil años, tal vez mucho antes de que apareciera la civilización griega, el arte de los dentistas había llegado a un alto grado de perfección.

Ya Cicerón en su tratado De Natura Deorum *atribuye la invención de sacar los dientes a Esculapio, tercero de este nombre.*

Según el British Medical Journal, *la primera mención que en los libros antiguos se hace de las enfermedades de los dientes, se encuentra en Hipócrates, quien trata extensamente del dolor de muelas en varias partes de sus escritos.*

Los etruscos conocieron también el arte de arrancar dientes que parece aprendieron de los fenicios.

En el congreso internacional celebrado en Roma en 1900, presentó el profesor Guerini varios instrumentos antiguos que prueban que en Italia se practicaba hace muchos siglos algo muy parecido al puente dental.

En las sepulturas etruscas se han encontrado también coronas dentales artificiales. Las dentaduras postizas datan de remota antigüedad. En el museo de la Universidad de Gante, se conservan varios dientes postizos, hallados en una tumba de Orvieto, entre joyas y vasos etruscos. La antigüedad de las antedichas reliquias se remonta a unos cinco o seis mil años antes de Jesucristo.

En varias sepulturas griegas se han encontrado dientes empastados con oro.

Según Erasistrato, un sobrino de Aristóteles, médico de Seleuco Nicator, rey de Siria en el año 354 antes de Cristo, existía en el templo de Apolo, en Delfos, un aparato de plomo que se utilizaba para la extracción de muelas y dientes no cabe duda que tratándose de un instrumento de plomo, su uso habría de limitarse a la extracción de aquellos dientes que estuviesen a punto de caerse solos.

En las leyes de las Doce Tablas hechas por los decenviros romanos el año 450 antes de Cristo, se prohibe expresamente enterrar o quemar oro con los cadáveres, exceptuando el que éstos llevasen empastado en las dentaduras.

Para la fabricación de dientes postizos, utilizaban los antiguos el hueso y el cuerno; a veces también llegaron a emplear dientes humanos. Benzoni ha encontrado en algunas momias dientes postizos hechos de sicomoro o higuera de Egipto. En el siglo primero de nuestra Era, los dientes postizos eran cosa corriente entre los romanos. El arte de curar y arrancar los dientes, participó de la general decadencia en que cayeron todas las artes durante los periodos medioevales, y así vemos que San Luis, a pesar de no contar más que cincuenta y cinco años, cuando murió, no tenía sino un solo diente en la mandíbula superior.

JUSTINIANO POSSE.

La numeración del calzado

La costumbre de numerar el calzado según su diferente tamaño, es de origen chino, y no fué introducida en Europa hasta épocas muy modernas. En China, la numeración de botas y zapatos cuenta algunos siglos de existencia, y se inventó tomando como patrón la longitud de un grano de cebada.

Los chinos, gente observadora si la hay, notaron que de todos los cereales la cebada es la que, una vez seca, ofrece mayor uniformidad de tamaño; de aquí que fuese este el grano escogido para tan importante fin. Lo que no e sabe a ciencia cierta, es qué objeto adoptaron como patrón del número uno; pero cada número más representa una vez más el mayor diámetro de un grano de cebada.

Andando el tiempo, al ser el sistema importado a Europa, esta medida, que en la práctica pudiera originar grandes errores, fué reducida a una medida exacta, que equivale a unos ocho milímetros.

Manuel María OLIVER (48).

El albinismo en los vegetales

Bajo el nombre de albinismo se conoce en botánica la decoración espontánea de los vegetales.

Este fenómeno ya se observó en la antigüedad, y Aristóteles lo atribuye a las mismas causas que el que se presenta en los animales, aun cuando en realidad presentan grandes diferencias entre sí.

No siempre las hojas decoloradas son prueba de albinismo, no debiéndose confundir este fenómeno con los casos en que se levanta la epidermis por gases, y a pesar de quedar debajo la materia colorante, queda encubierta por el gas, como ocurre frecuentemente con las hojas de la "Baldinguera colorata".

También se ha creído ser albinismo la decoloración por la ausencia o privación de la luz, aunque ésta no transforme jamás de un día para otro la coloración blanca de una planta albina, como ocurre con los vegetales criados fuera del contacto de la luz.

El albinismo es debido a la absoluta carencia de clorófila; de modo que, más bien que de un caso de enfermedad, se trata de un caso de monstruosidad.

Su propagación no es muy grande, y cuando se extiende es síntoma de una profunda alteración de los tejidos.

El albinismo, si se da en las corolas o en los órganos coloreados, es a consecuencia de que la materia colorante deja de formarse en una capa de los pétalos y es reemplazada por un gas.

Las flores rojas o azules son las que más fácilmente pueden presentar el albinismo.

Bajando al agua

por Martín GIL

Del libro "Modos de ver", recientemente aparecido.

El sol se ha levantado de muy mal humor, y escala el horizonte haciendo lucir sus flechas de oro, con las que amenaza acribillar la tierra. Sus primeros dardos van dirigidos a las lomas blancas—así como el toro ataca al rojo—pero las lomas se defienden con brillantez, parando el golpe, reflejando los rayos, volviendo la pelota.

El color blanco triunfa del sol, como el escudo de las jabalinas. Pero las que sufren son las montañas de granito: ellas soportan en silencio las consecuencias de su color y se dejan quemar sin protesta por las puntas de fuego.

Los arroyos apresuran su marcha para llegar pronto a la sombra de los sauces, los que parecen querer protegerlos extendiendo sus millares de brazos flexibles. Las perdices silban corto y poco. Las caseritas u horneros trabajan su bóveda en silencio, sin alborotar con sus dianas cacareadas, en las que una de ellas ejecuta un largo trémolo, y la otra marca el compás con un gritito seco.

No corre una gota de aire; no se mueve una hoja: tendremos un día feroz.

Me voy, si nadie se opone, a ver bajar hacienda al agua. Con un día como este, el espectáculo suele ser muy interesante.

Bien, pues: aquí estamos a la sombra de un enorme tala de tronco agrietado y nudoso, copa opulenta y tupida como vellón de oveja Rambouillet, en donde se han solazado más de cien generaciones de cachalotes y cotorras bullangueras, tejiendo en él sus nidos ásperos y enormes cual bolsas de espinas. De los gajos más finos penden, como diminutos incensarios, nidos de picaflores, oscilando suavemente, cuando cerca de ellos sus relucientes dueños hacen zumbar las alitas bronceadas.

Al frente, dentro de un marco de barrancas coloradas que recuerdan el dulce de guayaba, está la represa natural, más tranquila que un cadáver, festoneada por una verde cinta de plantas acuáticas y salpicada de copos blancos y espumosos, como aquellos merengues con que se adornaban a las empanadas de a real, dignas de priores y padres guardianes, aunque también solían deleitar, allá para la Pascua, los insaciables estómagos de novicios retozones.

———

Un martín-pescador, de más cabeza y pico que cuerpo, se encuentra inmóvil sobre una rama que emerge del agua. De vez en cuando se arroja como un hondazo sobre la superficie líquida, y vuelve al mismo sitio, relumbrándole en el pico una mojarra, como astilla de nácar: se la engulle con trabajo, a fuerza de sacudirse y estirar el pescuezo. Y la luz, al caer sobre su plumaje atornasolado y húmedo, resbala alegremente, centelleando con los colores del arco iris. Debido al choque, la bruñida lámina del agua se riza toda entera, y una infinidad de círculos dilatan más y más sus blandas curvas, con la noble ambición de abarcar el infinito, pero van a romperse o morir, imperceptiblemente, algunos al dar contra la tosca, y los más sin llegar a parte alguna, como las ilusiones.

———

Oyese un tropel con su repique de cencerro, y llega al trote largo una manada: las mulas adelante, espantándose de nada, fingiendo sustos y sobresaltos. Después las yeguas con sus colas bien cerdeadas, sus grandes barrigas lustrosas y sus potrillos. Atrás de todos, como el bedel, viene el padrillo, agachando la cabeza hasta tocar el suelo y parando la cola que es una viva porra. Pero, más atrás todavía, como el trompa de órdenes, viene el burro, miembro desheredado de la familia, sobre quien llueven coces y mordiscos que es una delicia. Camina piano, piano, a una respetable distancia del padrillo, su mortal contricante. Al menor movimiento de éste, nuestro orejudo personaje da media vuelta, presentando la popa al enemigo; amuja las orejas, agacha la cabeza, esconde la cola entre las piernas, y, encogiéndose, larga al aire dos patadas por vía de ensayo o por lo que "potest contingere". El bedel, bien erguido, el cuello arqueado, y brillándole los ojos, lo mira un instante con fijeza, y después sigue a la manada, la que llega al agua en tumulto, hundiéndose con estrépito hasta el pecho, y enterrando los hocicos con avidez, como sanguijuelas hambrientas. Silencio y quietud completa mientras beben. En seguida se enjuagan la boca, saboreándose ruidosamente y principian a chapalear el agua a manotadas; algunas se bañan, y por fin concluyen desfilando hacia la puerta, no sin antes haberse revolcado en el arenal con general contentamiento y rumores de todo género. Se dirigen estornudando al cometierra, el que los espera con sus huecos pulidos y lustrosos a fuerza de lengüeteo.

Se oye un rebuzno formidable, y casi al mismo tiempo retumban dos golpes en las costillas del cantor.

———

Van llegando y bajando las vacas, tranquilamente, a paso que dura, castañeándoles las uñas partidas. Los terneritos al lado, ñatitos, naricitas húmedas y frescas, grandes ojos negros, largas pestañas y todo el cuerpito brillante y lustroso como un raso.

Después de beber interminablemente, suben apenas el repecho, haciendo estaciones, con el lomo arqueado y los vientres inflados, dejando algo más resbaladiza la pendiente. Pasan también al cometierra a tomar el postre, y vuelven en seguida a echarse debajo de los monumentales algarrobos del rodeo, dedicándose a rumiar con tanta calma y cachaza, como un turco fumando opio.

———

Se siente un traqueteo menudo, algo como un torbellino; gajos que se quiebran y piedras que ruedan; balidos, campanillas, estornudos; y aparecen de golpe las cabras, en pequeños grupos, sobre las barrancas, cual soldados tomando por asalto una trinchera. Miran el agua como sorprendidas, mientras los cabritos de todos colores, suben y bajan, corren y brincan, se apiñan y desparraman, como papel picado barrido por un remolino. Por fin descienden todas a un tiempo, y beben atropelladamente, a tragos entrecortados, y desaparecen como llegaron: en un santiamén.

El cabrero—un perro flaco, pero ladrador—las espera echado en la senda. Cuando la majada está reunida, da unas cuantas vueltas a su alrededor, con el propósito de hacer entrar en vereda a cualquier cabra rebelde, e inicia el rumbo que deben seguir, ladrando y avanzando al galope. Y lo siguen, desde el chivato moro de cuernos torneados, barba ahumada y fragante, hasta la última cabrillona coqueta, más blanca y crespa que una diamela. Y marchan y marchan, al parecer sin derrotero, y a la desbandada, para caer luego, como una tromba, sobre el maizal del vecino.

———

Ahora vienen los bueyes: paso al gran motor argentino, a la fuerza viva de nuestro progreso; al héroe de nuestras pampas y montañas; al trabajador silencioso, infatigable y sobrio, que con su paso lento, pero enérgico, abre el surco rasgando la tierra e inunda a la Europa con los granos de oro.

Van llegando lentamente, con aire marcial, con cierta indolencia olímpica de emperador romano. Las cabezas se les balancean al compás de su andar ritmado; sus grandes astas pulidas en su base por el roce de la coyunda, representan, sin metáfora, nuestro cuerno de la abundancia. En sus grandes costillares y paletas, se puede pasar revista a todas las marcas de la pedanía: sus tableros ambulantes, repletos de jeroglíficos indescifrables, algo así como carteles chinescos de figuras estrambóticas, que de todo pueden hablar menos de nuestra cultura.

Llegan al agua y beben más que una locomotora, retirándose al fin, con sus barriles rebalsando.

En la senda, y envuelto por una nube de tierra que él mismo levanta, los espera un torito criollo, más compadre que un cantor de pulpería: brama como un tigre, encorvando el lomo como para agrandarse; la cabeza gacha, mirando de reojo a los bueyes, como queriendo decirles: ¡arrímense, maulas! Pero los bueyes pasan sin mirarlo siquiera, y el compadrito se imagina que le tienen miedo. Así hay mucha gente sin ser animales.

El calor arrecia que es un primor, y la represa queda desierta.

Toda la hacienda ha bebido, pero no se moverá de la sombra hasta que refresque.

Se respira un aire de fuego, asfixiante. Los pájaros están escondidos en lo más espeso del ramaje, acezando con los picos abiertos y las alas caídas, latiéndoles sus gargantitas esponjadas como borlas.

Unicamente la paloma torcaz deja sentir su canto monótono.

Aprovechando el momento de calma chicha, comienzan a salir las iguanas, casi arrastrándose con sus patas chuecas y regordidas: se dirigen a la represa, deteniéndose de trecho en trecho, para explorar el camino con sus caras de idiotas. Después de beber y bañarse, fustigando el agua con sus colas de látigo, vanse a comer piquillín o fruta de tala y buscar nidos de perdiz en los pajonales. En la tierra suelta, una raya sin ondulaciones indica su paso.

Declina el sol, dando un salto mortal por sobre las montañas, y rasgando al pasar algunas nubes que se le atraviesan en el camino, así como en el circo, la linda rubia saltarina ecuestre, de faz risueña y cuerpo aprisionado en malla rosa, perfora el disco del papel pintado que el payaso le opone diestramente.

Los conos azulados de las sierras se destacan de relieve en un gran fondo de luz anaranjada. Millares de chicharras hacen vibrar los montes con su canto estridente. Oyese el balido lejano de las majadas que llegan al corral, y el grito agudo de la mujer que las arrea.

Después, la luz comienza a agonizar, y la sombra y el silencio invaden lentamente. Sopla una leve brisa. Las flores de la noche, como temerosas de ser vistas, abren con sigilo sus pétalos sedosos, y la atmósfera se carga de perfumes; los grillos principian a templar su cuerdita chillona; las ranas modulan en coro sus salmos plañideros; a lo lejos se oye el llanto cristalino de los manantiales, y en todas direcciones, cual estrellas fugaces, se ven cruzar los "tucos" y luciérnagas con sus verdes linternas.

———

Las tumbas de los coptos, en Egipto, tienen exteriormente el aspecto de una casita. Tres veces al año, las familias de los que en ellas están enterrados se reunen en su interior y celebran una comida.

La capa de San José

(Tradiciones)

por Ricardo PALMA

El padre fray Antonio José de Pastrana, definidor que fué en Lima de la Orden de predicadores, refiere en su curioso cronicón—"Vida y excelencias de San Joseph"—(impreso en Madrid por los años de 1696), que en el monasterio de las Descalzas conservaban las monjas, entre otras reliquias, nada menos que la capa de San José, olvidando el cronista de consignar si era la capa que usaba el patriarca en los días de manejar escoplo y martillo, o la capa dominguera y de gala.

De suyo se adivina, que la bendita prenda fué muy milagrosa, y que hizo caldo gordo a conventuales y capellan con las limosnas y regalos de los agradecidos creyentes. Ya tendría para rato si me echara a hablar de los cólicos misereres, zaratanes, tabardillos y pulmonías curados sin auxilio de médico ni jaropes de botica. Recuerdo, entre otros milagros sustanciosos, candorosamente relatados por el padre Pastrana, el que se realizó con una honrada paisana mía que anhelaba tener fruto de bendición, y a la que bastó para alcanzar redondez de vientre poner sobre éste la capa del santísimo carpintero.

No he cuidado de informarme si todavía se conserva la capa en el monasterio, si bien tengo para mí que de tanto traída y llevada, desde hace más de dos siglos, estará ya convertida en hilachas. Lo que a mí me ha interesado averiguar es el cómo, el cuándo y el por qué vino a Lima la capa patriarcal.

Diz que por los años de 1640 hubo en mi tierra una cuadrilla de ladrones que ejercitaban su industria asaltando los monasterios de monjas, donde era fama que, amagados como vivíamos por piratas ingleses y holandeses, depositaban muchas familias alhajas valiosas y hasta saquitos repletos de onzas de oro. Alabo la confianza.

Las Descalzas, cuyo monasterio databa desde 1603, no pudieron dejar de ser también amagadas de asalto, y por turno riguroso cumplía a una monja la vigilancia nocturna del claustro.

Cierta noche en que, farolillo en mano, desempeñaba sus funciones de vigilancia una monjita de almidonada y limpia toca sobre rostro de ángel, creyó ver un bulto que se recataba tras una pilastra, y alarmada dió la voz de:

—¿Quién está ahí?

—No se asuste, madrecita. Soy yo, San José, que como patrón de este convento vengo a acompañarla en la ronda.

La monjita era de hígados, y a la vez que daba voces de alarma se abalanzó sobre el oficioso; pero éste se evaporó dejándole la capa entre las manos.

Las conventuales todas se pusieron en movimiento para descubrir por donde habría podido escapar el misterioso rondador; y todas convinieron, a la postre, en que el tal no podía ser persona humana sino celeste y muy celeste.

Desde ese día entró la capa en la categoría de reliquia, y principió a menudear milagros.

El precio de los hombres relacionado con el de los elefantes

Los abisinios, pueblo el más práctico de todo el continente africano, acostumbran justipreciar el valor de sus soldados, ni más ni menos, que si se tratase de una substancia de las que se pueden medir y contar.

La unidad de medida que para esto emplean los abisinios, es el enemigo muerto en la guerra; pero hay muchos soldados que todavía no han matado a nadie, y de otros es difícil saber el número de víctimas por falta de testigos o por otra cualquier causa. Por esta razón, ha habido que buscar un equivalente, y se ha encontrado en las fieras que viven en aquel país y a cuya caza se dedican con pasión los abisinios. Un elefante vale exactamente diez hombres, y un rinoceronte cinco; es decir, que el valor necesario para matar una de estas fieras es igual al que se necesita para despachar diez o cinco enemigos respectivamente.

En esta especie de cambio, las fieras han bajado mucho en estos últimos tiempos; hace veinte años, un elefante valía por cien hombres, y el valor requerido para habérselas con un rinoceronte, equivalía al que exige el matar veinte hombres. La muerte de una pantera, que equivalía antes a la de cinco hombres vale hoy por uno solo.

Este desmerecimiento demuestra que las facilidades de la caza, consecuencia de la perfección de las armas modernas, pueden influir en algunos países sobre el valor de la vida humana.

F. PEREYRA LUCENA.

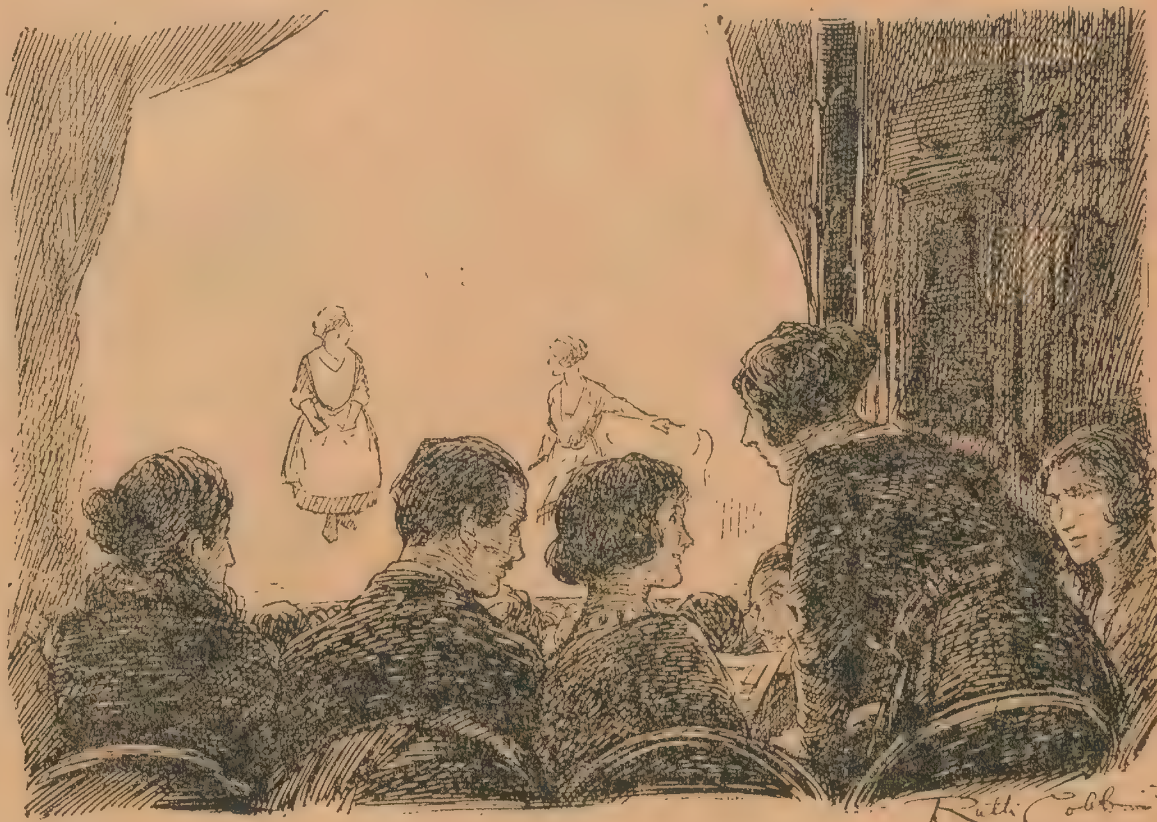
Habitantes que emigran con los atunes

La emigración del atún va seguida siempre de la emigración de los sicilianos. En cuanto los peces pequeños empiezan a moverse libremente por la ausencia de sus enemigos, los habitantes de pueblos enteros de la costa de Sicilia abandonan sus moradas, dejando solamente a las mujeres, que de nada sirven en la ruda labor de la pesca. En tal ocasión, cada hombre deja su trabajo habitual: el panadero, el herrero, el barbero y muchas veces hasta el cura del pueblo, se dirigen a las pesquerías del sur de Túnez en busca del pescado apetecido.

En aquellos islotes, desiertos durante los meses del año en que no hay pesca, los sicilianos la vienen efectuando de generación en generación, y son en esto una especialidad.

El procedimiento que todavía emplean, y que es el del arpón, es muy antiguo, pues ya se practicaba en la época romana en aquellos mismos parajes. Gran cantidad de lámparas funerarias halladas en la región lo demuestran con los relieves que ostentan representando atunes o cetáceos heridos de arpón.

SERVICIO DOMESTICO



La sirvienta (en escena).—¡Señora! Puede usted buscarse otra mucama! Me marcho inmediatamente.
Una dama del público.—¡Yo la tomo a usted, señorita! ¡Cien pesos por mes y manicura!



I

Desde Dieppe hasta el Havre ofrece la costa un acantilado de cien metros de altura, recto como una muralla. De cuando en cuando, aquella inmensa línea de rocas blancas baja bruscamente y forma un estrecho valle que desciende desde la meseta cultivada hasta el mar por un sendero semejante al lecho de un torrente.

En esos valles tienen asiento varias aldeas, siempre azotadas por el viento.

Pasé yo el verano en una de esas cortaduras de la costa, albergado en una casa de labor, desde la cual veía el mar encuadrado por las verdes pendientes del valle y manchado a veces por blancas velas que, bañadas de sol pasaban a lo lejos.

El camino que iba hasta el mar, seguía el fondo de la garganta y bajaba precipitadamente hasta desembocar en un sitio cubierto de guijarros, pulimentados por la secular caricia de las olas.

Aquel paso encajonado se llama el "Salto del Pastor".

He aquí el drama a que debe su origen ese nombre.

Cuentan los labradores, que tiempo atrás, la aldea en que yo vivía, estaba gobernada por un sacerdote tan austero como de violentísimo carácter, que había salido del seminario lleno de odio contra los que viven según las leyes y no con arreglo a las que manda Dios.

Hombre de inflexible severidad para consigo mismo, era siempre implacable con los demás.

Sus terribles sermones aterraban a los feligreses, y los habitantes de la aldea, al regresar a sus casas solían decir: El señor cura no transige jamás con los amores ilícitos.

II

El severo sacerdote daba grandes paseos, siempre solo, alejándose mucho de la parroquia con objeto de admirar las innumerables bellezas del país.

Una tarde, al regresar de una de sus largas excursiones, sorprendióle la tempestad en lo alto del acantilado. No había ninguna casa a la vista, y no se divisaba más que la pelada costa, agostada por la lluvia.

El mar estaba agitadísimo y el cielo cargado de nubes que se desgajaban sobre la tierra.

El viento soplaba con furia, doblaba los arbustos y pegaba la sotana a las piernas del cura, el cual apenas podía andar impulsado por la violencia del huracán.

El sacerdote se descubrió, tendiendo la frente a la tormenta y poco a poco se iba acercando al sitio por donde se bajaba a la aldea. Pero una ráfaga terrible le obligó a detenerse, cuando a pocos pasos de distancia vió la cabaña ambulante de un pastor.

Podría servirle de refugio y se dirigió precipitadamente hacia ella.

Los perros, amedrentados por la tempestad, no se movieron siquiera al ver acercarse al cura, y éste llegó hasta la cabaña de madera, que era una especie de nicho con ruedas, de esos que los pastores trasladan de un sitio a otro en verano.

La puerta estaba abierta y ya iba a entrar, cuando notó la presencia de dos personas, un hombre y una mujer, pertenecientes a su parroquia, los cuales se habían refugiado en aquel sitio para guarecerse de la lluvia y el viento, que cada vez soplaba con más furia.

El cura, inducido por su ferviente fanatismo, cerró bruscamente la puerta cuyo cerrojo corrió; después cogió las varas, inclinando su delgado cuerpo, tirando como un caballo y sofocado bajo su sotana de paño completamente empapada en agua, echó a andar arrastrando hacia la rápida y maldita pendiente a aquellos dos infelices que golpeaban la puerta con los puños en medio de la más espantosa desesperación.

Cuando estuvo en lo alto de la pendiente, que era empinadísima, soltó la ligera cabaña, que empezó a rodar por la inclinada costa, precipitando cada vez más su carrera, saltando como un animal montaraz y azotando la tierra con sus varas.

Un mendigo que se había refugiado en una zanja, la vió pasar y oyó los angustiosos gritos lanzados desde aquel nicho de madera.

De pronto la cabaña perdió una rueda, arrancada por un choque, y comenzó a bajar dando vueltas como una bola. Al llegar al borde del último ribazo, saltó describiendo una curva, y cayendo en el fondo, se hizo añicos como un huevo.

Las víctimas cuyos miembros estaban destrozados, fueron recogidas al día siguiente.

III

Al domingo siguiente, al salir de la iglesia, el cura fué detenido por dos gendarmes.

Un aduanero que se hallaba de guardia en una especie de cueva lo había visto y le denunció a la justicia.

El sacerdote fué condenado a trabajos forzados.

Y el aldeano que nos contó esta historia, añadió gravemente:

—Yo le he conocido, caballero, y lo he tratado mucho. Sí, señor, era un hombre muy violento que no transigía por nada ni por nadie con las faltas a la moral.

Una fiestecita

El 3 de Abril del año 1614, nació en Madrid un nieto de D. Francisco Gómez Sandoval, ministro favorito del rey Felipe III, y el mismo monarca quiso ser padrino de la criatura y celebrar el bautismo con una suntuosidad nunca vista, encargando de la organización de la fiesta al duque de Lerma.

El recuerdo de aquel bautizo se conservó por mucho tiempo entre el pueblo de Madrid. La ceremonia religiosa tuvo lugar en la iglesia de San Andrés empleándose la pila de Santo Domingo que sirve para los bautizos regios, y después en el palacio de los padres del niño, situado junto al templo, se celebró una merienda monstruo, compuesta de doscientos platos fuertes y otras tantas variedades de aperitivos y entremeses. La servidumbre de la real casa, ayudada por cien mozos de comedor, tuvo a su cargo el servir a las mesas. Fuera del palacio, en la plaza de San Andrés, colocáronse muchas de estas para que en ellas comiesen los criados de la casa, y los de todos los convidados, y una vez que éstos terminaron, se invitó al pueblo de Madrid a que se sentase a dichas mesas, y participase del banquete.

Los vasallos de los duques del Infantado contribuyeron a tan espléndido festín, con cuantas piezas de caza mayor y menor pudieron cobrar en los estados de aquellos; pero lo que más llamó la atención fué el plato de honor, regalo del duque de Lerma. Consistía en una trucha gigantesca que éste hizo traer de sus posesiones de Castilla, y que según las crónicas de Madrid y Alcalá, era casi tan grande como un tiburón hembra. Del colosal pescado comieron más de cien personas, y este solo dato basta para dar idea de sus dimensiones.

La fiesta terminó con la mascarada titulada "El Parnaso regocijado", al final de la cual vació el rey dos zapatos llenos de oro sobre la cama de la madre del bautizado.

El único sitio del mundo donde la construcción de violines constituye una verdadera industria, es en Sajonia. Más de 15.000 personas se dedican exclusivamente a la manufactura de estos instrumentos de música.

UN EDITOR INGENIOSO



—Para librarme de los colaboradores espontáneos...



...nada mejor que mi sillón eléctrico.

DE LA VIDA INTENSA



¡Lindo juguete!

PUCHITOS

En los Estados Unidos se ha iniciado una gran campaña contras las actuales modas masculinas. Sus dirigentes protestan contra su falta de gusto y proponen usemos los hombres colores vivos y agradables en nuestros trajes. El púrpura, el rojo, el azul y el amarillo son los colores que más recomiendan.

Ustedes habrán observado que cuando se celebra un banquete, muchos comensales, después de haber devorado cuantos platos se les presentaron, se niegan a hacer uso de la palabra. A nosotros esos señores nos merecen todas las simpatías, pero algunos amantes de la oratoria protestan, se indignan como si les hubieran estafado algo. Vamos a proponerles un remedio: "los discursos ante-manducam" (como diría Salinas). ¿Quién es el guapo que se niega a exponer las ideas que no tiene si le amenazan con un ayuno forzoso?

Desde hace tiempo inmemorial se viene discutiendo el pleito de si la mujer es física y moralmente inferior o superior al hombre. Los partidarios de ambas doctrinas abundan, y los hombres de ciencia dan la razón a unos y a otros por turno. Recientemente un especialista declaró ante la Academia de Ciencias de París que, biológicamente, la superioridad en la especie humana está de parte de las hembras. A nosotros esta cuestión nos hace mucha gracia. Creemos que se resolverá definitivamente el día en que un sabio sea tan sabio que logre probar que una rosa es más bella que un jazmín y un jazmín más hermoso que una violeta. La manía de comparar cosas diferentes, cada una con cualidades y defectos distintos y peculiares, es una gran manía capaz de hacer disparatar a los tontos... y a los sabios.

Una de las grandes injusticias del matrimonio, según está actualmente establecido entre los pueblos de civilización europea, es que no existe la igualdad económica entre el marido y la mujer.

Ambos trabajan, muchas veces la mujer mucho más que el marido, y uno solo dispone del capital. Eso es una injusticia. Menos mal que no se produce siempre y es compensada por la existencia de muchas señoras que saben ponerse muy bien los pantalones.

Refiriéndose al asunto expuesto en el anterior puchito, decía una señora a quien conocemos: "Los maridos debieran quedarse un día en casa y realizar los trabajos domésticos. Verían como es más cansado y menos fácil de lo que ellos se figuran". Es cierto, pero, hablando en serio, opinamos que tales disertaciones a nada conducen. Cualquiera que sea la forma que se dé al matrimonio éste será injusto si no está formado por el amor, y si el amor le sirve de base, las injusticias, por enormes que sean, las evitan y las reparan los propios cónyuges.

Durante la guerra, que por fortuna ha terminado ya, un soldado inglés escribió detrás de un retrato de un amigo suyo "Dejo todos mis bienes a Frank R. Kirlev". El testamento ha sido declarado válido y es, probablemente, el más corto de que se tiene noticia. Ha sido tomado en consideración teniendo en cuenta las anormales circunstancias en que se había redactado.

En Inglaterra se ha concedido un dote a todas las viudas de soldados muertos en el campo de batalla que volvían a casarse. El dote se eleva al importe de un año de pensión de viudez. Ha sido una buena idea, pues estimula a la creación de nuevas familias y resulta en beneficio doble del estado. Aumenta sus ciudadanos y disminuye las pensiones que debe abonar.

Madame Tussaud, durante los días de la Revolución Francesa, fué obligada a modelar las cabezas de varias víctimas de la gillotina, cuando recién acababan de ser decapitadas. Así por lo menos consta en un libro recientemente publicado.

Dicha escultora francesa dió muestras de poseer gran dominio de sus nervios, pues manosear aquellas cabezas sangrientas para esculpirlas, no era ciertamente un trabajo nada femenino.

Entre "sus modelos" figuraron: Luis XVI, María Antonieta, Robespierre, Dantón, Fourquier, Tinville, Carrier, Marat, Carlota Corday, etc.

Falleció recientemente en Inglaterra una anciana de ochenta y seis años. Su muerte fué repentina y la sorprendió con una pipa cargada de tabaco en la boca. No faltará algún enemigo del tabaco que atribuya a éste la muerte de la anciana, pero será facil contestarle que la extinta tenía el hábito de fumar desde 45 años atrás. ¡Un veneno que mata a los 45 años y cuando se cuentan ya ochenta y seis no es peligroso, que digamos!

En el Hospital de San Bartolomé de Londres se han asistido durante el último año 236,362 enfermos. Es una cifra enorme pocas veces igualada por establecimientos similares.

Por el metropolitano de Londres circulan cuarenta y dos trenes cada hora, durante las de tráfico intensivo. No ocurren desgracias porque el servicio está muy bien calculado, y las precauciones tomadas son extremas, hasta el punto que si falleciera de repente, o desapareciera el conductor del tren, no sucedería ninguna desgracia. La fuerza que se emplea oscila entre 4.000 caballos, por la mañana durante las primeras horas, y 65 mil caballos durante las de mayor tráfico.

La célebre actriz francesa Sarah Bernhardt ha realizado varias extravagancias durante su vida. Una de ellas fué la de hacerse cortar y comerse una mano de mono. Según ella era un manjar apetitoso, que no le importaría le sirvieran a menudo. ¡Cosas del esnobismo!

Hablando de comidas extrañas, no puede olvidarse los esquimales. Estos —¡vaya un estómago privilegiado!— devoran los peces y los pájaros aunque su carne esté ya putrefacta. Existe sin embargo quien supera a los esquimales, pues entre los caníbales algunos se han comido... a su propia suegra.

Según un filósofo inglés, el señor C. F. Higham, son muy contados los hombres que posean una renta de diez mil libras esterlinas por año y sean felices. Según el referido autor es una desgracia poseer tanta plata. Nosotros nada tenemos que objetar, pero aunque no ponemos en duda su palabra, nos agradaría hacer la experiencia por nuestra propia cuenta. ¿Y usted, lector?

Entre los casos raros de enfermedades humanas puede citarse el de algunos hombres que siendo capaces de oir todos los sonidos,—música, ruidos, etc.—o diferenciarlos, son incapaces de distinguir las palabras. Escriben y leen pero no pueden sostener una conversación.

Se cree generalmente que las actividades que pueden dsarrollar las mujeres son muy distintas ahora que hace sesenta años. La generalidad imagina a nuestras abuelas como mujeres exclusivamente de su casa, incapaces de ganarse el sustento. Es un gran error. De la lectura de una revista inglesa aparecida el año 1859 se deduce que ya en aquel entonces eran muchas las damas que ganaban por sí mismas su sustento. Los oficios en que se empleaban por aquel entonces—siempre según la referida revista—eran: grabado, litografía, pintura, peinado, modelado, floricultura, fotografía, heráldica y copistería.

Los dentistas ambulantes que recorren la república China emplean métodos de trabajo muy primitivos. El único instrumento que necesitan para extraer las muelas son sus propios dedos. Con ellos arrancan las muelas más rebeldes. Probablemente sufrirán más de un mordisco. Para adormecer a los pacientes emplean opio y varios aceites.

Si a usted le preguntaran: ¿Qué prefiere? ¿Un aumento en el sueldo de veinte pesos al año, o un aumento de cinco pesos a los seis meses? respondería con seguridad: ¡El aumento de veinte pesos!... y saldría perdiendo... si el trabajo durara dos años.

El cálculo es facil. Supongamos que usted gana 100 pesos por año—¡no se asuste! Hacemos el cálculo con cantidades chicas para facilitar la comprobación.—Si eligió el aumento de cinco pesos tendrá: 50 pesos a los seis meses, 55 al año, 60 al año y medio y 65 a los dos años. Habrá cobrado en total 230 pesos.

Si elige el aumento de veinte pesos al año, cobrará 100 pesos el primero y 120 el segundo, o sea en total 220 pesos.

El que desee casarse debe recordar siempre que "una muchacha rica puede resultar una pobre mujer".

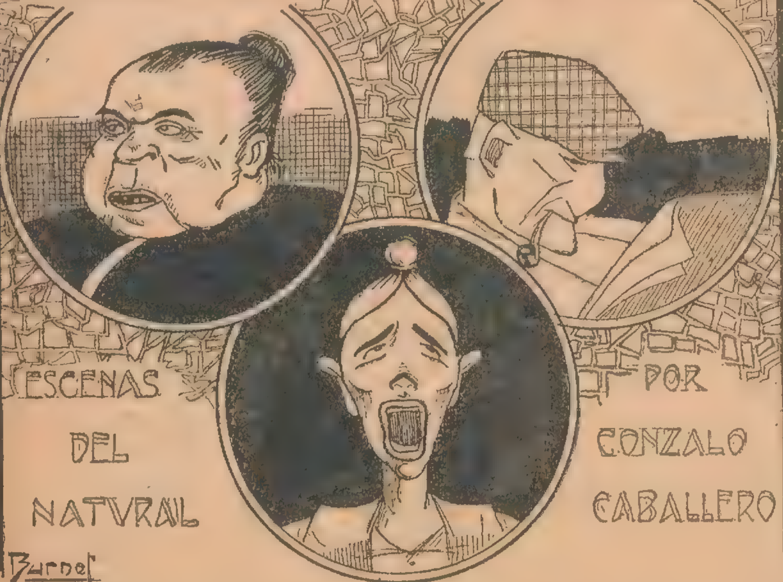
Un ingeniero italiano ha perfeccionado una nueva fuerza motriz: el aire comprimido.

Según él esta fuerza está llamada a desterrar el vapor y la electricidad, como fuerza que impulse a los trenes y vapores. Dice que ha descubierto un nuevo sistema para comprimir el aire, que presta a éste una potencia enorme, fácil de transportar por medio de cañerías. Aunque confiesa que la instalación resultaría algo costosa, dice también que luego no originaría apenas ningún gasto, resultando por lo tanto economías enormes. Dudamos de la factibilidad del proyecto, pero ¡quien sabe!

Entre los problemas que ha dejado planteados la guerra figura en primer término el de la normalización del trabajo. Puede dar idea de sus múltiples dificultades un hecho concreto. Actualmente en Inglaterra están sin empleo más de 300 mil hombres de los que regresaron de los campos de batalla.

Los cirujanos descubren algunas veces cosas raras en los estómagos de sus pacientes. Según el doctor Chevalier Jackson, de Filadelfia, existe una dolencia especial que impulsa a los enfermos a devorar las cosas más extravagantes. Cuando sus excesos imponen una operación quirúrgica se encuentra en sus estómagos oro, plata, piedras, y pedazos de objetos de toda clase. Según el referido doctor—que merecería ser andaluz—hay hombres capaces de tragarse toda una máquina de escribir... por piezas.

En el Vaticano se conserva una Biblia manuscrita en hebreo, que se considera como la mayor del mundo. Pesa más de 145 kilogramos.



Doña Robustiana.— ¡Pare usted!... ¡Eh! pare usted... Camina Restituta, que se nos va el "tranguay"...

Suena el timbre, el cochero da tres vueltas al torniquete, sofrena los caballos y la bulliciosa máquina queda inmóvil.

Doña Robustiana.—Cuidado que no vaya a caminar; sube, Restituta.

Restituta hace unos "pininos", y a manera de un "chingolo" que se posara sobre una rama, salta sobre el estribo, haciendo un diabólico ruido de collares, pulseras y pendientes que lleva colgados en su escuálida y enteca humanidad, como un "chinesco" sus campanillas.

Doña Robustiana es zungada, como una pipa en cabrestante, por los vigorosos brazos de un comedido alemán, el cual suda y forcejea a pesar de la poderosa ayuda del guarda tren, que, desde la acera mete el hombro a aquel fardo con enaguas.

La compacta concurrencia del interior del carruaje mira atónita aquel nublado amenazador que apenas puede trasponer, de medio lado, la estrecha puerta.

En cuanto a Restituta, se ha quedado en medio del carruaje, buscando una rendija en donde escurrir su alambrado físico, en cuya meditación muerde distraída la argolla de marfil de su sombrilla "persa" y echa, preferentemente, unas ojeadas lánguidas hacia un punto del coche ocupado por algunos petimetres.

Estos, ni aun se dan por entendidos.

Mientras tanto, doña Robustiana avanza como santo en andas, dando las buenas tardes a diestro y siniestro y empeñada en buscar sus asientos, por medio de los boletos que el guarda tren acaba de entregarle como "premio" de sus pasajes.

Nadie se mueve, y lo que es peor aún, todos ríen. Todos, menos un inglés que, leyendo por la milésima vez los avisos viejos de un diario atrasado, no se ha dignado ni aun tan siquiera levantar los ojos sobre sus nuevos compañeros de viaje, haciéndose la ilusión, siempre dulce para un inglés, de que él es el "único" que viaja, el dueño "absoluto" de la vía y el propietario "exclusivo" del carruaje.

Por fin, éste se pone en marcha.

Al arrancar, el movimiento imprevisto hace perder el equilibrio a Restituta, que va a caer como una "baba del diablo" sobre el grupo de petimetres; por su parte, doña Robustiana también se conmueve, vacila y cae pesadamente sobre el inglés, por cuya mente pasa en ese momento la idea aterradora de que algún horroroso cataclismo se opera en la naturaleza.

—¡Ay!—grita Restituta.

—¡Jesús!—explota doña Robustiana.

—"¡By god!"—rechina el inglés despavorido.

Y los "petimetres" ríen y se endosan mutuamente la perfilada niña.

—"¡Eh!!... persouna... endividuou, siniora!...—dice el inglés volviendo por grados de su estupor, pero agitando desmesuradamente las manos,—"siniora"— prosigue—"ousté mi querer estragoular el barigo!..."

—Usted perdone—dice doña Robustiana, zangoloteándose encima del inglés, pero sin tratar de levantarse:— usted perdone y dígame usted, señor extranjero, ¿no estará usted sentado en mi número?

—"¡Oh! ¡by George! no number, no nada, but soufouquesión de ousted."

—No, pués el boleto...—insiste doña Robustiana sin moverse.

—¡Ay!—grita Restituta como un galgo estrujado.

—¿Qué es eso, niña?...

—Nada, mamá... es que... el asiento...—y se pone colorada.

Restituta se había incrustado entre dos de los "dandys", los cuales se hacían señas significativas al par que daban de codo a sus otros compañeros.

—"¡Siniouraǃ ¡ouff! ¡siniouraǃ — clamaba y soplaba el inglés, que veía con dolor y despecho que tendría al fin que ceder a la fuerza bruta el Gibraltar de su asiento, que había poseído y gozado hasta aquel instante;—"ousted moi pisada, and mi nou pouder mas llevar ú ousted conme un baby en sobre el rodilias de mí".

—Pues señor—contestaba doña Robustiana,—lo que es yo, no puedo levantarme; y no por gusto, porque no he sentido jamás nada más incómodo que sus huesos.

El inglés hizo al fin un esfuerzo sobrehumano, y como se escapa una anguila de entre las manos de un pescador, se escurrió de debajo de doña Robustiana, la cual cayó de golpe sobre el asiento, entrando como una cuña entre la fila de pasajeros, que se estrechó instantáneamente.

El inglés salió del carruaje echando fuego por boca y narices, y con un coraje digno de mejor empresa, se subió a la imperial del coche, en donde, bajo un calor de treinta grados y "tiernamente acariciado" por el sol, prosiguió la lectura de sus avisos viejos, no sin mezclar de vez en cuando a su lectura un "¡grande vieca!" o un "¡vieca baliena!" o un "¡diable de gorda vieca moquer!"

El alemán, que no había abandonado el balconcillo del coche, en donde desempeñaba, de puro aficionado, el oficio de dar la mano a cuanta señora pretendía subir, reía convulsivamente de la escena que acababa de pasar, hasta arrancar lágrimas a sus ojos azules, transparentes y casi cristalinos.

Un francés de grandes bigotes y desaforada imperial que ocupaba un rincón, murmuraba por lo bajo:

—¡Morbleu! en v'la un homme qui veut mourir en sa loi. C'est bien un véritable anglais, sans contrefaçon; il veut finir ses jours transformé dans le met de sa prédilection. A présent il se fait un biftek naturel et saignant.

En cuanto a doña Robustiana, dejándose ir y venir, según los accidentes de la marcha del carruaje, abría brecha en su escaño, habiendo hecho saltar ya a más de cuatro, como en el juego de la "gata, etcétera".

En una de las paradas, el guarda tren se le acercó preguntándole políticamente:

—¿Para dónde va usted, señora? ¿A Barracas o...?

—Y a usted qué le importa—contestó bruscamente doña Robustiana, añadiendo — menos pregunta Dios y perdona.

—Es que...

—Mire usted, ni a mi marido le he dado jamás cuenta de mis acciones, así es que cuando tuve a ésta— y señaló a Restituta...

—¡Mamá! — suplicó "la aludida", con toda la sangre de que podía disponer en la cara, pues veía venir a escape alguna sandez de su señora madre.

—Es que estos extrajeros son muy preguntones — dijo sentenciosamente doña Robustiana, echándose un pampero con su abanico de la India.

—Pero si el señor preguntaba, era para saber dónde debía parar—observó un caballero, vecino de doña Robustiana y el cual, como medianero, tenía que sufrir la carga del pesado edificio.

—¡Ah! ¡Eso es otra cosa!

Te explicaras en razón
y entonces te entendería...

Como dice el verso.

Mire, mire usted joven. ¿Sabe usted lo de Lanares?

—No, señora.

—¡Válgame Dios! ¿Cómo no ha de saber?... Mire: del "Baratillo del ojo tierno" a las cinco puertas; pasa el puesto de los gringos, un umbral alto con una puerta pintada de colorado, sin zaguán; luego, se entra en un patio muy lindo, donde hay un jardín con una mata así de "clavel de viso". ¿Sabe ahora?

—Menos, señora.

—¡Jesús! ¡Qué torpeza! ¿Pero cómo no ha de conocer a Lanares, cuando él mismo me ha dicho que ha andado cinco veces por este "tranguay"?

—Pero, señora.

—Y es casado con una sobrina mía, mayor que ésta—por Restituta—que tiene ocho hijos, y es abastecedor.

—¿De niños?—pregunta el caballero del lado.

—No, señor; de animales, con perdón de usted, para la carneada. Vamos, hombre, ¿cómo no le ha de conocer?

—Pues no le conozco, pero ya me dirá usted cuando pasemos. ¿Vive en esta calle?

—¡No, hombre! En la de San Juan.

—Vamos, lo ha dicho usted a tiempo, porque ya llegamos. — Y tocó el timbre.

El carruaje paró.

—Señora, puede usted bajar.

—¡Cómo bajar!

—Sí, pues, estamos en la boca-calle de San Juan.

—Sí, pero la casa de Lanares queda de aquí seis cuadras...

—Que usted se las andará despacito para no fatigarse.

—No, señor; usted tiene que doblar y dejarme en la puerta.

El carruaje tembló conmovido por una carcajada unísona, tanto que el inglés, encaramado en la tolda, suspendió la lectura de sus avisos, creyendo, cuando menos que la "vieca baliena" acababa de reventar como una bomba.

Por fin doña Robustiana tuvo que descender, mal de su grado, y renegando contra los "tranguay" y los extranjeros.

Su descenso fué algo parecido al acto de botar al agua el "Great Estearn".

No hay para qué decir que el alemán fué el director del cuerpo de mecánicos que se empleó en esta operación.

En cuanto a Restituta, también le costó bajar, pero creo que era más el espíritu que la carne lo que la retenía.

De seguro que alguno de aquellos petimetres "tenía gancho" para la "alfeñicada" señorita.

Por fin la corneta sonó, no sé si en festejo del peso de que se libraba el coche, y aquel partió como un rehilete para Barracas, y doña Robustiana como una tortuga para lo de Lanares.

* * *

Días pasados, recibí la visita de un amigo.

—Te vengo a visitar de aburrido... —dijo así que entró.

—Gracias, hombre—le contesté.

—Déjame concluir:—de aburrido de jugar al volante y oir necedades en una casa en que suelo caer de tarde en tarde por mal de mis pecados.

—¿Cómo, tú juegas al volante con esta calor?

—Sí, hombre, hasta esa habilidad tengo y esa virtud.

Es un recuerdo de la inolvidable María, que era aficionada a toda clase de juegos de manos.

—¿Tú llamas al volante jugar de manos?

—Hombre, supongo que no querrás hacerme creer que se juega con los pies.

—No; no es eso, sino que como el juego de manos es una denominación propia de ciertos...

—Sí, sí, ya entiendo: si María era

CALLEJERA



—Estoy tan seguro de esto, como de que tengo el reloj en el bolsillo.

muy aficionada. Lo que es Teresa es una verdadera fortaleza en razón directa al aire inexpugnable de su físico, a la ordenanza militar de sus palabras; y a la metralla mortífera de sus ojos;—y estoy enomorado, no hay más;—me ha doblado la muchachuela.

Tú sabes que yo tengo mi amor propio y que en materia de resistencias no he reconocido ninguna; pero de esta vez estoy hecho un aprendiz de moralidad y buenas costumbres. Luego, yo creo que aquel demonio de muchacha apoya su obstinada defensa en la reserva poderosa de su mamá, que como sabes es una suegra con más bigotes que un granadero, y con ciertos modales de cuerpo de guardia que le gritan a uno ¡quién vive! desde que entra en la sala.

Imagínate cómo será el dominio que este demonio tiene sobre mí, que anoche me ha obligado, por espacio de dos horas, a oir cantar a una prima suya sobre una especie de clavicordio, destemplado y maldito, cuanta parodia musical hubiera podido concebir el mismo Lucifer.

Sí, aquello era un verdadero cataclismo armónico.

Hazte cargo que al final de una especie de salmodia chillada a rajatablas por la niña y acompañada por los agrios y discordes sonidos del instrumento aquel, que hasta ahora no sé a qué familia de máquinas de "jerundear" al prójimo pertenecía, le pregunto a la ciudadana "musiquicida":

—¿Qué es esto que usted acaba de cantar tan bonito?

La niña me miró de arriba abajo con cierto aire despreciativo.

—¿Qué? ¿No lo sabe usted? — me dijo.

—Perdone usted—la contesté;—soy aficionado a la música, pero tengo poca práctica para conocer los trozos célebres, o más bien dicho, para distinguir los unos de los otros.

—¡Ah!—dijo ella con un poco de más piedad, aunque sin abandonar su aire despreciativo;—usted asistirá poco a la ópera.

—Efectivamente, mis ocupaciones...

La niña sonrió maliciosamente, y dijo:

—No es extraño, entonces. Pues lo que cantaba era "Casta Diva".

Casi me dió un desmayo.

Me figuré que asistía a un conciliábulo de genios maléficos, cuya misión era trastornar y desprestigiar todo lo bueno, lo agradable y grande que hay en la tierra.

"¡Casta Diva!" ¡Y no había temblado al decirlo la condenada!

Pero ¿qué había de temblar al decirlo, cuando no había trepidado en asesinarla?

—Canta el "¡Ay, mamá!—dijo mi futura suegra dirigiéndose a su espiritada sobrina.

—Qué, si ya no me acuerdo del acompañamiento, sino con la mano izquierda.

—No le hace, cántalo así; son tan graciosas estas danzas españolas!

La niña hizo girar el taburete, cuyo tornillo gimió cual si dotado de sensibilidad presintiera la escena que iba a tener lugar.

Efectivamente, la niña no se acordaba del acompañamiento, y aquí nos tienes que con una especie de "toque de ánimas", empieza el fementido "¡Ay, mamá!", que hacía saltar las lágrimas, sin querer, hasta a los sirvientes de la casa.

Mientras tanto mi "fortaleza" era la única que daba muestras de impasibilidad en medio a este desconcierto.

Creí de mi deber retirarme.

Un momento más y no respondía de la regularidad de mis funciones orgánicas.

Me levanté y saludé.

Mi "plaza fuerte" me hizo con los ojos una última "descarga" de reproches por mi retirada intempestiva.

La mamá seguía aún extasiada con el "¡Ay, mamá!"

La concertista, apenas se dignó hacer un movimiento de cabeza acompañado del canto: "que estoy malita del corazón".

—Malita del estómago podías estar, condenada—murmuré yo al salir.

En la calle noté reunión de serenos ante la puerta de la casa.

—¿A quién matan ahí?—me dijo un ayudante.

—"A la vieja"—le dije con despecho.

—¿Cómo? ¿A doña Saturnina?—dijo un vecino.

—No, hombre, no sea usted bárbaro; es un trozo de la zarzuela "La Vieja".

—¡Ah!—dijeron todos y se disolvió el grupo entre carcajadas.

Iba por la esquina, y un alarido de la niña, más fuerte que los demás, me hizo detener con inquietud.

Apliqué el oído y noté que había variado de tema.

De seguro que había soltado "La Vieja" agonizante y se entretenía en destripar "El último mono".

Estas últimas palabras de mi amigo las escuché medio dormido.

Hago votos porque su relación no opere igual efecto sobre mis lectores.

Origen del azúcar de remolacha

El farmacéutico berlinés Marggraf fué quien descubrió en 1747 la existencia de la sacarosa en la raíz de la remolacha común.

Su discípulo Carlos Achard estableció la primera fábrica para obtenerla, en 1796, cerca de Steinan (Prusia)

La nueva industria se extendió rápidamente por Alemania, Francia y Rusia, favorecida tanto por el llamado bloqueo continental, que impidió la competencia del azúcar de caña de los países coloniales, como por la protección decidida que la dispensaron Napoleón I y los soberanos de Rusia y Prusia.

Reto femenino

Margarita, viuda de Haquin o Hakon II, regente de Dinamarca y reina de Noruega, dirigió al rey de Suecia, Alberto II de Mecklemburgo, un cartel de desafío, al que el monarca dió respuesta enviando a Margarita una piedra muy larga para que afilase las agujas.

Como es de suponer, esta irónica contestación precipitó los acontecimientos, haciendo que empezase una campaña en la que el soberano sueco salió derrotado.

Se conoce que Margarita supo aguzar bien sus armas en la piedra de afilar.

Cómo nació la "Christmas-card"

El origen de las "Christmas-cards" o tarjetas ilustradas para felicitarse las pascuas, es muy curioso, y no data más que de hace sesenta años. Su inventor fué un pintor inglés llamado W. A. Dobson. Siendo joven, deseaba mostrar sus afectos a un amigo a quien quería como un hermano, y pensó que la mejor ocasión para hacerlo era la Navidad.

En consecuencia, pintó en una cartulina un grupo de amigos brindando por los ausentes, y se lo envió a su amigo. El pequeño cuadrito fué tan celebrado, que a la Navidad siguiente muchas personas adoptaron el mismo plan, y después la producción de "Christmas-cards" constituyó una industria, que da por resultado unos treinta y cinco millones de tarjetas al año.

A propósito de tales tarjetas, recuérdase que a Lord Tennyson, se le ofrecieron una vez mil libras esterlinas por doce versos para un "card" de Navidad. El ilustre poeta rehusó con mucha política, pero de un modo decisivo.

Floricultores regios

Muhammad ben Husem ben Abdelgiabber ben Abderraman, Annasir, llamado también Al-Mahdi-Bi-L-Lah, fué califa de Córdoba en el siglo IV de la hégira (X de Jesucristo).

Este príncipe llevó a tal grado su ferocidad, que habiéndole enviado Guadhib las cabezas de algunos habitantes de la comarca por él gobernada y que se habían negado a reconocer al califa, ordenó que en sus cráneos se plantasen flores y se colocaran en un lugar desde el cual los pudiera contemplar.

El inhumano musulmán. que debía el califato a un crimen, fué mandado decapitar por el mismo a quien él había usurpado el trono.

Curiosa manera de guardar prisioneros

Del famoso duque de Malborough, el que dió origen a la popular canción "Mambrú se fué a la guerra", se cuenta una anécdota que seguramente no tiene igual en los anales de Belona.

Cuando el citado general ganó la batalla de Ramillies, uno de los regimientos que se le rindieron era el llamado del Rey, que consistía en 1.200 hombres, con armas y bagajes. El duque no contaba, para vigilar a dicho regimiento, más que con 25 dragones y un sargento, y para evitar que los vencidos huyesen, les obligó a cortarse la cintura de los pantalones, y mandó a cada soldado que se los sujetase con una mano, en cuya posición les era absolutamente imposible correr. De este modo, el regimiento entero marchó en correcta formación bajo la custodia de su escasa escolta.

Los injertos humanos

La invención del procedimiento quirúrgico para restaurar miembros mutilados, vulgarmente conocido con el nombre de injerto humano, se atribuye a un médico italiano del siglo XV, llamado Taliacoto, el cual publicó un método para componer las narices al que por mutilación perdía las suyas, empleando para ello carne del brazo, bien de la misma persona, bien de otra.

Parece, sin embargo, que Taliacoto no fué realmente el verdadero autor de este procedimiento; hay datos para suponer que, lejos de estos, él lo aprendió de una familia de la Calabria, apellidada Boyani, donde todos los varones se dedicaban a la medicina, y desde tiempo inmemorial se trasmitían de padres a hijos el secreto del método quirúrgico en cuestión. Lo único que hizo Taliacoto, fué perfeccionarlo y publicarlo.

A poco de ponerlo en práctica, Taliacoto, un médico siciliano, Branca, empezó a distinguirse también en el injerto, y algún tiempo después la cruenta operación se practicaba ya fuera de Italia.

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE



—¡Mira, Jorge, qué viejo simpático!
—Tienes razón, querida, pero siento mucho no poder comprártelo hoy!

El tomate, bueno para el reuma

Muchos médicos prohiben a los enfermos de gota, reuma y otros padecimientos análogos, el uso de alimentos ricos en ácido oxálico. Fundándose en este principio, es frecuente el aconsejar a tales enfermos que se abstengan de comer tomate, poniendo como argumento que la pulpa de éste contiene gran cantidad del citado ácido.

Esto no es más que una calumnia de que se ha hecho víctima al tomate, según asegura el doctor Albahary, quien afirma que, al contrario de lo que hasta ahora se venía creyendo, el ácido del tomate es ácido málico, es decir, uno de los ácidos más favorables para los que padecen las citadas enfermedades.

En cambio, ciertos alimentos de los que hasta ahora nadie había sospechado, acaban de ser acusados por el doctor Albahary, de contener ácido oxálico en cantidades importantes, y son por lo mismo perjudiciales. El té, el cacao, el chocolate y la pimienta, figuran en el número de estas substancias, que los gotosos y reumáticos deberán mirar desde hoy con horror.

Trátase de un caso más de las inconstancias de la medicina, que demasiado a menudo proclama hoy como remedio lo que ayer conceptuaba como veneno, y viceversa.

Comandante **CALLORDA.**

La violeta y sus leyendas

Si preguntamos a un botánico qué son las violetas, nos dirá que se trata de un género de plantas herbáceas, caulescentes, de hojas pecioladas, estípulas duraderas, y otra porción de cosas sapientísimas, aunque indiferentes para nosotros vulgares mortales.

Sentado ya que a nosotros no nos interesa la violeta desde el punto de vista científico, indaguemos si hay algo pintoresco, algo atractivo que se relacione con esa encantadora flor, símbolo de la modestia.

La violeta se encuentra ya mencionada y descrita en la más remota antigüedad, bien que se haya confundido muchas veces bajo ese nombre a otras flores muy distintas. Los antiguos atribuían a la violeta un origen maravilloso. Unos, basándose en el nombre de "ion", que recibiera la planta de los griegos, hacen nacer del siguiente modo la primera leyenda de la violeta:

Inaco, rey de Argos, tenía una hija bellísima llamada Io. El enamoradizo y expeditivo Júpiter vió a la gentil princesa, y logró hacerse amar de ella. Pero cierto día, Juno, esposa del padre de los dioses, sorprendió a los amantes diciéndose ternezas en medio de un bosque. Al ver Zeus que su esposa había descubierto su infidelidad, convirtió a la rubia Io en una blanca ternera. Y como no era cosa de que la princesa metamorfoseada quedase reducida a alimentarse de vulgares hierbas, Júpiter, siempre galante, creó la violeta, cual digno pasto de la hija de Inaco.

Otros etimologistas creen que los griegos llamaron "ion" a la violeta, porque, al visitar Júpiter la Jonia, una ninfa de aquellas perfumadas selvas ofreció al dios una violeta, flor la más amada en dicho país. De ahí que la olorosa planta fuera tenida en gran veneración por los atenienses, quienes se creían descendientes de los jonios.

Cuando se celebraban en Atenas las fiestas de la Panateneas, al dirigirse al templo de Minerva las comitivas religiosas, formaban en primera fila las canéforas, o doncellas atenienses, encargadas de llevar las ofrendas a la diosa. Dichas jóvenes, vestidas y adornadas con gran riqueza, sostenían sobre la cabeza un cestillo lleno de violetas de Corinto, siendo éstas las primeras flores que se depositaban al pie del ara de Palas. Al organizar Licurgo el Erario de aquel pueblo glorioso, depositó en el tesoro de la Acrópolis, juntamente con multitud de objetos de oro y plata destinados a las fiestas religiosas, áureos cestillos cuyos adornos en filigrana representaban ramos de violetas.

Estas eran en los susodichos tiempos clásicos las flores preferidas de los enamorados. El hombre que quería significar su pasión a una beldad de la época de Pericles, empezaba por enviarle un canastillo de violetas. Y no sólo representaban ellas el necesario tributo rendido a la sabiduría y a la hermosura, sino también el testimonio del dolor cuando las Parcas aleves interrumpían el hilo de la existencia en alguna muchacha virgen. En estos casos, los parientes y amigos de la difunta se disputaban el honor de cubrir el féretro de aromosas y frescas violetas.

Ya en la Edad Media, la flor que nos ocupa, fué la preferida de damas y caballeros. Un regalo precioso en tales tiempos era un pomo de oro conteniendo esencias de violetas; entre los árabes de España, compartió la violeta con el nardo la soberanía de los perfumes.

Según cierto historiador árabe, el primero de los Alhamares granadinos hizo sembrar de violetas, sólo de violetas, todos los arriates en torno del patio de Arrayanes en la sin par Alhambra; "porque aquel aroma—dice el historiador—era el que más complacía al grande entre los grandes de la tierra".

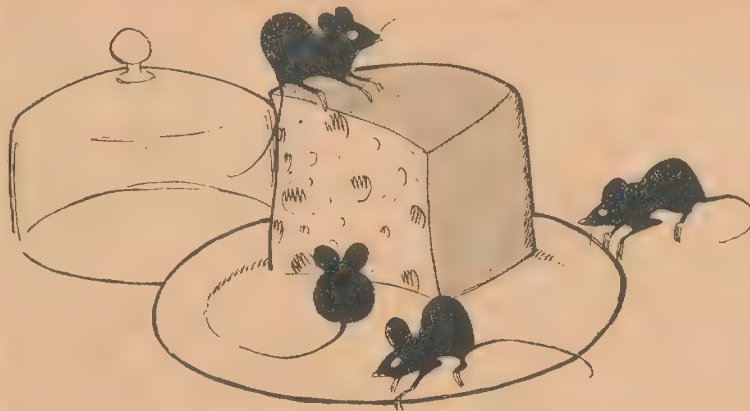
Clemencia Isaura, célebre dama tolosana del siglo XV, fundadora, según algunos, de los juegos florales, entregó a su prometido antes de marchar éste a la guerra, un ramo de violetas atado, con arreglo a la costumbre de entonces, con un lazo de colores adoptados como distintivo por cada dama. El noble caballero murió alanceado por moros o cristianos; pero, antes de exhalar el último suspiro, se arrancó del pecho el ramo de mustias y ensangrentadas violetas, y lo envió a la enamorada Clemencia.

Al recibir ésta el fúnebre presente, consagróse en el acto a perpetuo celibato y al cultivo de las letras, llegando a emplear toda su fortuna, que era mucha, en la institución de los juegos florales. El día 3 de mayo de 1496 presidía la dama el primer certamen de gaya ciencia, adjudicando a la vencedora, cierta dama Villeneuve, la primera "flor natural", consistente en una violeta sujeta con un broche de oro.

En una época ya bastante cercana de la nuestra, la modestísima violeta fué, muy a pesar suyo, seguramente, mezclada a la política, convirtiéndose en símbolo de unión de un partido. Bajo la segunda Restauración francesa todo bonapartista llevaba constantemente en la "boutonniere" un gran ramo de esas florecillas para recordar que Napoleón había vuelto de la isla de Elba en marzo, estación de las violetas.

Vése, pues, que la, al parecer, insignificante herbácea caulescente y de hojas pecioladas, que diría el botánico, tiene un historial brillantísimo; un historial de que carecen la orgullosa gardenia y la archiaristocrática orquídea.

DE PALPITANTE ACTUALIDAD



Una plataforma electoral.

La copa de cristal

Arrancaron sus dedos una nota
del borde de la copa de cristal,
donde al gustar el néctar purpurino
de mis ojos cayó, de hondo pesar,
una lágrima triste y trasparente
que del zumo aumentó la claridad.

Con inquietud su mano temblorosa
retiró del finísimo cristal;
y sus ojos buscaron a mis ojos
aumentando de mi alma la ansiedad;
se vino junto a mí, y alegre dijo:
—"No sufras que por siempre te he de amar".

—"Soy pobre—repliqué—ya ves, los pobres
somos parias sin brillo en lo social.
Inspiramos los bardos sin fortuna
entre burlas amor sin caridad
y deja que mi lágrima se pierda
en el zumo que brilla en el cristal.

Su mano diminuta alzó la copa
y la llevó a sus labios sin temblar;
y la besó sellando un juramento
a cumplirse en la cámara nupcial;
y al calor de sus labios purpurinos
la copa no cesaba de vibrar.

Luis **MARTINEZ MARCOS.**

LOS ALQUILERES



—¿Qué pasa? ¿Un tumulto?
—No, es que hay una casa desalquilada.

Al pie de la letra

—¿Y tú, Adelita, sabes tocar ya el piano?

—No puedo contestarle, señora. Jamás lo he probado.

Las dos notas musicales más altas del mundo

Cierto día de primavera del año 1770, recibióse una tarjeta en las habitaciones que ocupaba una famosa cantante que a la sazón trabajaba en el teatro de la Opera, de Parma, cosa no extraña, pues su salón de recibir hallábase siempre lleno de músicos de todas partes, que acudían atraídos por la fama de su voz, o de aspirantes que ambicionaban obtener los honores del proscenio, o de empresarios que deseaban asegurar la contrata de la estrella. Tampoco faltaban allí sacerdotes en súplica de que cantase en sus iglesias, ni grandes señores que aspiraban a trabar amistad con la artista para comprometerla a cantar en alguna "soirée" particular.

Pero aquella tarjeta venía respaldada y, por lo que decía el visitante, era un maestro de capilla de un pueblo de más allá de los Alpes que venía acompañado de su hijo.

Ambos fueron recibidos por la soprano, porque el mayor era un músico notable, y el segundo, el muchacho, un niño prodigio que, no obstante sus catorce años, tenía escaso desarrollo y apariencia insignificante.

Sólo se destacaban en su rostro dos ojos, que, a veces, brillaban de un modo extraordinario, denotando la fogosidad de su espíritu. La cantante había oído hablar algo del muchacho y de su maestría en el manejo del violín, del piano y del órgano; sabía que había dado conciertos en las principales ciudades de Europa y que había compuesto varias obras de no escaso mérito. Con el fin de satisfacer al muchacho, la gran soprano quiso demostrarle las facultades que poseía, cantando ante él unas cuantas notas.

Padre e hijo dieron las gracias por su amabilidad a la cantatriz, y salieron de su aposento.

Aquella misma noche, el muchacho escribía a su hermana una carta, en la que anotaba las notas emitidas por la soprano durante la entrevista.

Aquella célebre carta, que se conserva, afortunadamente, contribuyó a aumentar la fama de la cantante, que por complacer a un niño, emitió las notas más altas de voz humana que se recuerdan.

El niño era nada menos que Mozart; el hombre era Leopoldo Mozart, maestro de capilla y director de orquesta del arzobispo de Salzburgo, y la cantante era la gran Agujari, la cual no pensaría jamás que debió la reputación de su voz a aquella visita accidental.

La Agujari no saboreó durante mucho tiempo sus maravillosos triunfos, pues tenía veintisiete años cuando cantó ante Mozart, y murió a los cuarenta. Las notas que cantó para Mozart constituyen un simple ejercicio y carecen de valor, comparadas con el hecho de que desarrollan el extraordinario compás de su voz, que cubría tres octavas, con los registros tan unidos, que pasaba de uno a otro con notabilísima facilidad, gracias a la flexibilidad de sus órganos vocales.

Sólo puede compararse con ella la cantante Jenny Lind, famosa también por la extensión de su voz. Después de dar en América noventa y tres conciertos por cuenta de un empresario, siguió la "tournée" sola, y dió cuarenta más, recibiendo proposiciones de los aficionados de Cincinnati para dar otro. Pero si bien había entusiasmo en la población por oirla, no se disponía de una sala adecuada para tal género de conciertos, y surgió una seria dificultad. Pero los vecinos de Cincinnati encontraron a escape la solución del problema. Junto al río disponían de grandes edificios destinados a saladero de cerdos, y en poco tiempo limpiaron y decoraron y dispusieron uno para el espectáculo, aunque no lograron desterrar por completo los olores de aquellos lugares, de suerte que las espectadoras y los espectadores tenían que taparse de vez en cuando las narices.

Jenny Lind no opuso ningún reparo al lugar; antes al contrario, dijo: "Hemos prometido dar un concierto y lo daremos, aunque el recinto huela mal."

Para hacer más soportable el ambiente, los caballeros que acompañaban a la Lind en el camerino que se le había preparado, fumaban buenos cigarros, y las señoras rociaban todo con esencias.

Al fin y al cabo, el concierto se dió, y al terminar el último número, que era un solo para la cantante, entonó el "Oh, gioja que si sente", de "Lucía de Lammermoor", con tal afinación y tan inimitable estilo, que dejó electrizado al auditorio. Mr. Waldauer, violinista que acompañaba a la Lind, sacó un papel de música en blanco y apuntó las notas del final del canto. Cuando regresó al hotel, felicitó a la primadonna por su trabajo y la mostró las notas que había emitido, y que, después de las de la Agujari, han sido las más altas que se han dado en el mundo.

El monumento a Colón, por Burnet



—Aquí se va a levantar el monumento del que los descubrió a ustedes.
Salinas, Gómez, Elpidio, etc.—No, señor; quien nos descubrió a nosotros no fué Colón, sino Hipólito.

Para purificar los pozos

El agua de manantial es siempre y en todo caso preferible a la de pozo, tratándose de beberla. Lo malo es que en algunos distritos rurales no se dispone de otra agua potable que la extraída de pozo o algibe, y esto puede engendrar graves peligros para la salud, en el caso de que el líquido se impurifique, ya por infiltraciones nocivas o porque caigan en él substancias u objetos corrompidos.

Si tal caso ocurre, lo mejor que puede hacerse es desinfectar el pozo con permanganato de potasa. En las instrucciones para el saneamiento de pozos aprobadas por el Consejo Superior de Higiene, de Francia, se recomienda el siguiente procedimiento:

Echese en el pozo sospechoso una cantidad de permanganato de potasa, en solución, suficiente para comunicar al líquido un pronunciado color rosa (500 gramos de permanganato por metro cúbico de agua), dejándolo reposar durante veinticuatro horas. Transcurrido este tiempo, se saca agua del pozo hasta que ésta suba clara.

Cuando no hay posibilidad de obtener permanganato, se emplea como desinfectante la cal, si bien se advierte que la fuerza bactericida de esta última es bastante menor que la de aquél. Usase, preparando una lechada de cal en la proporción de 10 kilos de cal viva en 40 litros de agua. La lechada se arroja al pozo, y tres días después se extrae el agua con bomba o cubo hasta que suba cristalina.

¿Qué voz tiene mayor alcance?

Sucede frecuentemente que un orador titubea cuando debe hacer uso de la palabra en una sala cuyas cualidades o defectos acústicos ignora, preguntándose entonces ansiosamente qué grado de intensidad debe dar a la voz para hacerse oir de todos los espectadores.

El problema es, en efecto, bastante complejo, interviniendo en él tres factores: la sala, el auditorio y el orador.

Sabido está que la acústica de una sala es buena cuando no hay eco, y cuando el sonido de resonancia tiene duración suficiente para reforzar el sonido que lo engendró, sin mezclarse, por esto, con el sonido que subsigue. Y también sabemos que el oído humano no es igualmente sensible a todas las sonoridades. Queda por averiguar la influencia del orador.

Dícese generalmente que unas voces alcanzan más que otras; aserto cuya verdad ha tratado de comprobar el doctor Marage, de París, averiguando de un modo experimental qué energía deben imprimir a sus voces para hacerse oir, los oradores que posean los timbres de bajo, barítono o tenor.

A dicho objeto, empleó Marage un orador artificial, esto es, la sirena de vocales ya citada por nosotros alguna vez, al ocuparnos de las recientes investigaciones sobre el aparato auditivo. Con ayuda del aparato de referencia, ha podido el experimentador medir fácilmente el volumen de aire emitido por los pulmones, así como la presión. El producto de estos dos números ha dado a M. Marage la energía del sonido.

Las experiencias de que nos ocupamos fueron llevadas a cabo en la inmensa sala del Trocadero, en la capilla de la Sorbona, en el anfiteatro Richelieu y en una cátedra de la Academia de Medicina. De estas pruebas resulta que las voces de bajo tienen una gran desventaja, puesto que necesitan gastar energías de G a VR *veces mayores que las voces de tenor. Hay algunos locales en que una voz de bajo tiene que gastar para hacerse oir una fuerza nueve veces mayor que en otros recintos, dependiendo ello de la forma de la sala. Las voces de barítono son las que mejor se oyen en toda clase de locales, cualesquiera que sean las dimensiones de estos, y las que menos energía de emisión exigen, produciendo mayor efecto sobre el oyente.*

Horacio B. OCARINA.

Colegas

Un desconocido se aproxima al director de una banda que acaba de tocar muy mal una hermosa sinfonía.

—Le felicito a usted, querido colega—le dice.

—Muchas gracias. ¿Es usted también músico?

—No, señor, pero soy director—se lo digo en confianza—de una banda... de ladrones.

El contrabandista más célebre del mundo

Muchos contrabandistas célebres ha habido, pero ninguno como Mandrín, que durante dos años supo tener en movimiento a los ejércitos de Francia y dió más que hacer a las autoridades que el criminal más terrible. Luis Mandrín era hijo de un comerciante, y habiendo perdido a su padre y manejado mal sus negocios, se encontró arruinado y se hizo contrabandista. En una riña de gente joven, él o sus compañeros dieron muerte a dos hermanos, y huyó y fué condenado en rebeldía al terrible suplicio de la rueda.

Entre Mandrín y la justicia se había abierto un abismo, y Mandrín, sediento de venganza, hizo a la justicia ua guerra como no se ha visto igual.

Ante todo necesitaba mucho dinero y para conseguirlo organizó un verdadero ejército y lo empleó en el contrabando. Luis Mandrín empezó por hacer comprender a sus hombres que para el buen éxito de sus empresas, el orden y la disciplina eran lo principal. Reclutados como la tropa, sus contrabandistas tenían una organización semejante a la de un ejército, y recibían puntualmente su espléndida paga; rechazaba a los ladrones y criminales de profesión y prefería los desertores, habituados ya a la disciplina y al manejo del fusil.

Su audacia era inaudita. Al llegar a un pueblo exponía todo el contrabando en la plaza del mercado y lo vendía con la misma publicidad que si fuesen verduras o pescados.

En Rodez, población importante, Mandrín se presentó en día de feria. Se le esperaba ya y se le recibió en triunfo. La gente gritaba: "¡Ahí están los contrabandistas!", como hubiera podido gritar "¡Ahí está el rey!", y todo el mundo corría para verlos desfilar.

La bravucona tropa iba precedida de tambores y pífanos, en pos de los cuales marchaban hasta un centenar de jinetes cubiertos de polvo, armados hasta los dientes, montados en sus caballejos de largo pelo. Detrás, los dos jefes, Mandrín y su segundo, Saint Pierre, vestidos con lujosas ropas y seguidos de larga fila de mulos cargados de fardos. La venta de los géneros se hizo con toda tranquilidad. Bajo la vigilancia de los contrabandistas, fieramente apoyados en sus fusiles, se conservó en el mercado un orden completo. Ni la guarnición de la ciudad ni las autoridades pensaron por un momento en turbarlo.

Las empresas y audacia de Mandrín preocuparon seriamente a las autoridades. Un cordón inmenso de tropas interceptó todos los caminos desde el Jura hasta el Mediterráneo, a fin de cortarle el paso; y para perseguir al bandido se creó un cuerpo especial compuesto de fusileros y dragones.

Pero Mandrín se reía de todos los obstáculos, y confiando en el espanto que su solo nombre producía, atreviase a todo.

Una vez, sabiendo que las autoridades habían cogido a los contrabandistas una carabina y cinco fusiles, y que estaban depositados en casa del subdelegado de Rodez, escribió a éste una carta haciéndole saber que si no recibía pronto aquellas armas se vería obligado a prender fuego a su casa. Nadie se acordaba de dónde se habían puesto las armas, ni de cuántas eran y el infeliz subdelegado compró otras nuevas que envió inmediatamente a Mandrín.

Otro día, encontrando en la carretera al barón de Espagnac, gobernador militar de la Bresse, le detuvo pidiéndole por favor que revistase a su gente y presenciase durante algunos minutos sus evoluciones. El barón, esperando a cada momento la muerte obedeció, y montando en el propio caballo de Mandrín, pasó la revista con todas las formalidades que exige la disciplina.

En 1754, cuando Mandrín emprendió su quinta campaña, componíase su tropa nada menos que de 400 hombres, con los cuales llevaba a cabo verdaderas operaciones estratégicas.

Llegó a poner sitio a ciudades fortificadas y a obligarlas a rendirse. En esa forma se apoderó de Bourg, donde se hizo dueño del fisco, puso en libertad a los presos por deudas o por contrabando y castigó severamente a los criminales y ladrones.

Trece días después, se presentaba delante de Beaune, que se había puesto ya en estado de defensa. Pero los habitantes que, habiendo tomado las armas, defendían las puertas, no supieron hacer otra cosa que meterse en la ciudad, y la banda de Mandrín entró sin dificultad. El jefe se instaló en la municipalidad y anunció que haría pagar a los vecinos una indemnización de 25.000 francos, si bien, a ruegos del acalde, se contentó con 20.000.

Llegó por fin el momento de la lucha decisiva entre Mandrín y las tropas del rey, formadas estas últimas por los regimientos que más fama de bravos tenían.

El famoso contrabandista se propuso entonces organizar una expedición monstruo que acabase de aterrorizar a sus enemigos.

Durante todo us invierno se reclutaba públicamente gente para la brigada de Mandrín; cerca de 2.000 contrabandistas solicitaron entrar en sus filas. Hallábase entonces Luis Mandrín en los estados del rey de Cerdeña, y se pidió a éste que entregase al temible bandido. El rey se negó a ello, y entonces, despreciando todas las leyes internacionales, se adoptó el partido de apoderarse del contrabandista en territorio extranjero.

Mandrín se encontraba en el castillo de Rochefort, cuando durante la noche una tropa de 500 soldados cercó sigilosamente el edificio. Un criado amenazado de muerte indicó la habitación en que dormía el jefe contrabandista. Los jefes de la tropa, pistola y sable en mano, penetraron de repente en el cuarto y se arrojaron sobre Mandrín y su teniente, sin darles tiempo para poder huir ni defenderse.

Medio desnudos como estaban los ataron, los metieron en dos carretas, y se les llevó a Valence, escoltados por 60 dragones. Mandrín parecía tranquilo; fumaba y reía como si fuese a una fiesta. Saint Pierre en cambio, no hacía más que llorar.

Por todas partes se agolpaba la multitud para ver pasar al contrabandista. Al llegar a Valence fueron encerrados en el presidio y se permitió la entrada a los curiosos por grupos de cinco o seis.

Constantemente se recibían regalos para los prisioneros: pasteles, aguardiente, morcillas, confituras, botellas de Borgoña. Mandrín hacía honor a estos obsequios, especialmente al vino.

El día de la ejecución, 26 de mayo de 1755, acudió a Valence gran muchedumbre de forasteros, diez mil cuando menos, llegados de quince leguas a la redonda.

Mandrín, condenado al terrible suplicio de la rueda, murió con gran valor. Después, no quedó de él más que el recuerdo.





MARPLATENSES





Señorita Ana Victoria Figueroa



Señoritas de Cervetto, Besio, Canale y Dardizzone.



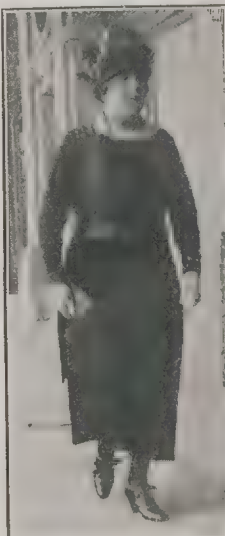
Señorita Elena Aldao Unzué.



Doctor Bery y su familia.



Señor César González Guerrico, presidente del Tiro a la Paloma.



Señora de Galarce.



Señora Ana U. de Figueroa, señorita Ana Victoria Figueroa y doctor Marcos A. Figueroa.



Señor Quintana y su esposa.



Señora de Hope, señoritas de Hurquinson y Balestry y señor Güiraldes.



Doctor José Moreno y su esposa.



Señoritas de Torres y de Bosch y señores Nelson y del Solar Dorrego.



Señoritas de Güiraldes y de Castro y señores Carabasa y Becú.





Carnaval

El concurso infantil en el Balneario







La mesa del jurado, clasificando los méritos de los aspirantes a los premios.





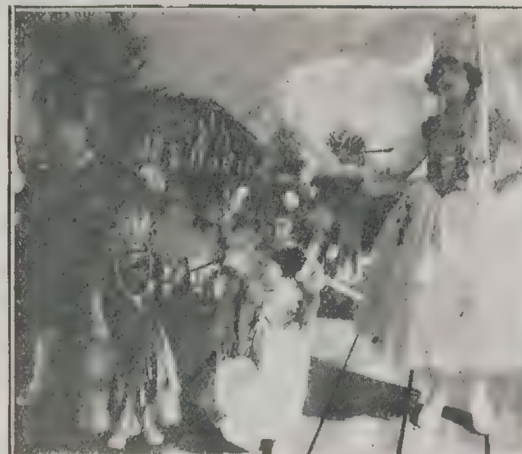








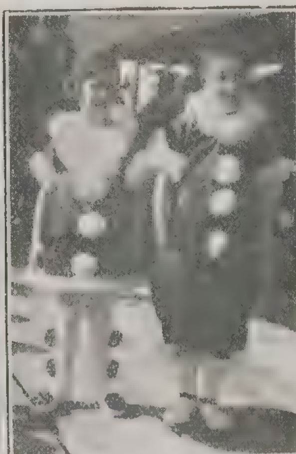
Uno de los palcos que más llamó la atención en el corso de Lanús.











"FRAY MOCHO" EN ROSARIO



Corso del Saladillo.—Familias de Pensa y de Dominisi.



''Les Poupées''.—Señoritas M. L. Miroñas, M. J. Miroñas, C. del Arco, L. Zaldivar, M. A. Iñarra y M. C. Iñarra.



''Las Colombinas''.—Señoritas M. Parent, H. y R. Levioso, A. C. Domingo, G. Bosco y E. Martino.



''Las Gitanas''. Señoritas Rojas, Miller y Ripovik.



Durante un intervalo en el baile de disfraz realizado en el Club Italiano.



Parte de la concurrencia al baile de máscaras efectuado en el Centro Asturiano.

Fot. J. Gaspary.



La niñita Carmencita Lejarza, disfrazada de gitana.



El piloto Holland, momentos después de su aterrizaje en el aeródromo de Saladillo, desde donde, una vez aprovisionado de combustible, siguió viaje en su aparato ''Airco'', con rumbo a Tucumán.

TODAS LAS RAZAS INFLUYEN EN LA MODA



Parecido al traje de una muchacha india es este batón elegante.



Las aplicaciones de este modelo para "soirée" son idénticas a las de las reales vestiduras chinas.



Este peinado y adorno son de procedencia egipcia.



En el arte sirio se ha inspirado el creador de este modelo, propio para el atardecer.



Este rico tapado está hecho con antiguos brocados persas.



La idea de éste es, sin duda alguna, japonesa.



En las tocas de las viudas es visible la influencia de los velos árabes.



En el arte morisco y egipcio se inspiran los elegantes deshabillés matinales.



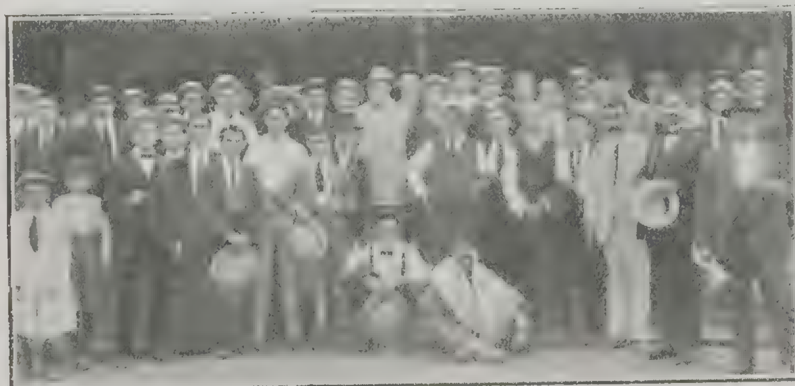
CINE

William Hart — que prepara una nueva serie de películas —
con Mary Thurman, acariciando el célebre caballo Pinto.

ECOS DEL TRIUNFO DEMÓCRATA EN LA SEGUNDA CIUDAD ARGENTINA



Aspecto que presentaba la gran mesa del almuerzo campestre ofrecido en su quinta "Nenucho", en Funes, por el candidato a gobernador, doctor Fermín Lejarza, a los presidentes de comités seccionales del departamento Rosario, del partido demócrata progresista, festejando el triunfo en la más importante de las zonas santafecinas.



El doctor Fermín Lejarza, despidiendo a sus amigos y correligionarios, en la estación Funes, después de la fiesta.



En la granja "Nenucho", después del almuerzo.—El gato con relación.

EL GOBERNADOR DE MENDOZA EN CACHEUTA



El gobernador de la provincia, señor Ricardo Baez (×), y la comitiva oficial, al descender por la escalinata del hotel del balneario.



El gobernador contemplando los destrozos causados por las inundaciones en la sección "Baños de Beneficencia", donde perecieron quince personas.



La comitiva oficial en las instalaciones de los baños que fueron totalmente cubiertas por las aguas.



El gobernador, los ministros, altos funcionarios y periodistas viendo los daños materiales causados por el desastre.

Fot. Napolitano.

NOTAS DE VERANEO — DE PUENTE DEL INCA



Una pose para FRAY MOCHO, al pie del Cristo Redentor de los Andes.



En la cancha de ejercicios físicos.—"Si pasa me quiere..."



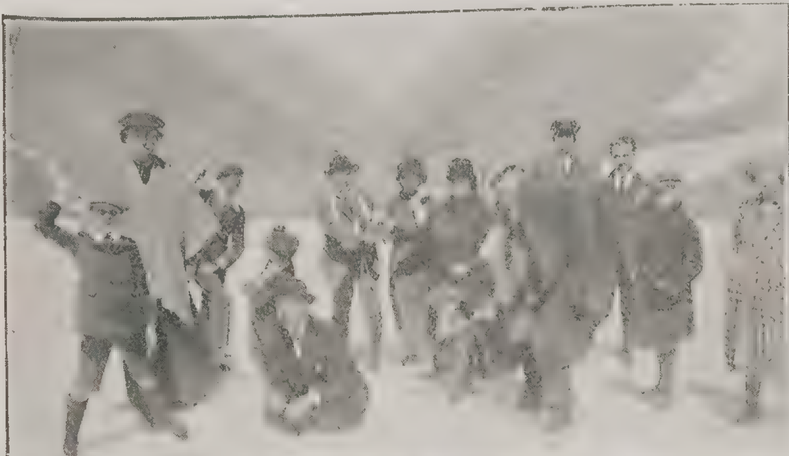
El doctor Becri hablando del Cristo.



El doctor Andrés G. Llamazares y su esposa, señora Aynita Homan



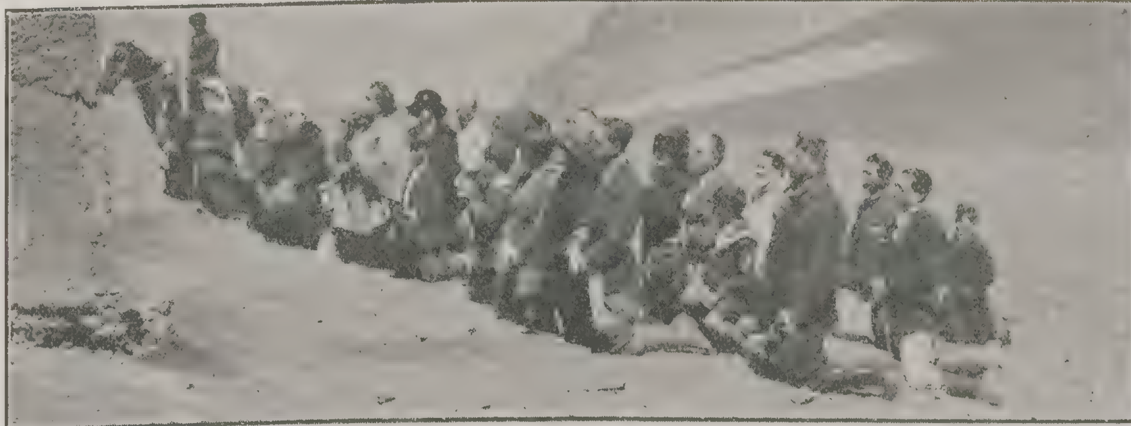
El "botón" de Puente del Inca. (Señor Alejandro Casares).



Excursionistas al "frappe".



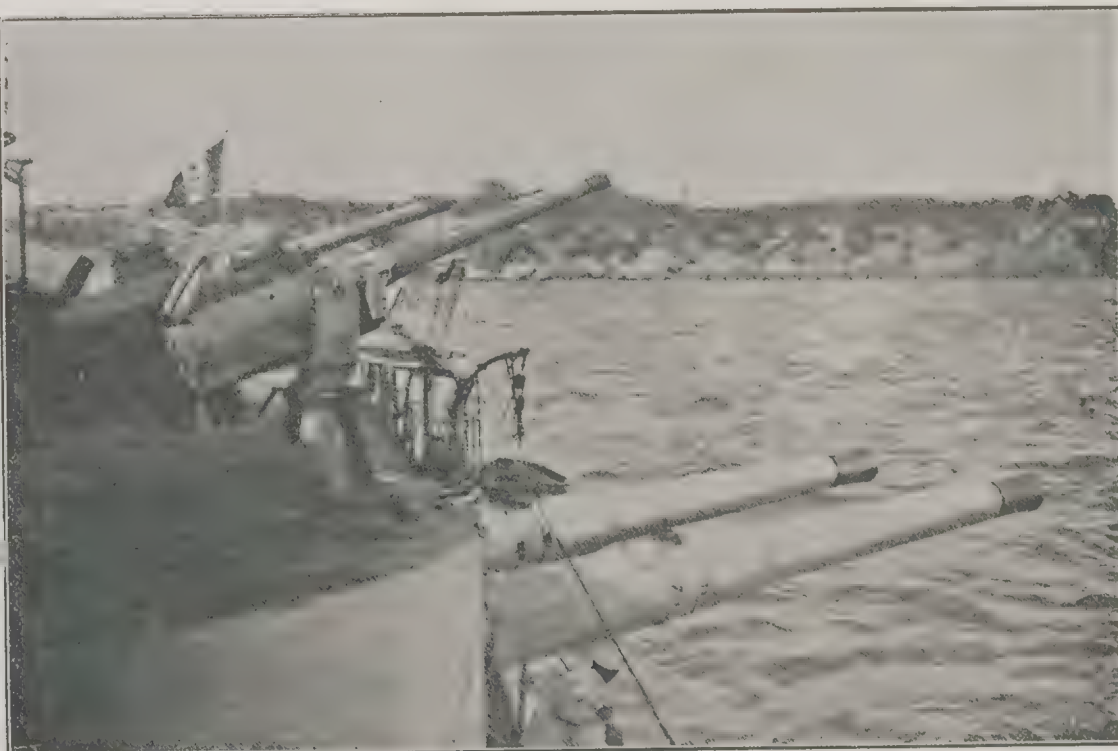
Cabalgata que ha salido varias veces para hacer largas jornadas y siempre vuelve a la media hora.



Oyendo misa ante el Cristo de la Cordillera.

Fot. Arata.

ITALIA EN EL ASIA MENOR



El acorazado "Regina Elena" en el golfo de Adalia



Edificio de la ciudad de Adalia, donde se encuentra instalado el comando de las fuerzas italianas.



Una calle del barrio griego, en dicha ciudad.



Vista general de la ciudad de Adalia.

SECCIÓN VERMOUTH

SI A USTED LE PARECE

Manda al empleado del registro civil, para que lo case.

—¡Ah! ¿Conque desea casarse? — le pregunta éste amablemente.

—Sí señor—responde el interesado —con tal que a usted no le parezca que cometo una tontería demasiado grande.

BUEN JUEZ

Visita un caballero a su suegro—ignorante campesino—y le trae una máquina de escribir como regalo.

Delante suyo escribe un rato, y luego le pregunta:

—¿Qué le parece a usted?

—¡Hombre te diré! La musiquita con este instrumento no es mala... pero me gusta más mi acordeón.

NOVIO EXCELENTE

—¿Es la primera vez que le dice eso a una mujer?—pregunta la novia cuando concluye la declaración del joven.

—¡Qué esperanza!—responde éste.— Si fuera la primera vez no lo habría hecho tan bien.

COMPARACION EXACTA

Entra un señor en una armería.

—Le ruego que me afile este cuchillo—dice.

—Muy bien señor.

—A ver si me lo deja usted como una telefonista...

—¿Cómo una que...?

—Como una telefonista.

—¡Vaya una comparación extraña!

—¡Hombre! Una telefonista corta siempre.

¡LINDO NOMBRE!

—¡Jesús! Llamarle al chico Pancracio! ¡Vaya una ocurrencia!

—Le diré, misia. Le hemos puesto Pancracio para que nunca le falte Pan...

LA CAUSA

Una señorita visita un hospital y repara en un pobre sujeto que tiene toda la cabeza y la cara vendada.

—Mi pobre amigo—le dice— veo que está bastante mal. Se habrá disputado usted con alguno.

—Se engaña usted, señora. Estoy así por haber dado un abrazo.

—Entiendo—dice la dama picarescamente—alguna casada, sin duda...

—Se engaña usted—insiste el enfermo—. Abracé a un campeón de box que se estaba peleando con otro.

ENVIDIA

—¡Qué pena! A mí que me gustan tanto las mujeres debo conformarme con una sola! Si hasta les tengo envidia a los presidiarios. ¡Ellos por lo menos tienen varias esposas!

LOS ECOS

Un grupo de turistas visitan una gruta, famosa por sus veinticuatro ecos. Antes de comenzar la excursión el guía les advierte:

—Tengan cuidado de no separarse, pues si se pierden puede pasar fácilmente una desgracia. Además no se asusten cuando grite, o griten ustedes para provar los ecos. El año pasado un hombre se volvió loco.

—¡Curioso! — exclama una señora— ¿y cómo fué?

—Se le ocurrió llamar a su suegra y el pobre creyó que lo llamaban veinticuatro suegras. ¡Y la verdad! Era mucho de una cosa mala!

BUENA EXCUSA

—Observe el color de esta agua—dice un cliente al camarero—es imposible beberla.

El camarero agarra el vaso, lo levanta, lo mira, lo examina, lo huele y al final dice:

—Está usted equivocado, señor. Puede beberla con confianza. El agua está limpia; lo que está sucio es el vaso.

DESGRACIA

—Ha sido una suerte—le dicen a uno—que cuando tiró la bandeja a la cabeza de su mujer no diera en el blanco. Podía matarla.

—¡Estuve de yetta, al contrario! Se rompió la bandeja.

UN PLAN FRACASADO

Una muchacha tenía dos pretendientes y ambos le eran igualmente simpáticos. ¿Cómo elegir entre ellos?

Cierto amigo le aconsejó:

—Mira, andate a tu pieza y ponete a llorar, diciendo que tu papá ha perdido toda la plata. El que se quede, aquel es el que te conviene para marido.

—Es una buena idea,—confesó la niña—.

Pocos días después se encontró con el amigo.

—¿Qué tal? ¿Cómo fué la cosa?

—Se marcharon los dos—repuso la niña llorando.

UN NIÑO TERRIBLE

—¡Cuéntame un cuento, papá!

—¿Qué cuento quieres que te explique?

—Aquel tan lindo que le decías esta tarde a la sirvienta.

DESCRIPCION

—¡Papá! ¡Papá! ¡Dime! ¿Qué es un dragón hembra?

—Niño. Te prohibo que llames así a tu abuela.

SEIS HIJOS

—Creo que tiene usted seis hijos! — le preguntan a un hombre de cierta edad.

—Sí señor.

—¿Y que tal? ¿Son buenos o le dan a usted mucho trabajo?

—¡Son unos excelentes muchachos. Jamás he tenido que levantar mi mano contra ellos... como no fuera para defenderme.

LAS PALABRAS SE LAS LLEVA EL AIRE



—Canta canciones absolutamente idiotas.
—Sí, pero con tan abundante escote nadie repara en ello.

Un episodio de la Patti

M. Arthurs, empresario que fué de la Patti, cuenta en sus memorias la siguiente anécdota de la célebre diva:

Uno de los pocos tenores franceses que ha hecho toda su carrera en la música italiana, fué Ernesto Nicolás, conocido por el público con el nombre de Ernesto Nicolini.

Dotado de una voz extensa y sólida, cuyo timbre no carecía de fuerza ni encanto, tuvo que luchar toda su vida contra la ausencia absoluta de sentimiento artístico.

A pesar de las hermosas notas con que adornaba "Aída", "Lucía" y "La Traviata", jamás habría llegado a la notoriedad, si no hubiera encontrado en su camino a la marquesa de Gauz, que bajo el nombre personal de Adelina Patti, entusiasmó durante cuarenta años a todos los "dilettanti" de ambos mundos. Convertido en marido de la gran cantatriz, era natural que se impusiera allí donde ella se imponía, es decir, en todos los espectáculos dados por la diva incomparable.

Aplaudiéndole, se aplaudía tanto al marido de la estrella como al tenor. Relativamente joven aún se retiró del teatro para dedicarse exclusivamente a administrar los bienes de la castellana de Graigy-Nosscastle, acompañándola en todas sus "tournées".

En nuestra "tournée" por Europa, no cantaba Nicolini. Para ello contraté como tenores a Massini, Gayarre y Stagno. El se contentó con ser nuestro profesor de billar. Gracias a sus lecciones Adelina Patti y yo fuimos bastante fuertes para luchar con él por la victoria. Consagrábamos al noble juego todas las veladas en que la gran diva no cantaba.

Cierta vez, no obstante, no tuvo más remedio que hacerse oir en público.

Era en Barcelona.

Stagno debía cantar Alfredo en la "Traviata". Teniendo el recuerdo dejado en esta parte por Massini, buscó un pretexto para esquivarse y rehusó aparecer en escena la noche de la representación. Era preciso anunciarlo al público en seguida. Había yo perdido la cabeza, no sabía a qué santo encomendarme, cuando me topé con Nicolini en la escalera del hotel, y se me ocurrió decirle:

—¡Qué le parece si volviera a representar usted el papel de Alfredo, que ha sido uno de sus más hermosos triunfos?

—Ya lo he olvidado. Hace ocho años que no doy una nota.

—Ahí va eso para que refresque usted la memoria.

Y le puse tres billetes de mil francos en la mano.

—Sea; pero sólo para prestarle a usted un servicio.

Inmediatamente aparecieron pegadas en todos los carteles las siguientes líneas.

"Negándose el señor Stagno a cantar esta noche "La Traviata", representará el papel de Alfredo, Ernesto Nicolini. Las personas que no estén satisfechas con el cambio, pueden recoger en taquilla el importe de sus billetes.

Devolvimos tres mil francos, que volvieron a la caja otra vez, pues un grupo de revendedores tomó el papel que los descontentos nos dejaron.

A las ocho de la noche la sala estaba llena hasta rebosar.

En cuanto la Patti entró en escena se oyeron gritos de animales de todas especie: rebuznos, ladridos, maullidos. Aparece Nicolini, y nueva racha de voces fraccionales.

—¡El dinero! ¡Que nos devuelvan el dinero!

Por tres veces los esposos intentaron cantar, pero las tres lo impidió el público, con gritos y silbidos.

La Patti de cara al público, hizo la señal de la cruz y se retiró.

El telón fué bajado y renació la calma por un instante.

La estrella se precipitó a los bastidores y balbució llorando de rabia:

—¡Qué vergüenza! Siseada por primera vez en mi carrera y en mi propio país ¡Es demasiado! Rescindo el contrato!

Sin perder un momento hago levantar de nuevo el telón.

—Señoras y señores—dije después de tres reverencias—la señora Patti jamás ha sido objeto de pruebas de desaprobación semejantes. Hay, pues, fraguado un complot. Si se debe al cambio de intérprete, damos al público un cuarto de hora de tiempo para que recoja en taquilla el dinero en caso de no gustarle oir a Nicolini. Pasados los quince minutos continuará la representación hasta acabarla; pero no se devolverá el dinero.

La continuación del acto fué fecunde en sorpresas. La Patti, aplaudida como artista, es silbada como esposa de Nicolini. En cuanto a nuestro Alfredo de ocasión, suerte fué de las más diversas. Detestable en el primer acto, recogió en el segundo y en el tercero, infinitamente más aplausos que su esposa. Pero en mitad del aria del cuarto acto soltó un gallo tan descomunal, que hubiese alborotado a todo un gallinero.

LOS ANDES

Crucé un día los Andes: altaneras
las altas cumbres a mi paso alzaban
sus níveas sienes, por el sol teñidas,
como el espacio inabarcables, magnas
como el mismo Creador, cual si con ellas
se hubieran remedado las escalas
que llevan de las tierras a los cielos
la procesión eterna de las almas!

Después bajé por las abruptas cumbres,
pasé por valles, por nerviosas sendas
angostas como cintas, y torrentes
de impetuoso correr: ya por la vera
de correntosos ríos cual serpientes
por sus muchos zig-zag, ya por laderas
de atrevido caer, como los flancos
enhiestos, intrepables de un atleta!...
Llegué a las cunas de las altas cimas,
que dan regazo a productoras fuerzas—
con el cuerpo agotado de cansancio
y el alma adormecida en la grandeza,
el pecho artista de admirar prodigios
y la mente ordenándome poeta.

Y pensativo caminé; seguía
con el cerebro en los penachos albos
de los Andes atletas, con el alma
en el poder de Dios, y a cada paso
vuelta los ojos daba, reverente,
y sentía mi espíritu extasiado
mecido en la quimera, ni miraba
el camino a seguir, como si un algo
en las alas etéreas del ensueño
me robara del mundo; y en un rapto
a las cretas del Andes me ascendiera,
para que allí como en sitial hincado,
ofrendara al Señor de las Alturas,—
Creador del mundo y de las tierras, Amo—
las rimas apagadas de mis versos;
y en un arranque del sincero canto,
con la voz humilde le rogara
vehemente, suplicante y elevado,
que esos Andes, que cóndores anidan,
incólume conserve por los años,
y más que por los años, por los siglos,
para que ellos amparen con sus brazos
en los límites justos de mi suelo
los hombres de cien tierras y oceanos,
de cien razas, cien creencias y cien sangres,
y mi patria sea austero silabario
que enseñe derroteros a los mundos
desde el gran escenario americano!

Félix de UGARTECHE.

DUELO A MUERTE EN EL "BOIS" DEL DOCTOR DELCASSE



—Sí, nos batiremos, y nos batiremos a veinte pasos...
—Y a espada.

Luchas de caballos

Durante los primeros siglos de la Edad Media, el pasatiempo favorito de los noruegos que colonizaron Islandia consistía en hacer luchar sus caballos, que adiestraban de un modo especial con este objeto. En la Biblioteca de Reykjavik se conserva un cuadro representando las diversas peripecias de una de estas luchas. Los espectadores formaban un gran círculo, en cuyo centro se colocaban los caballos que habían de luchar, que eran siempre dos, poniéndose junto a cada uno su dueño, provisto de una larga vara, a manera de fusta, para excitarle en caso necesario.

Los caballos peleaban puestos en dos pies, mordiéndose furiosamente y golpeándose en los pechos con las manos, hasta que uno de ellos caía al suelo, en cuyo caso era considerado vencido. Si los animales mostraban fatiga o intentaban suspender el combate, sus dueños los excitaban a varazos, o tirándoles de la cola.

Era tal el apasionamiento de los antiguos habitantes de Islandia por esta diversión, que en ocasiones, las luchas de caballos acababan en sangrientos desafíos entre sus propietarios.

En nuestros días, las luchas de caballos son todavía, o eran hasta hace muy poco, una diversión muy popular en Siam.

Reyes curanderos

Las molestas y a veces repugnantes manifestaciones de la escrófula en el cuello, llamadas lamparones, que con tanta frecuencia se observan en individuos que habitan en grandes centros de población, se curaban según una creencia antigua, con sólo que el rey de Francia les impusiese las manos.

Anualmente concurrían a la corte francesa gran número de escrofulosos, y el día de Pentecostés, después de haber confesado y comulgado el monarca en el convento de San Francisco, tocaba a todos los enfermos en la frente, puesta la mano en forma de cruz, y pronunciaba las siguientes palabras: "El rey te toca, Dios te cura. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

San Luis añadió a esas frases la costumbre de hacer la señal de la cruz sobre el punto enfermo.

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

La cocina

SESOS DE BUEY

Se cuecen los sesos de buey en agua, con sal, pimienta y un ramo de hierbas finas; la cocción exige media hora de ebullición. Se retira los sesos del agua, se les escurre y se les deja enfriar. Se les corta inmediatamente en pedazos para sazonarlos de diversas maneras.

FAISÁN ESTOFADO

Se mecha con tocino bien sazonado con sal, pimienta y ralladura de moscada, la pechuga y los muslos de un faisán, que se envuelven en lonjas de tocino. Se hacen cocer en una cazuela. Terminada la cocción, se pasa y desengrasa la salsa; se hace reducir a la mitad; se coloca el faisán en una fuente y se vierte encima la salsa reducida. Este plato es mucho más delicado cuando se puede añadir a la salsa algunas cucharadas de jugo de asado de liebre, reservado de intentto en alguna comida anterior.

BACALAO A LA MAITRE D'HOTEL

Se hace cocer en agua un pedazo de bacalao convenientemente desalado, que se atará con un hilo para que conserve su forma. Se le sirve muy caliente, después de haberlo escurrido bien y se acompaña de una salsa a la maitre d'hotel con el zumo de un limón. Con el bacalao así dispuesto se sirven papas cocidas en agua ligeramente salada. La salsa ha de ser abundante para que pueda sazonar el bacalao y las papas.

BERENJENAS RELLENAS

Se las parte por la mitad, a lo largo. Se les quita parte de la substancia interior, pero dejando una buena porción de la pulpa adherida a la piel, que no hay que estropear. Por otra parte, se prepara un relleno de la manera siguiente: se separan las pepitas de la pulpa retirada; se pica esta pulpa con 125 gramos de medula de buey e igual cantidad de pechuga de ave o carne de cordero asado. Se mezcla con 4 yemas de huevo, 60 gramos de miga de pan duro, muy bien desmenuzado; se une muy bien a fin de que la mezcla sea íntima; se le añade un poco de sal y este relleno al primero; se amasa todo con moscada rallada, pero no se la sazona en exceso. Se llena con esta mezcla las medias berenjenas ahuecadas; se une muy bien la superficie, pasando por las junturas un poco de yema de huevo con las barbas de una pluma. Se pone luego las medias berenjenas rellenas en una fuente que pueda soportar la acción del fuego. Se hace derretir la medula de buey, la que se pasa a través de un lienzo, y se rocía con ella las berenjenas. Se pone la fuente en el fogón con fuego muy vivo encima y poco fuego debajo; y finalmente, terminada la cocción, se las sirve sin cambiar de fuente.

Conocimientos útiles

EL CUIDADO DEL TERCIOPELO

Cuando se moja el terciopelo no se debe secar frotándolo. Lo mejor es sacudirlo y dejarlo que se seque por sí solo, porque el agua se evapora sin dejar huella, mientras que si se frota, el pelo no se levanta y queda la señal.

PARA LIMPIAR CUCHILLOS

Lo mejor consiste en frotarlos sobre una patata cruda, cortada en dos pedazos, bien empapados en piedra de limpiar cuchillos pulverizada.

El resultado será aún mejor si se añade un poco de carbonato de sosa.

CONSERVACION DE LAS ROPAS, ABRIGOS, MANGUITOS Y PIELES EN GENERAL

Espolvoréense las piezas con una mezcla de 100 partes de pelitre por diez de alcanfor, reducidas a polvo finísimo, guardándolas luego en cajas de madera o cartón con las aberturas cubiertas por tiras de papel pegadas.

LAS MANCHAS DE POLVO DE LOS IMPERMEABLES

Se quitan frotándolas con patata cruda. El mismo procedimiento sirve para quitar las manchas de hierro de las prendas de vestir.

PARA EVITAR LOS ATAQUES BILIOSOS

Tómese por las mañanas en ayunas un vaso de agua caliente.

VIDA SOCIAL



—¿Es siempre tan divertido su esposo?
—¡No! ¡Anda ahora muy preocupado! ¡Está escribiendo una obra cómica!

LA DELFINA DE RAMIREZ

(Tradición entrerriana)

por Benigno T. MARTINEZ

A mi amigo el doctor Martiniano Leguizamón.

I

En ambas costas del caudaloso Uruguay se divisan de trecho en trecho primorosos paisajes que se extienden desde el arenal que orillea la barranca grisácea y roja hasta el fondo boscoso de seculares "mimoseas" que en lontananza esfuma la luz crepuscular en tanto que las islas cubiertas de tupidos malezales, en la suave pendiente, lucen su verdor constrastando con el pálido reflejo de las "totoras" y pajonales del húmedo bajío que frecuenta el "yaguareté/traicionero".

En la margen oriental del río aquel se divisa sobre la barranca una línea de "médanos", en cuya vecindad construyeron sus toldos los "yaróes" perseguidos y odiados siempre por los feroces e indómitos "Charrúas del Hum". En la opuesta orilla extendíase la isla "Cambacuá", que se distingue de las demás por ostentar entre sus matorrales misteriosa laguna que la tradición señalaba como albergue del primitivo morador que dió nombre a la isla, de la que fué desalojado por el "charrúa Comandat", de bronceada tez y recia musculatura, al plantar allí sus toldos cubiertos de cuero para alojarse con sus mujeres e hijos. Un estrecho canal que separa la isla de la costa recibe al norte las aguas del "Itapé" y más al sur las del "arroyo de la China", que dió nombre a la aldea que entre ambos se fué extendiendo alrededor de la capilla de Almirón, instalada a fines del siglo XVIII en amplia sala de "adobe" y techo pajizo, cuyos blanquecinos muros destacaban la sagrada mansión entre los destartalados "ranchos de quincha" generalmente usados por el vecindario atendido en lo espiritual por el Reverendo Fray Pedro de Goitia; pero bien pronto el modesto ranchería fué la Villa fundada por Rocamora cumpliendo la orden del progresista Virrey Vértiz.

II

Corría el año 1818 llegando a su auge el batallar sin tregua en una y otra margen del Uruguay; una ola de sangre caldeaba el suelo Oriental bajo la inspiración del caudillo José Gervasio Artigas, secundado en el occidente por su teniente Francisco Ramírez, nacido en el "Arroyo de la China" en 1786. Era este joven paisano arrogante paladín de la democracia semi-bárbara de aquellos desgraciados tiempos de venganza y de exterminio.

Los "blandengues" de Artigas y los "Húsares de la muerte" de su teniente eran invencibles y no daban cuartel al enemigo; los escuadrones de lanceros de ambos caudillos, talaban los campos, incendiaban los aislados "ranchos" asesinando a sus moradores. En una de las expediciones de Artigas contra los portugueses, que obedecían al Brasil, tomó parte el caudillo entrerriano; vadeando el "Paso Sandú" con una pequeña escolta se internó en la Banda Oriental del Uruguay tratando de incorporarse a las huestes artiguistas; cruzando campos, subiendo y bajando "lomas" solitarias, alcanzó a divisar en lontananza una ranchada envuelta en llamas y allá se encaminó en busca de aventuras con que satisfacer sus anhelos caudillescos. No se había equivocado; a poco andar halló en pleno campo a un viejo paisano herido a quien acompañaba una bellísima joven que al acercarse Ramírez le suplicó que salvara a su anciano padre. Este le refirió que un "blandengue" de la partida artiguista que había cruzado por su campo le incendió los "ranchos de la desolada estancia", hiriéndolo a él, después, cuando defendía a su hija de aquel salvaje.

—¿Cómo se llamaba ese blandengue?, dijo Ramírez frunciendo el entrecejo y oprimiendo sus delgados labios. Lo ignoro, señor, allá lo bajé del caballo con mi trabuco.—Bien hecho; la lucha entre hombre y hombre debe ser ojo por ojo y diente por diente; estaba Vd. herido e hizo bien al defenderse.—¿Qué hubiera sido de mi hija si no lo mato?

Ramírez fijó su mirada en la joven que aun permanecía en actitud suplicante y llamó al Sargento Portes de su escolta, ordenándole que acompañase al viejo Souza y a su hija hasta la casa que habitaba su señora madre, en la costa del Uruguay, cerca de "Casas Blancas", en Paysandú. El anciano "Martín de Souza" obedeció y abandonando todos sus intereses tomó del brazo a su hija "Delfina" y sombrero en mano agradeció al caballeresco caudillo su bondadosa protección. La joven miró al protector no esperado y con el pensamiento en lo ignoto de su destino sintió dos calientes lágrimas que descendían por sus rosadas mejillas. Ramírez montó en su noble alazán y se lanzó al galope hacia la incendiada estancia del viejo Souza.

III

Transcurrieron algunos meses y un buen día de la estación primaveral el "Charrúa Comandat", al saber que Ramírez estaba de vuelta en el Arroyo de la China, se presentó al temido caudillo a título de "baqueano" de confianza, en sus siguientes campañas. ¿Qué traes de nuevo?, dijo aquél no bien hubo penetrado en su rancho el taimado "charrúa". Vengo, señor, de la otra banda del río, y pasando por la casa del Sargento Portes la señora Pilar me invitó a "churrasquear" de mañanita y allí ví lo que no se ve siempre, y me habló del Señor y me dijo que deseaba verlo y tratarlo con frecuencia porque era bueno, valiente y generoso. Entiendo, agregó Ramírez, me hablas de la niña "Delfina"; pues bien; mañana te vas en tu canoa y le dices de mi parte que la visitaré dentro de tres días. Así lo haré, señor, dijo el indio, poniéndose de pie para encaminarse a la isla cercana antes de que se ocultara el sol, como era costumbre entre los de su raza, cuando se hallaban fuera de sus "pagos".

Cumplió el indio la orden de Ramírez y en la tarde del nuevo día cuando los rayos del sol descendían en hilos de oro y rosicler al través del bosquecillo de ceibos y laureles en flor que circundaban la rústica mansión habitada por la bella Delfina, retornaba en su canoa trayendo un ramito de rojas flores para su señor.

IV

El anciano Souza no pudo soportar por mucho tiempo la precaria situación a que lo redujo la guerra civil; huía siempre de la presencia de "Delfina", a quien daba el título de hija, pero ella sabía que el anciano no era su padre; este secreto lo guardó toda su vida.

Era la Delfina de altanero carácter y voluntad firme; tenía en cambio los encantos de "Aidos" y la juventud de "Hebé"; de regular estatura y delicadas formas, era digna de ser la favorita en algún harem Oriental o serrallo morisco; su tersa y blanca tez



LA MANO QUE APRIETA

—Señora, acaban de traer el carbón, la leña y las papas.

acusaba la sangre caucásica que circulaba en sus venas; ovalado el rostro, lo coronaba ondulante y blonda cabellera que constrastaba con el negro azabache de sus ojos rasgados y penetrantes, reflejo sin duda de su alma ardiente, que daban a su abierta fisonomía el encanto que suele caracterizar a muchas jóvenes montevideanas y porteñas.

Delfina vestía con sencillez y elegancia suma oprimiendo su breve cintura con blando vestido de ancha manga que lucía sus ebúrneos brazos.

Ramírez solía visitarla con más frecuencia después de la muerte del anciano Souza y como la hallara siempre animosa le prometió su protección si se trasladaba al Entre Ríos. Aquella joven poseía todos los atractivos que seducen a los hombres codiciosos de la posesión de una alma apasionada, de un corazón sensible. Ramírez no dejó de sentir el gusanillo de los celos y quería llevársela al "Arroyo de la China"; guerrero altivo y arrogante temía que Portes lo traicionara, pero Doña Pilar, madre del Sargento, le aseguró que la Delfina sólo amaba a su salvador. Esta noticia no dejó de halagar al caudillo entrerriano, pero él sabía que la hermosura en la mujer era un peligro en aquellos tiempos de salvajes luchas y prefería llevarla a su lado. Doña Pilar se encargó de transmitir a su pupila los deseos del caudillo y ella accedió de buen grado; necesitaba solucionar su insegura situación. ¡Así cayó la Delfina en brazos del caudillo que la amaba!

V

Una tarde primaveral, risueña, encantadora, cruzaban el caudaloso Uruguay Ramírez y Delfina en la canoa del indio Comandat con rumbo a la costa entrerriana. A medida que la tarde avanza el charrúa agita con furor la pala que empujaba su canoa, temeroso de no llegar a su pago antes que el sol descendiera en el ocaso. La frágil embarcación arribó vencedora al puerto del Arroyo de la China. Descendió Ramírez y dió la mano a su compañera que cual ágil corcilla pasó de un salto de la inquieta canoa al firme suelo de la playa. Ambos siguieron el sendero de la suave loma hacia la pequeña Aldea que ya ostentaba el pomposo título de Villa y su Cabildo y Reximiento el de Señoría desde 1783. Allí vivía doña Tadea Jordán, madre del caudillo Ramírez quien presentó a su Delfina después de hacerle vestir el uniforme de los Húsares de la muerte, que era su escolta predilecta en los campos de batalla desde el combate del Arroyo Zeballos hasta la batalla del Saucecito en el Paraná, que lo elevó al rango de General y Caudillo formidable.

Doña Tadea, la revolucionaria porteña, halló muy lindo al oficialito de los húsares y le preguntó si era "criollo". Delfina, sin turbarse, le expresó que era Oriental, pero Ramírez, temeroso de que su anciana madre fuese indiscreta interrumpió el diálogo pretextando que debían prepararse para su viaje al Paraná en el siguiente día; despidiéronse los enamorados tortolillos yendo a pernoctar en el rancho de Ramírez. Delfina cumplió sus promesas y la indiferencia religiosa de que alardeaba hizo lo demás!

VI

Transcurrieron dos meses desde la campaña que Ramírez realizó contra el Directorio de Buenos Aires con López de Santa Fe. La Delfina, instalada en el Paraná, gozaba de alto prestigio por su instrucción no escasa, su natural viveza y ameno trato, solicitado por más de un apasionado galán; pero temerosa de alguna intriga se acordó de Doña Pilar y le pidió que viniese a su lado por algún tiempo. El Sargento Portes ascendido a Subteniente era el más asiduo visitante de la Delfina, y se decían tales cosas que sin duda cesarían con la presencia de Doña Pilar, madre de aquel oficial de la Reserva.

Ramírez, vencedor en la campaña contra el Directorio, volvió al Paraná y como Artigas quiso imponérsele, reprobando el Tratado del Pilar firmado con Buenos Aires, lo batió en Las Tunas y lo persiguió hasta internarlo en el Paraguay. Entonces fundó la "República de Entre Ríos". El fundador fué elegido por los Cabildos "Jefe Supremo".

De Corrientes y Misiones, que formaban parte de la efímera "Repú-

blica'', vino Ramírez a la Villa del Paraná, hallando a su Delfina sumida en el más acerbo dolor; los celos habían penetrado en su corazón siempre abierto a las pasiones violentas. Ramírez escuchó con calma las quejas de Delfina, pero como insistiera acerca de una supuesta joven correntina amada por el ''Supremo Jefe'', éste con la arrogancia que le era propia le dijo: repara que me estás faltando; bien sabido tienes que nunca se lo permití a ningún hombre y mucho menos a una mujer.—¡Arrogante has venido!, repuso Delfina; eres tú quien está burlándose de una pobre mujer que nunca se humilló ante ningún hombre por temor a su fuerza bruta ni a su poder militar; es ante el convencimiento que precede al raciocinio frío y sereno que alguna vez he humillado mi cerviz; es ante una pasión ferviente, ante el afecto palpitante de un amor desinteresado que rendí mi pabellón, como se rinde el de la fortaleza inespugnable cuando se toma por asalto!

Ramírez se dió cuenta del parabolismo de las preciosas frases de la Delfina y después de breve pausa contestó vivamente impresionado: De hoy en adelante, mi querida Delfina, estaremos siempre juntos; voy a emprender una larga campaña de venganza y exterminio; mi aliado Santafesino de principios del año xx acaba de ligarse con Buenos Aires y Córdoba eliminándome de la política litoral por ellos urdida. Delfina que había guardado silencio le significó lo arriesgado de la empresa que iba a iniciar. —La patria reclama el esfuerzo de sus hijos para reconquistar la libertad perdida, contestó Ramírez.—Repara que todos tratan de arrancarte el poder de la República que has fundado; López de Santa Fé te aborrece, Rodríguez de Buenos Aires y Bedoya de Córdoba le ayudan.—Lucharé contra todos.—¿Estás resuelto?—¡A vencer o morir!—¡Te acompañaré hasta el fin!

VII

El 4 de abril de 1821 se instaló el general Ramírez en ''Punta Gorda'' (hoy Diamante) con la primera división de su ejército; allí estableció una batería y esperó la llegada de la 2.ª y 3.ª división al mando respectivamente de los bravos coroneles Gregorio Piris y Anacleto Medina.

El general López Jordán y los comandantes García y Mansilla quedaban con la reserva en el Paraná.

En el campo enemigo al ejército entrerriano, tres divisiones al mando del caudillo santafesino y la vanguardia y reserva de Buenos Aires a las órdenes de los generales de la Madrid y Rodríguez. Una escuadrilla dirigida por Zapiola debía bloquear los puertos de Entre Ríos.

Ramírez, con sus dos mil lanzas que enarbolaban la roja banderilla de triste recordación, despreciaba aquellas amenazas y no se hizo esperar mucho tiempo. El primero de mayo de 1821 ordenó el pasaje del caudaloso Paraná desde el ''Paso del Rey'' (Diamante) a Coronda. Aquí inició los combates el bravo coronel Anacleto Medina; y Ramírez en San Lorenzo contra el general de la Madrid y en el Carrizal Medina, con todo su poder, contra las tropas santafesinas del valiente coronel Orrego; aquí se produjo uno de los famosos ''entreveros'' característicos de aquellos heroicos tiempos del batallar sin tregua. En estas ocasiones, la Delfina, altiva y bravía, siempre al lado de Ramírez, ni en lo más recio del combate lo abandonaba, sino para recorrer el campo de batalla alentando a los soldados y atendiendo a los heridos; entre éstos halló al comandante Piris, a quién socorrió en los precisos momentos en que Ramírez viéndose perdido se puso a la cabeza de su diezmada caballería, emprendiendo una retirada forzosa que le obligó en Córdoba a separarse de su aliado Carrera al ser atacado por Bustos.

La Delfina, como si hubiera querido ser el angel tutelar de Ramírez, cruzaba por delante del caballo de su amante, cuando el fuego era más recio, para recibir la bala que le estuviera destinada. Era tal su valor y serenidad que los soldados se habían acostumbrado a respetarla como a su mejor jefe.

En ''Fraile Muerto'', donde el chileno Carreras se separó de Ramírez, éste recién tuvo noticia exacta de la derrota sufrida por García y Mansilla en Santa Fé y decidió dirigirse a Santiago del Estero con el coronel Medina y el teniente Galarza para bajar por el Chaco a Corrientes y salvar la ''República'' fundada por él; pero en vano lo intentó, porque el 10 de julio, alcanzados por el valiente coronel Orrego cerca de San Francisco a inmediaciones del ''Río Seco'', Ramírez se vió obligado a aceptar el combate con sus diezmados escuadrones, y en tanto que desplegaba guerrillas, conteniendo al enemigo, llamó al coronel Medina para encargarle que cuidase a la Delfina y tratara de llevarla a Entre Ríos mientras él se defendía del ataque inevitable que Orrego le llevaría con seguro éxito si recibía a tiempo los refuerzos que le enviaban López y Bedoya.—Si llego a salvarme seguiré vuestro camino por el Chaco; pero faltaba decidir a la Delfina. Ramírez le comunicó su proyectada salvación; ella lo miró con una sonrisa encantadora que solo ellos podían interpretar por una rotunda negativa exteriorizada por Delfina con gesto varonil, diciéndole:—Me quedo aquí porque en ninguna otra parte puedo estar más segura ni mejor defendida. —Imposible, mi querida, añadió el enamorado caudillo; este combate me será fatal y es necesario salvarte.— Por lo mismo quiero quedarme, repuso la Delfina; si sucumbes en la batalla ¿qué diablos quieres que haga yo con mi vida?, ¿llorarte? Yo no he nacido para llorar; vengarte, deshecho tu ejército no tendría cómo hacerlo; seguiré tu suerte.

Ramírez insistió y rogó sin resultado alguno; quiso enojarse y mandar pero no fué creído ni obedecido; recurrió a la ternura misma para obligar a Delfina a que lo dejara solo;—es necesario que te vayas, le decía, te lo pido por el cariño que me profesas; la derrota es inevitable en cuanto Bedoya refuerce a los santafesinos de Orrego; la persecución será dura y tu puedes ser un serio inconveniente hasta para mi propia salvación. ¡Todo fué inútil!

Sin duda alguna el caudillo caballeresco no conocía a fondo el firme carácter y varonil entereza de su amante.

VIII

La hora fatal había sonado; divisábase en el brumoso horizonte la movediza mole de los escuadrones en interminables columnas paralelas que venían sobre el ala izquierda defendida por Ramírez, quien al sentir los clarines enemigos recuperó toda su sangre fría ante el peligro que podía correr su amada y, poniéndose al frente de su escuadrón predilecto cayó como un rayo sobre una guerrilla avanzada que al replegarse ante él no pudo resistir sin grandes pérdidas el empuje de aquella carga formidable. La derecha defendida por el coronel Medina contuvo al valiente Orrego, pero esta situación no podía prolongarse más tiempo que el necesario para llegar los escuadrones de Bedoya, cuyo poder numérico sería irresistible. Sin embargo el general Ramírez hizo frente a los escuadrones de vanguardia, siguiéndole en su furiosa carga el teniente Galarza y la valerosa Delfina que animaba a los diezmados ''Húsares de la muerte'' con su alentadora palabra.

A UN PASO DEL R. I. P.



¡Por vez primera Chamberguete comprende toda la utilidad de la aviación y desea tener alas!

Apenas vió Ramírez que Orrego trataba de envolverlo, sin que Medina pudiera evitarlo, en la confusión del combate se unió con Delfina y bajando las riendas a sus caballos, salieron al galope hacia el Norte sin ser notados por sus parciales, pero no así por el capitán Maldonado, de las fuerzas de Orrego, que desde el primer día que vió a la Delfina cubierta de valiosas alhajas no la perdió de vista, considerándola como el mejor botín de guerra. Y en efecto, con su escuadrón de lanceros se lanzó frenético en la persecución de aquellos dos jinetes que llevaban tan buenas ''pilchas''.

Ninguno de los dos había notado que eran perseguidos de cerca, pero bien pronto sintió Ramírez los gritos desgarradores de la Delfina al rodar con su caballo ''boleado'' por un diestro jinete del escuadrón enemigo.

El caballeresco entrerriano, al ver que su amada había rodado con el caballo, lanzándose sobre ella los soldados para despojarla más pronto de sus alhajas, dió vuelta a las bridas y cayó como un rayo sobre aquel pelotón de cincuenta hombres repartiendo mandobles a diestra y siniestra hasta que una bala perdida le atravesó el pecho causándole instantánea muerte.

En lo más recio del furioso ataque llevado por Ramírez, la Delfina desapareció del funesto campo y a dos leguas al Norte del ''Río Seco'', en donde Ramírez fué degollado por orden de Maldonado, halló al coronel Medina que seguía la ruta indicada por su jefe para el caso de la prevista derrota.

Delfina, sin derramar una lágrima, relataba al coronel Medina con cierto énfasis los accidentes del fatal suceso que la privaba de las caricias del amante que rindió su vida por salvarla; aunque de carácter varonil, su corazón no era ajeno a las ternuras femeninas que le permitían tener fé en su porvenir. La que supo conservar toda su vida el secreto de su nombre y el apellido de su familia, guardaba también en su pecho un afecto que disimulaba por temor a Ramírez, a quien no en vano mortificó más de una vez el gusanillo de los celos.

El comandante Mansilla, de acuerdo con López de Santa Fé y Rodríguez de Buenos Aires, había liquidado la ''República de Entre Ríos'' a fines de 1821, al tiempo que la Delfina, protegida por el coronel Medina, pasó de Corrientes a la Banda Oriental y allí supo que doña Pilar, su confidente de otros tiempos, había fallecido y su hijo el subteniente Portes ascendido a capitán de húsares, hallábase de guarnición en la Villa del Uruguay. Recordando Delfina los cariñosos afectos que Portes le había prodigado cuando fué pupila de doña Pilar en Casas Blancas y en el Paraná, resolvió trasladarse a aquella Villa, en donde tres años antes había jurado fidelidad al caudillo entrerriano. Desde 1822 vivió con el capitán Portes hasta el 28 de junio de 1839, que falleció, declarando ser portuguesa y soltera. El cura vicario don Agustín de los Santos certifica también que la Delfina se negó a recibir sacramento alguno.

La sabiduría popular confirmó una vez más el conocido adagio que dice: ''quien mal anda mal acaba!''

Buen maestro

—¿Quieres practicar el francés? En tal caso puede serte muy útil. Te presentaré un amigo mío, parisién de pura sangre.

—¿Y quién es él?

—¡Un pobrecito sordo-mudo!



EL RECUERDO

por Alfonso HERNÁNDEZ CATÁ

Lo torcido no se puede enderezar
y lo falto no puede contarse.
Eclesiastés 1, 16.

El rey Salomón agonizaba. Los ojos vidriosos, escuálida la diestra donde centellaba el anillo, la barba dispersa sobre el pecho agitado por ronco estertor, el rey de los hebreos estaba tendido en un lecho que sustentaban cuatro testas talladas en marfil. Una voz recóndita dijo en sus labios, ya marchitos por la proximidad de la muerte:

—Salid todos.

Y cuando, en silencio, los siervos abandonaron la estancia, a ambos costados del lecho surgieron sendos pájaros: blanco el de la derecha, negro el del lado del corazón. Del caudal de sabiduría que había ido trocando por fugaces caricias de mujer restaba aún al monarca el conocimiento del lenguaje de las aves. Con los cuellos tendidos hacia su cabeza, los dos pájaros hablaron alternativamente:

—Jehová te hace gracia en el postrer momento: puedes pedir dos dones a cualquiera de nosotros — dijo el pájaro blanco.

—Puedes, ¡oh Salomón!, pedir todas las riquezas y todos los goces de la tierra—insinuó el otro.

—Mira nuestros plumajes: el mío es albo como el de la paloma simbólica, albo como la lana del cordero... Recuerda que puedes pedir el perdón de todos tus extravíos, la muerte de tu hermano mayor...

—Mi plumaje es negro, como son negras y turgentes las vírgenes de Nubia...

—Mi anhelo es cándido como mi plumaje.

—Soy poderoso y soy siempre joven... Las circasianas tienen ojos, a la vez, ardientes y húmedos; las núbiles de Arabia, semejantes a Sulamita, son "Huerto cerrado", "Fuente sellada".

—Puedes pedir al negro pájaro que se aleje, y a mí que te lleve hasta el Señor, a quien has erigido el templo.

—Puedes solicitarme, en una sola petición, que te devuelva la juventud y que venga otra vez, sumisa, fastuosa, le Reina de Saba...

Al conjuro de este nombre, un temblor recorrió la barba dispersa y se propagó a lo largo del cuerpo. Volviéndose hacia el pájaro de ojos fosforescentes, suspiró el rey:

—¡Ah, si pudieran volver aquellos días!

Y, súbitamente, la estancia adquirió el pretérito esplendor. Agil, el rey ajustó su cinturón recamado de piedras... Al través de la ventana, en toda la extensión de la colina Ophel, una luenga caravana movíase al paso lento de los corcovados camellos, cargados de tesoros... La reina entró, y Salomón pudo convencerse otra vez de que entre cuantos presentes traíale, ninguna piedra tenía las claras aguas de sus ojos, ningún perfume el de su aliento, ninguna seda la tersa tibieza de su piel, ninguna púrpura la de sus mejillas, que aunaban algo de mineral y de frutal... Las alabanzas más galanas del "Cantar de los cantares" volvieron a florecer en sus labios; y la Reina de Saba las repetía, una a una, con arrobo, lo mismo que si desgranara un collar. Otra vez, como antaño, un relámpago de sensualidad borróles el resto de la vida. Y pasó un día y otro día, y muchos...

Con la misma celeridad con que antes habíase realizado la trasmutación, la estancia volvió a quedar desierta, el cuerpo caduco y los dos pájaros a los bordes del techo casi funeral. Salomón comprendió que Satanás había vencido al Angel en la decisa batalla. El recuerdo lo calcinaba; batían sus sienes los golpes de un martillo ígneo; más bella aún que en la realidad, la Reina de Saba llenaba en el ensueño todas sus ansias sin satisfacerlas. En los mil horizontes de su pensamiento, mil imágenes diminutas solicitábanle con los brazos, con los labios tendidos, y cada una de las imágenes repetidas por las facetas de su imaginación, era la misma Reina ebúrnea, varia e inmutable, maravillosa... Fuego de jengibre corría por sus venas; dolor de llama que no puede devorarse a sí misma, dolor supremo del deseo joven, prisionero en el cuerpo ya exhausto. Y, contrito, tornó a agitar los labios, mientras su mirada se fué a fijar sobre el blanco plumaje:

—¡Te conozco...! ¡Sálvame; haz...!

El Angel interrumpió la súplica, tendiendo el pico hacia Azrael, cuyos ojos rutilaban con irónico brillo:

—Sólo ese—murmuró—puede hacer lo que vas a pedir... ¿Por qué me desoíste?

Girando al lado opuesto el rostro, el monarca exclamó:

—Haz que pueda olvidar... ¡Haz que pueda olvidar para siempre!

El pájaro terrible tendió entonces las alas, puso las garras sobre el tapiz que cubría el lecho, arqueó el cuello y, descubriendo el torso del Rey, hundió el corvo pico en el corazón una vez, varias veces, hasta desarraigar el recuerdo. Una masa sanguinolenta y filiforme mancilló el tapiz. Los dos pájaros se desvanecieron en la tenue luz de la aurora... Suave niebla de la indecisión veló en su conciencia todo el pecado, todo el pasado. Olvidó el templo, olvidó el asesinato de su hermano Adoniah, olvidó su harén, olvidó a la Reina de Saba... Pero, ¡ay!, el dolor era todavía más profundo que los mismos recuerdos que lo causaban, y el pico del cuervo, por más que incindió, no pudo arrancarlo.

Por eso el gran rey Salomón sufrió hasta el instante de su muerte, una inmensa melancolía sin saber por qué.

CAMOUFLAGE



—Se ha vendado la mano y se ha puesto la mano en cabestrillo para que creyéramos que había regresado su esposo.

POR SI EL BOLCHEVIKISMO SE TRADUCE EN UNA REALIDAD TANGIBLE



Los previsores.—Nosotros nos hemos reconciliado con todos nuestros parientes pobres.

Es sorprendente la velocidad con que caminan las nutrias bajo el agua. No les adelanta en la carrera ningún pez. En algunos puntos de la India, tienen los indígenas nutrias amaestradas para pescar con ellas. Cuando cesan en el trabajo, las atan a una estaca por medio de collares de paja y pronto se acostumbran a estar amarradas.

La fuente del pensamiento

Es opinión vulgar la de que los pensamientos nacen en la parte anterior de nuestro cerebro, y así, una frente grande suele considerarse como prueba inconcusa de una clara y poderosa inteligencia.

Esta opinión, como otras muchas del vulgo, es completamente errónea. Los pensamientos más profundos e importantes se elaboran en la parte posterior del cerebro humano, si no en términos absolutos, por lo menos en su mayoría, pues también complementan este trabajo las regiones situadas encima de los oídos. Cuando los pensamientos llevan en sí el desarrollo de la acción, entran en juego las regiones laterales y superior del cerebro. Resulta, pues, que la única parte de la substancia cerebral que no tiene una parte activa en la elaboración del pensaminto, es la situada sobre las órbitas oculares.

Otro dato interesante sobre el particular es el de que por lo menos un 90 por 100 de los seres humanos realizan toda la función del pensamiento con el hemisferio cerebral izquierdo.

Adolfo CALVETE.

PARA LA GENTE DE CAMPO

La sazón de la fruta

Procedimiento práctico para la conservación

En las grandes ciudades rara vez el público consume la fruta en el período de perfecta sazón, sobre todo cuando ella procede de lugares lejanos y son deficientes los medios de comunicación y de transporte.

El motivo es bien conocido. Si la fruta se recolecta en plena madurez, en el tiempo que transcurre desde que se tomó de la planta hasta que llega a la mesa del consumidor, se pudre o se pasa.

Si para evitarlo y conjurar las pérdidas que produce el hecho a cuantos intervienen en el negocio, se recoge la fruta antes de la madurez, surgen otros inconvenientes no menos graves. La fruta empaquetada, expuesta varios días a las variaciones de la temperatura, separada de la planta madre y sin recibir normalmente el aire y la luz, no madura con regularidad, y es así como se observa en los mercados fruta que por unos lados, se presenta todavía dura y verde, y por otros lados se encuentra ya pasada.

Por estas razones, rara vez consumimos fruta en perfecta sazón, como no sea en los mismos distritos en donde se produce.

¿Cómo evitar estos inconvenientes? El procedimiento ideal sería recolectar la fruta en su punto de madurez, o muy próximo a él, y lograr que se mantuviese sin alteraciones hasta que llegase a manos del consumidor. Esto es, evitar que se pudra o se pase. ¿Es posible conseguirlo? Vamos a verlo.

Es bien sabido que la alteración y el decaimiento de un fruto empieza especialmente en los puntos donde ha recibido algún golpe, en cualquier parte donde presente contusiones o heridas. Lo que, desgraciadamente, no es conocido por la generalidad, es que la alteración de la parte contusa o herida, se debe exclusivamente a la presión de los gérmenes hongos o bacterias, que se desarrollan rápidamente, nutriéndose con el azúcar u otras substancias procedentes de los tejidos rotos, desgarrados o alterados en cualquier forma, en la porción herida o contusa. El fruto se convierte así en un medio de cultivo apropiado para el desarrollo y la multiplicación de las bacterias, originándose una especie de fermentación que rápidamente se extiende y el fruto se pasa o se pudre a poco andar.

Pasteur fué quien primero demostró que la alteración de las frutas maduras es debida a la presencia de organismos microscópicos vivientes de fermentos fijados en la superficie de dichas frutas.

Se desprende, pues, de este hecho que, si dichos microorganismos perjudiciales pudieran ser destruídos, se lograría por mucho tiempo la conservación de la fruta madura.

La circunstancia de que tales fermentos fijados se hallen solamente en la parte exterior, en la superficie del fruto, por proceder siempre del medio ambiente, facilita en grado sumo la solución del problema.

OPORTUNIDAD



—¡Qué pichincha! Podré alquilar la pieza. Ya se están mudando.

EN EL HOTEL



—El señor de la pieza 21 dice que esta noche ha llovido dentro de la pieza.
—Muy bien. En la cuenta le pondremos dos pesos por una ducha.

Es evidente entonces que, lavando la fruta con una solución antiséptica apropiada, quedará destruída la causa de la alteración y asegurada la conservación, mientras no vengan los fermentos nuevos a producir su natural efecto.

La experiencia ha demostrado plenamente la verdad de estas afirmaciones. Operando con frutas perfectamente maduras, se ha logrado conservarlas por varios días, perfectamente en sazón, mientras que frutas de la misma clase y en idénticas condiciones, pero no lavadas con la solución antiséptica mencionada se pudrieron o pasaron por completo.

Los ensayos se han hecho repetidas veces con cerezas, guindas, uvas frescas y peras. Las frutas no se escogieron para el caso, sino que fueron tomadas de los vendedores de la calle, cuidando sólo del detalle de que estuvieran bien maduras. Cada clase de fruta se dividió en dos lotes: uno que se sometió al tratamiento, y otro fué abandonado para que sirviera de término de comparación.

Operando de este modo se ha visto que se han podido conservar perfectamente las fresas, cuatro días; las uvas, cinco días; las guindas, seis días; las cerezas, siete días; y las peras, diez días.

En los mismos plazos, los lotes correspondientes a cada clase, y no tratados por el antiséptico, se habían pasado y no podían ya consumirse.

Haciendo experimentos con frutas escogidas muy poco tiempo antes de la perfecta maduración, y lavándolas con el antiséptico en la misma forma, los plazos de conservación son muchos más largos y el tratamiento no impide en lo más mínimo que la cortísima evolución que le falta al fruto para llegar a la sazón completa deje de efectuarse, siguiendo su curso normal y desarrollándose toda su fragancia, cosa que no ocurre cuando la fruta se tiene en cámaras frías, pues si bien entonces se previene la alteración, también se contiene la evolución hacia la madurez completa y ésta no se logra en buenas condiciones.

Resta ahora exponer cuál es la solución antiséptica más apropiada y cómo debe operarse. El procedimiento no puede ser más sencillo ni más económico, siendo a la vez absolutamente inofensivo para la salud de los consumidores.

Basta sumergir la fruta, durante diez minutos, en agua fría que contengan 3 por 100 de formalina comercial, o sea una onza de esta substancia por litro de agua. Pasados los diez minutos, se saca la fruta del baño y se sumerge por otros cinco minutos en agua clara y también fría. Luego se dejan escurrir y secar sobre cedazos, telas metálicas o cualquier otro material semejante, y se embala o dispone para el mercado, como de costumbre.

El procedimiento no ha fallado en la práctica. Pueden ensayarlo nuestros industriales con toda confianza en la absoluta seguridad de que obtendrán los excelentes resultados que proclama la práctica.

A MEDIA TARIFA



—Te doy cincuenta centavos si me dices si tu hermana ha tenido otro novio antes que yo.
—¡No hay caso! Los otros me daban un peso para que les dijera lo mismo.

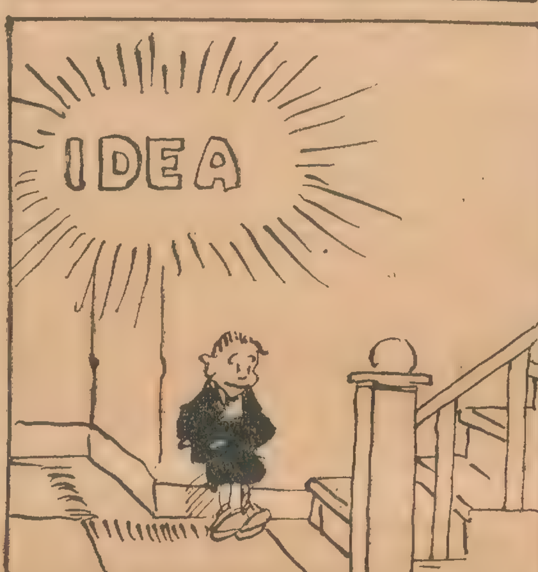
PAGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí















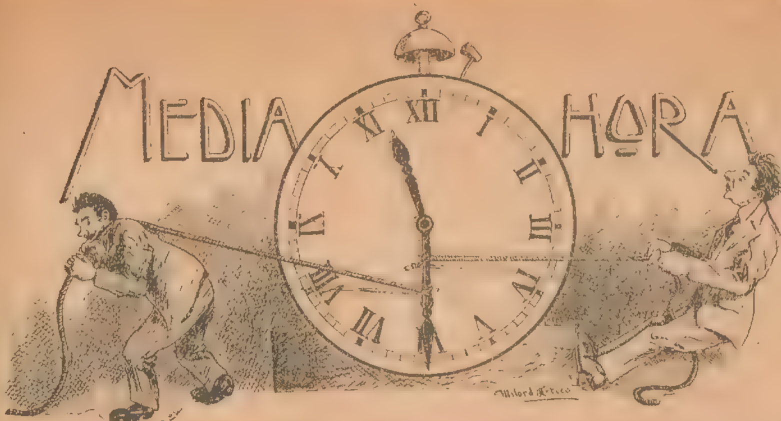












Treinta minutos; mil ochocientos segundos. Enorme suma de tiempo, considerando que un solo segundo, en especiales circunstancias, basta para ocasionar cataclismos terribles, como ocurre con la producción de algunos fenómenos eléctricos: un segundo representa una eternidad. Media hora es un soplo; en cambio, algo casi inconcebible frente a la ancianidad del universo, del cual la más mínima evolución se marca por millares de siglos.

Pero, como sucede a menudo en la vida, no consideramos el verdadero valor del tiempo y no le damos el lugar que debe ocupar en nuestro raciocinio. Veamos, entonces, lo que puede significar este grande y a la vez pequeño espacio de tiempo: media hora.

Un honesto padre de familia, al que llamaremos Nemesio Laguna, meritorio empleado, modelo de trabajadores, verdadero patriota, ha sabido por indicación de su jefe — que lo estima en todo su valer, — que, por haber despertado el señor ministro con una roncha de mosquito en la nariz, ha resuelto desahogar su encono; nada mejor para ello, que haciendo correr sangre inocente (como le aconteció a él) y para el caso elige al empleado de más méritos por una parte y de menos cuñas por la otra. Dentro de media hora el decreto estará firmado.

¡Ah! Olvidaba decir que esta escenita sucedía en la República Argentina, allá por el siglo xx de la era cristiana, etc.

Y nuestro pobre Laguna ha salido de la oficina con media hora de licencia, "asueto" que se le acordó por la seguridad existente de su exoneración. En ocho minutos ha llegado, corriendo como un "pur sang" a casa del cuñado de su excelencia, con quien ha cursado hasta cuarto grado, para pedirle su ayuda; las veinticinco cuadras no le pesan casi. Ha esperado diez y seis minutos que el amigo termine de vestirse; éste confía en que el ministro no tendrá apuro por firmar, e invita a Laguna a tomar el "vermú" con maní, aceitunas y papas fritas: Laguna se atora cuatro veces y casi se descompone, rogando a su amigo apurarse. Faltan cinco minutos para cumplirse la fatal media hora y aun resuenan en sus oídos las palabras del jefe.

Toman un auto que vuela, salvando como por arte satánico los obstáculos del tráfico, pero llegan al ministerio cinco minutos después de firmado el decreto.

—Imposible, Josesito. Su excelencia ya ha firmado y comprenderás que no es posible poner al decreto un "erróse" vulgar. Reconozco que ha sido un error. (Y aquí una serie de juicios favorables a la gestión administrativa de Laguna, que todos y cada uno de los habitantes de este gran país nos sabemos de memoria; y bueno es que así suceda, pues cada ciudadano se debe considerar virtualmente apto para ocupar un ministerio y, llegado el caso "ocupa", si posee la necesaria obesidad, cualquier poltrona que le den).

—Bea, Laguna: la primera bacante que haiga, para usté, le dice el ministro.

El pobre Laguna, que ha leído algo a Saint-Victor, en ratos sueltos los domingos, temiendo por su bondadosa señora, se espeluzna por el regalo del ministro y, dejando escapar un suspiro que sus amigos interpretan como de alivio, piensa por lo bajo:

—(¡Exonerado y todavía con una vacante que llevar a casa! ¡Estoy fresco!)

Y así, gracias a Josesito, nuestro estimado Laguna espera tres semanas la vacante (digo, el empleo) y le parece que demora tres siglos.

¡Imaginad cuántas horas angustiosas, análogas a la primera pasada desde que recibió la triste noticia!

Laguna ha encanecido; se le han aflojado dos muelas, y las uñas de los pies se le han "encarnado" de tantos viajes al ministerio.

Por fin lo nombran; reanuda sus tareas al siguiente día, recupera su ritmo habitual y vuelve a ser el Nemesio Laguna de siempre.

En contraposición, los enamorados dicen que el tiempo se les escapa sin sentirlo. Y a eso se debe, precisamente, el mal genio de las suegras, porque de estar esperando para cenar hasta las nueve o diez de la noche, sus digestiones tórnanse agrias y saturan de este sabor el carácter de esas benditas señoras.

Yo estoy con las suegras y voy a decir la última palabra en este asunto, pues el orden de la discusión me coloca tercero: soy el tercero en discordia y ahí va mi opinión.

Elijamos ahora el nombre de Giovanni Tempo Longo, para estar más de acuerdo con la aventura.

Tempo Longo no estaba en su casa; la sirvienta me contestó:

—Dice el señor que ahora no está, pero que dentro de media hora sin falta, volverá.

Entonces salí a caminar para hacer tiempo. ¿Media hora? ¡Bah! Pronto pasa.

Comencé a pasear; varias hormigas realizaban su trabajo sin reparar que yo las observaba: a ellas no les importaba de mi media hora. Seguí el grueso del ejército a paso más lento que el suyo, por espacio de una cuadra y, al llegar a la esquina saqué el reloj, asustado, creyendo haber perdido más de media hora, echando a perder un negocio urgentísimo. Este reloj, que nunca me ha fallado, parecía engañarme: sólo había pasado... medio minuto.

Con el mismo paso recorrí tres cuadras al norte, e intrigado volví a mirar la hora: dos minutos.

—Bueno. No hay que asustarse por poco: caminaré cuatro cuadras al oeste, luego dos al sud y volveré.

¡Nada más que cinco minutos habían pasado!

En vista de esto, entré en un café a tomar un refrigerio. Me hice lustrar los botines... y el maldito reloj parecía clavado.

—Bien, pensé, yo te voy a embromar. Y entré a ver una sesión de biógrafo. Salí de allí, tropecé con una piedra saliente. Escupí ocho veces. Compré cigarrillos sin fósforos. Entré en un cambalache de libros viejos, revolví en una montaña de ellos y aparté varios para la vuelta. Dije como treinta piropos a las muchachas. Compré "La Razón", 4.ª, y leí todos los telegramas europeos. Me encontré una moneda de cinco centavos, del año 1905. Se me voló el sombrero y lo corrí. Me rasqué la coronilla. Y aunque es feo decirlo, me hurgué las narices. Tomé otro vermú. Estornudé.





Vi una liquidación de corbatas y puños, entré y me surtí. Me crucé con un cura bisojo. Compré un horóscopo a un charlatán. Casi me pisó un auto... (¡Etcétera!)

Todavía me sobró un minuto, por lo cual y lógicamente, mi amigo me hizo esperar cuarenta más como represalia.

Total, el asunto urgentísimo se malogró, pero yo aprendí a valorar ese lapso de tiempo que se llama "media hora".

Time is money. L'argent fait la guerre... y todo lo que ustedes gusten agregar.

Milord **ARTICO**.

Dib. del autor.

Curarse con flores

El valor terapeútico de las plantas no consiste sólo en las primeras materias que de ellas se extraen para fabricar ciertos medicamentos.

Sólo por el hecho de existir en torno nuestro, muchos vegetales, ejercen benéfica influencia sobre nuestra salud.

Las flores, por ejemplo, pueden servir para el tratamiento de los neurasténicos. En Inglaterra, una secta de terapeúticos utiliza las virtudes curativas de los árboles. Para ciertas afecciones, estos médicos recomiendan pasar dos o tres horas a la sombra de un árbol determinado, un manzano, un cerezo, una acacia, según la región enferma.

Los vivos colores de las flores, los perfumes de las plantas olorosas, ejercen, sin duda, mucha más influencia sobre el sistema nervioso que las radiaciones hipotéticas de los árboles. Sabido es que ciertos colores, como el rojo y el amarillo, excitan y estimulan; que otros, como el verde y el azul, calman, mientras otros, como el violeta, ejercen una influencia depresiva.

A los neurasténicos demasiado excitados podrían recomendárseles los macizos de "salvia patens", hermosa flor del más hermoso y más puro azul, un azul único, un azul verdaderamente milagrosa. En cambio, a los que padecen de "spleen" podrían recomendárseles los macizos de salvia roja y de geranios de color vivo. El día que se estudie detenidamente la virtud medicinal de las plantas vivas, se devolverá su reputación a muchas flores injustamente vilipendiadas. Algunas de ellas, cuyos colores nos parecen hoy desprovistos de belleza, serán precisamente las que convengan a tal o cual enfermedad. Otras, se recomendarán por su perfume. Los vegetales de perfume pronunciado son pequeñas máquinas productoras de ozono, gran purificador del aire.

Aun cuando nadie pudiera sospecharlo, nada tan saludable dentro de la casa como reservar en todas las habitaciones un sitio para las flores de hermosos colores o delicado perfume. Se aconsejan especialmente las verbenas, las petunias, los claveles, las centáureas, el espliego, las clemátides y los heliotropos. Estas últimas flores esparcen un aroma exquisito por la mañana y a la caída de la tarde.

No hay que olvidar que todas aquellas flores que generalmente consideramos sin olor, como las dalias y los crisantemos, emiten también vibraciones oloríferas imperceptibles para nuestros sentidos, que están muy lejos de ser perfectos, pero sin embargo activas sobre nuestro organismo.

Hoy está demostrado que nuestra salud no sólo se altera por el frío o por la humedad que haya en la atmósfera. Las corrientes eléctricas y magnéticas, las vibraciones del color y del olor, y hasta las ondas sonoras, influyen también sobre ella. Sería, pues, de desear la multiplicación de las flores en los hospitales, en los hospicios, en las escuelas y en las casas de corrección.

LEYENDAS DE TIERRA ADENTRO

EL MENSAJE DE LA NOVIA

Para el álbum de la señorita Zulema Debesa, muy devotamente.

I

Bajo el ramaje sombrío
de la selva milenaria
se alza una cruz solitaria
junto a la margen de un río.

II

Y en cuyos brazos que son
hoyosos ya por lo antaño,
sólo puede verse hogaño,
ilegible, una inscripción.

III

¿Por qué está esa cruz ahí?
¿Cuál es quién descansa al pie?
¿Algún mártir de la Fe
que en su misión murió allí?

IV

¿O un hispano valeroso
que en aquella empresa homérica
de la conquista de América
halló así el postrer reposo?

V

¿O es la tumba de un viajero
que, en alguna expedición,
fué víctima del malón
del salvaje cruel y fiero?

VI

¿O marca del patriotismo
un laurel de su cruzada?
¿O fué sólo allí clavada
en honor del Cristianismo?

VII

Nadie sabe quién la puso
ni la fecha de que data...;
mas, un viejo hijo del Plata
que interrogué, me repuso:

VIII

—"Allí la vi desde niño
y, aunque averigüé su historia,
ninguno me hizo memoria
de ese signo de cariño.

IX

"Pero mi abuelo decía:
que la cruz fué colocada
por una novia olvidada
cuando vió que se moría...

X

"Y siendo ese el paraje
donde él su amor le jurara,
quiso que se conservara
como un eterno mensaje...

XI

"Por si él un día volviera
a cumplir su juramento,
supiese de su tormento
y lo mucho que sufriera,

XII

"Por su amor, que fué invariable;
y si no lo había esperado
fué porque hubo tronchado
su vida el tiempo implacable".

XIII

Y esta es la singular
historia de aquella cruz
que, a un viejo, a la escasa luz
de una noche, oí contar.

XIV

Y que triste y solitaria,
cual una imagen doliente,
bajo el ramaje imponente
de la selva milenaria:

XV

Y a la orilla de aquel río,
que besa y lava su planta,
y que amoroso le canta,
y le brinda su rocío:

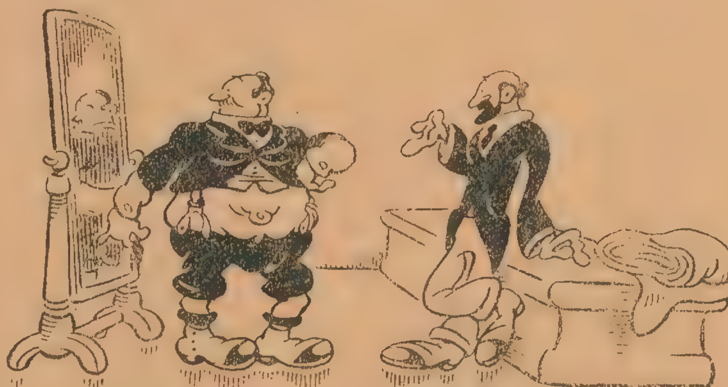
XVI

Por los tiempos respetada,
aún recuerda al pasajero
el mensaje postrimero
de aquella novia olvidada...

Buenos Aires, 1920.

Gontrán **ELLAURI OBLIGADO**.

TRAJE SIMBOLICO



—Es la última moda! Significa que ningún presupuesto doméstico alcanza a enlazar un mes con el otro.

Personajes con vestido de mujer

En la antigüedad hubo más de un soberano que mostró decidida predilección por el traje femenino; sirva de ejemplo Heliogábalo, que no sólo se complacía en presentarse en público vestido de mujer, sino que además tenía el capricho de hacerse llamar emperatriz y señora.

En nuestros tiempos, el único caso análogo es probablemente el de Augusto Emilio Leopoldo de Sajonia Gotha, nacido en la segunda mitad del siglo XVIII y muerto en 1822. Augusto de Gotha prefería los atavíos mujeriles al traje propio de su sexo; gustábanle, sobre todo, los vestidos a la griega, aunque con frecuencia se presentaba también en traje de gran señora. Un autor contemporáneo refiere, que se presentaba a la mesa en completo traje femenino, con cofia del mejor encaje de Bruselas y cuello de puntilla.

Este extravagante personaje casó dos veces; primero con Luisa Carlota de Mecklenburgo, la cual murió al poco tiempo, y la segunda con Carolina Amelia de Hesse-Casel; de ninguno de estos matrimonios tuvo hijos. Sucedió a su hermano en el ducado de Sajonia Gotha en 1804, y de su gobierno se deduce que, pese a su extraña monomanía, era un hombre de talento y prudencia; cultivó las letras con bastante acierto, dejando algunas obras, entre ellas una muy voluminosa, titulada "Kyllenium".

La planta más embustera

A juicio de un botánico norteamericano, el girasol es un magnífico embustero que tiene engañadas a seis naciones.

En esos seis países se cree a puños cerrados que el girasol mira siempre de frente al astro rey, y de ahí que dicha planta se llame en España con el nombre ya sabido; en Italia, "girasole"; en Francia, "tournesol"; en Hungría, "naptaforgo", y en Inglaterra y América, "sunflower". Unos y otros nombres significan, o "planta que mira o que da vueltas con el sol", o "flor del sol", como en la designación inglesa.

Y, sin embargo, según hace notar el botánico de referencia, el girasol no gira nunca hacia el gran luminar del Universo. En cambio hay en el reino vegetal una planta enamorada del sol, y que lo contempla constantemente: el euforbio, y, sin embargo, nadie ha querido reparar en ello.

El trono más antiguo del mundo

Hablando de las excavaciones llevadas a cabo en Creta, y tratando de las ruinas o restos del antiquísimo palacio de Minos, describe Mr. Evans una sala de recepción que denomina la "sala del trono", pues, efectivamente, contiene adosado al muro un asiento que, según el arqueólogo, se puede considerar como el trono más antiguo del mundo.

La forma del sillón es muy rara. El respaldo tiene la forma de una hoja, y el asiento, algo curvado, descansa sobre arcos ojivales y molduras, precursores singulares de la arquitectura gótica.

A los lados de tan raro sillón hay banquetas bajas, destinadas, sin duda, a los ministros y dignatarios. El salón recibía la luz por una ventana rectangular abierta en el techo, y por la cual caía el agua de la lluvia a una piscina de igual forma, que conservaba en la regia sala una frescura perfecta, a modo del "impluvium" de las casas pompeyanas.

LAS DOS PRIMITAS

por Juan MAROLLI

¿Tus ojos azules los pintaste tú?
¿Doraste tú misma tus blondos cabellos?

Con estos dos versos terminó él el elogio que me hizo. Con estos dos versos comenzaré yo estos mis recuerdos primeros, vibrantes de juventud.

Recitándolos me miraba con sus ojos ardientes, límpidos, serenos, que se hundían en mi corazón y le sugerían una oferta apasionada.

Y su voz cálida y armoniosa añadió:

—Más aun que tus cabellos y que tus ojos, más que tu delicioso cuerpo joven que bulle dentro tu blusita marinera, admiro el sorprendente y admirable tesoro de tu espíritu ingenioso y de tu candor ingenuo.

No es para alabarme, pero yo soy así.

Ahora me lo confieso a mí misma; lo escribo sin reticencia ni temor: el amor ha llegado a mi corazón acariciándolo con sus deditos rosados, transformándolo mágicamente con su contacto, y despertando fuerzas y ternuras inagotables.

Te amo, Enrique, te amo, te amo.

Qué sensación al trazar la palabra divina sobre el papel, jamás el recuerdo de este instante se separará de mi corazón, lo reconfortará siempre, hasta cuando (que tarde mucho, Señor) la vejez haya transformado el oro de mis cabellos en hebras de plata y trazado en mi tersa frente las arrugas fatales con sus dedos crueles.

Volveré entonces a leer esta página y su lectura me procurará el consuelo más sincero y más benéfico.

20 septiembre, a las 2 de la tarde.

Es mi alma flúida y limpia como la luz del diamante. Vibra como arpa al viento. Siento ganas de fundirme con el alma de las cosas, sonreír con la sonrisa de los campos, reír con este cielo encantador de septiembre que vierte en mi sangre todo su azul y todo su oro.

¡La vida es santa! Cuán dulce es sentir, con los párpados entornados, la voz misteriosa de los nervios y de la sangre, íntima, secreta, fugitiva nota de la eterna sinfonía de lo creado.

Conmociones imprevistas enardecen mi sangre; jamás me habían parecido los colores tan vivos, ni tan profundos; los sonidos jamás tan dulces. Me basta un arpegio en el piano para oir mi alma el arrullo de una voz amada... todo en mí es languidez y ternura.

Hoy, recordando que muchas veces la mano de Enrique la acaricia, ha besado a la "Negra" en el hocico...

¡Oh, Wanda, Wanda! Tu joven corazón canta como un ruiseñor en mayo, durante una noche estrellada.

¿Es posible resistir durante toda la vida una emoción tan profunda y tan lánguida?

20 septiembre, a las 11 de la noche.

Fué esta mañana, a las ocho.

Era en el huerto, mientras intentaba recoger los últimos duraznos. Llené el cesto, lo tomé en brazos y lo sostuve contra el pecho. Estaba para marcharme, cuando oí el ruido de unos pasos y una voz que me llamaba conmovida. Era él.

Se aproximó quedamente. Sentí mis manos frías, frías, y sonidos sordos, muy sordos en mi corazón. Todos los duraznos que había juntado cayeron en tierra, desparramándose. Quiero recogerlos y me inclino. El se me acerca y dice:

—¡Deje que le ayude!—y añade:—¡Ay, señorita; ay, Wanda, cuánto tiempo hace que esperaba este momento!

Repite la frase una, dos, tres, cuatro veces sin añadir palabra. conmovido, nervioso, y no sabe qué hacerse él, que es un hombre tan desenvuelto...

Me habría puesto a reir si no hubiese sido por el miedo que sentía.

Toma mi mano, palma contra palma, acariciándola...

—¡Me robó usted el corazón, Wanda! Y usted, ¿no siente por mí un poco de cariño?

Yo bajé los ojos y ruborizada sólo acierto a contestar:

—Hablaré con mamá, hablaré con mi tío...

—Eso debo hacer yo, Wanda; pero es a ti a quien debo interrogar primero.

Tengo una casita—añade—una linda casita, y quisiera ver en ella su cabecita de oro, oir su voz dulce cantar. He perdido el tiempo, amiga mía, en el mundo; pero usted, usted sólo puede prestarme fuerzas para recobrarme y realizar algo noble, digno de las fuerzas que, a pesar de todo, siento en mí.

Yo le escucho, con los ojos bajos, con la cabeza baja. El también baja la cabeza... para besarme la mano. Un beso, es una frase dicha con voz sonora en sordina... una frase es un beso, en la punta de los dedos, junto a las uñas... ¡Qué sensación tan cierta! ¡Qué sensación un beso en la punta de los dedos! ¿Quién podría imaginarlo?... Yo, antes, no lo habría creído nunca...

Me quedo muda, estática... El prosigue su ruego, cada vez más quedo, más suave... y de pronto, sin que pueda evitarlo, me besa, de lleno esta vez, en la misma boca, apretujando mis labios con sus labios...

—Te adoro, te adoro, Wanda—repite...

21 septiembre, a las 9 de la noche.

—Tengo motivo para creer—me ha susurrado sonriendo—que su prima está incurablemente celosa. Tenga cuidado, Wanda.

Aunque yo en verdad lo sospechaba, ahora estoy completamente cierta. ¡Pobre Anita! Y el caso es—debo confesarlo—que mi satisfacción parece haber aumentado egoístamente.

¡Enrique, Enrique! ¡Cómo me vuelvo por tu culpa!

Qué encanto soberano es vivir y amar. Poco a poco me imagino tener cerca a mi amante, me parece oir su voz enamorada y queda, sentir sus caricias. Su rostro se me aproxima, sus labios buscan mis labios... me besa...

¡Oh, abandonar la cabeza sobre su pecho seguro y potente, y adormecerse allí!

22 de septiembre.

Felicidad.

23 de septiembre.

Felicidad.

25 de septiembre.

Ana no sólo siente celos; le ama también. Sus miradas no me permiten la menor duda, crece la separación entre nosotras. ¡Qué cosa triste! Ahora nos vigila; no podemos ahora hablarnos con la libertad de antes. Debemos valernos de expedientes todo el día, pasándonos cartitas con disimulo...

26 de septiembre.

La tempestad ha estallado.

Estábamos los tres en el jardín. Ana cogía rosas. Afectábamos charlar amigablemente, pero nuestras palabras no eran sinceras. ¡Qué pena y qué aburrimiento, un coloquio entre tres! Enrique habló de ciertas enfermedades de los caballos; yo de los papagallos ondulados de Australia; Ana se preocupó por la solución de los pasatiempos del día.

Enrique le ofreció una rosa.

—No—le dijo secamente.

Y en cuanto él se fué, me miró a la cara y:

—Di la verdad—exclamó,—estás enamorada de él.

Era una verdadera agresión. Por más que estuviera a la defensiva, un ataque tan directo sorprende a cualquiera... Me puse hecha una grana, me callé. ¿Podía acaso decirle que no?

—Puedes estar contenta—añadió;—él también te quiere. Y, sin embargo, yo le gustaba antes, y habría sido mío si no hubieses venido a robármelo. ¿Comprendes toda la magnitud de la infamia que has cometido?

Y comenzó a llorar a lágrima viva.

—¡Por Dios, Anita—grité yo,—Anita mía!, ¡por piedad!

Y acabé también yo llorando, pero mientras derramaba mis lágrimas me decía: "Sin embargo, es mío Enrique, bien mío".

—Anita—exclamé,—yo no te he robado nada. Es él—se me escapa decir—que me ha robado a mí.

—¡Eres tú, traidora, que te has dejado robar!

—Escúchame, Ana, créeme.

—Te conozco. Todo ha concluído entre nosotras.

—¿Concluído? ¡Adiós!

¡Pobre Anita!

¿Pero qué puedo hacer si quiero tanto a Enrique?

28 septiembre.

La "Negra" estaba ya ensillada. Iba a partir, cuando llegó mi tío.

—¡Puede saberse qué es lo que ha pasado entre vosotras?

Me dice, y sus ojos me miran con aquella expresión que me recuerda los ojos de mi pobre padre, y me conmueve hasta el fondo del alma.

Me venzo.

—¡Nada!—respondo.

—¿No quieres decírmelo? Es estúpido que dos primas, dos hermanas, se separen así. ¡Creo que no quieres darme ese disgusto!

Yo no me atrevía a levantar los ojos. Me parecía tener delante a mi pobre papito; el remordimiento me laceraba el corazón y abrazaba la cabeza de "la Negra" con los ojos húmedos y sintiendo envidia hacia los seres simples, las cosas inanimadas, que parmanecían en paz, en el mismo lugar donde yo aprendí a querer.

Siento gran necesidad de ternura y de perdón; estoy tentada de echarme a los pies de mi tío y explicárselo todo, pero pienso: "Verona-Montorio 5 kilómetros", poca distancia, y estoy libre. No cedo.

Mi tío me besa en la frente. Parto. ¡Pobre tío!

¡Qué triste es no poder abrir el alma siempre, por lo menos delante de los que se ama.

2 octubre, domingo.

Esta tarde nos hemos visto en el café y después en la calle. Estaba con mamá. Entre la muchedumbre, al pasar junto a mí, me acarició la mano.

¡Qué delicia sería poder pasear de su brazo!

6 octubre.

Ana no contesta. Su silencio me mortifica. Su resentimiento es una espina en mi felicidad. Quisiera verla, hablarla, decirle con las lágrimas en los ojos: "Anita, ¿no me quieres ya?"

Yo sufro, pero ¡cuánto más debe sufrir ella! Está, la pobre, enferma de celos. Qué enfermedad horrible.

A veces pienso: "Si ella me robara a Enrique, ¿qué haría yo?" Y no sé contestarme.

12 octubre.

Me esperaba en San Miguel, junto al apeadero.

Bajé del tren y miré por todas partes asustada.

—No hay nadie—me dijo.—¡No temas! ¡Jamás volveré a pedirte este sacrificio!

Observé que estaba pálido, triste, que sus ojos me buscaban con una expresión nueva; el tono de su voz, casi velado, era más penetrante que otros días.

Fuímos al campo. Ya allí hablamos de Ana.

—¡Estará furibunda!... ¡Qué pena!

—Desde que partiste no la he visitado más. Si alguna vez me entrevé, se retira... Sin embargo, haréis las paces, no temas.

Y me habla. Me dice frases amorosas, más apasionado aún que otras veces, y más tímido. Lo veo triste, triste.

—¿Qué tienes, Enrique?—le pregunto.

—¡Nada! Que te quiero.

—¡Qué dulce sería—exclama más tarde—poder vivir juntos los dos, aquí en el campo, ser dueño de tu corazón ingenuo y puro...

Regresamos. Me aprieta las manos; sus ojos están húmedos, húmedos...

—¿Qué tienes, Enrique?

—¡Me duele no quedarme aquí contigo!

Y me besa. ¡Ah! Si me hubiese dicho "¡Quédate!", ¿habría tenido fuerzas para dejarlo?

. . . .

Enrique me ha escrito. La carta dice así:

"Comencé jugando, pero ahora siento por ti la pasión más intensa. Parto por mi propia voluntad; el gesto es cruel pero necesario. Jamás volveremos a vernos, pero recuérdame siempre; mi amor lo merece. Te lo digo en el momento más doloroso de mi vida.

Tengo una mujer a quien no quiero, tengo un hijo a quien adoro. No puedo poner en tu vida un dolor, en la mía un remordimiento. Perdóname y recuérdame, en nombre del amor que siento por ti, de la felicidad entrevista y no poseída, en nombre de mi tormento profundo...

"Amor es dolor", dijimos algunas veces; recuérdalo. Te juro que por muchos años que pasen no te olvidaré nunca, nunca. Recordaré siempre los días felices en que el pensamiento de que era amado por ti embriagaba mi corazón y me llenaba de orgullo.

15 octubre.

La breve novela ha terminado.

Mis ojos no lloran; llora mi corazón, y sus lágrimas mudas son de sangre.

Cuando Ana "sabrá", me perdonará sin duda. He reconquistado el cariño de mi hermana, pero mi corazón le pertenece a él; lo acompañará dondequiera que vaya. **¡Fué caballero!**

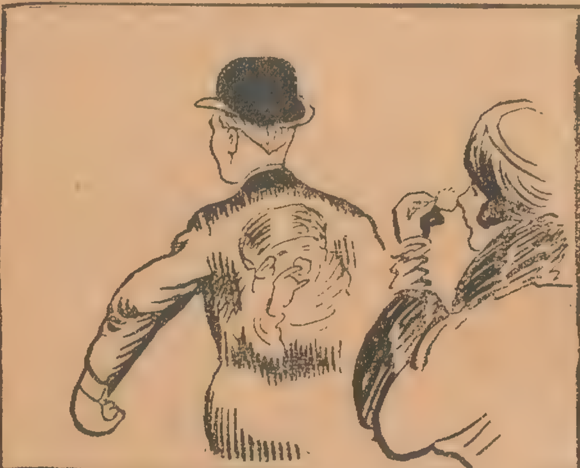
LA MODA MASCULINA. — SE HA INICIADO UNA CAMPAÑA PARA REFORMARLA Y PRESTARLE MAYOR ATRACTIVO. — CONTRIBUIMOS POR NUESTRA PARTE, PUBLICANDO ALGUNAS IDEAS QUE SE NOS OCURREN.



Reformemos el peinado y tracemos dos rayas en nuestras cabezas.



Los trajos con flecos serán de efecto seguro.



Un espejo a la espalda sería de gran utilidad. En lugar de ir los hombres tras de las mujeres, todas las mujeres irían detrás de los hombres.



Hagamos que sea moda usar trajes confeccionados en casa.



Incluso aprovechando los tapices y las cortinas.



Y si lo que se busca es la duración, podrían intentarse trajes cómodos de metal.

Quiénes eran las Walkirias

En la mitología escandinava se consideraba a las "Walkirias" como diosas de un rango inferior, estando encargadas de diferentes funciones.

Dotadas de un espíritu belicoso, tomaban parte en las batallas, yendo a la cabeza de los combatientes, decidiendo la suerte del combate y designando a los guerreros que debían morir, porque, como consecuencia natural les escanciaban los vinos, en los banquetes heróicos cuando eran admitidos en la Walhalla.

También eran las mensajeras de Odín.

Los poetas las representan en los combates, montando caballos de vertiginosa ligereza.

Sus nombres son altamente significativos, se llaman: "Rist" (ruido de los escudos), "Mist" (el desorden), "Skoegul" (la huída), "Hilda" (el valor), "Thruda" (la constancia), "Hloek" (el triunfo), "Herficeter" (las cadenas), "Geell" (el vocerío), "Raangryd" (el deseo del botín), "Ragryd" (la necesidad de justicia), "Regirbeif" (la esclavitud); algunas otras tienen nombres sin significación, como "Skuld", "Gunnur", "Goendul", "Geisskogul", "Rota", "Swipul", "Hiorthrimul", "Sangryd", etc., y personifican, en general, las virtudes y cualidades de los héroes.

Una antigua leyenda las representa tejiendo el terrible vestido de la muerte.

Sus útiles son de hierro, y los hilos formados de entrañas humanas que mantienen tirantes calaveras humanas suspendidas de sus extremos. La lanzadera es una flecha.

Suélese representar asimismo a las Walkirias, cabalgando por los aires, sobre la niebla; siendo esto la razón de que en las batallas de las edades antiguas tuvieran un papel tan importante las nubes, a las cuales se les ofrecía sacrificios antes de comenzar la lucha.

Animales que se comen a sí mismos

La "antofagia" es un vicio muy corriente entre los animales que se alimentan de carne, sobre todo cuando se ven privados de alimento de otra clase, o en momentos de desesperación. En el Jardín Zoológico de Londres, una hiena que se rompió una pata, antes de que pudieran curarla se arrancó con los dientes el miembro herido, y por la noche se lo comió, dejando solamente el hueso limpio. En el mismo célebre establecimiento, hubo un águila que tenía la repugnante costumbre de arrancar y comer pedazos de carne de sus propias patas.

Los casos de ratas y ratones que, estando enjaulados, se han comido su propio rabo, son numerosos; por regla general, no lo hacen impulsados por el hambre, sino por la rabia que les causa el verse encerrados. También ocurre con frecuencia que una rata, un zorro o una garduña, caídos en un cepo, se arrancan con los dientes la pata por donde están aprisionados, con el fin de poder escapar.

Es muy probable que el hombre primitivo fuese también antófago en ocasiones. Así lo evidencia, al menos, el vicio de morderse las uñas, tan común en la infancia, la costumbre que tienen los niños pequeños de meterse los puños en la boca, y el ademán de morderse los dedos, propio del hombre desesperado.

Antipatías de hombres célebres

Enrique III de Francia no podía quedarse a solas con un gato. Ladislao, rey de Polonia, echaba a correr en cuanto veía una manzana. Erasmo caía enfermo en cuanto olía pescado. A Boile le ocurría otro tanto en oyendo el ruido del agua que cae de una fuente. Escalígero temblaba a la vista de los berros. María de Médicis no podía sufrir, ni en pintura, la vista de una rosa, a pesar de gustarle mucho todas las demás flores. Tycho Brahe tenía miedo a las liebres. Bacon se ponía malo cada vez que había un eclipse de luna. El mariscal D'Albert no podía sentarse a la mesa si veía en ella carne de cerdo o de jabalí. El zar Juan II se desmayaba a la vista de una mujer, y al duque de Espernon le acontecía lo mismo si por acaso veía una liebre.

Vicente **SCARLATTO.**

La buena educación hace 1800 años

Hace próximamente 1800 años, que una señora china llamada Tsao Tai Ku, publicó un libro titulado Instrucciones para señoras y señoritas, *en el que da a sus compatriotas consejos que lo mismo pudieran servir para nuestras señoritas de hoy día.*

En un capítulo dedicado a la práctica de la virtud, recomienda a las jóvenes que:

En el paseo, miren siempre hacia el frente, sin volver jamás la cabeza.

Al hablar, no deben esforzar la voz porque es de mal tono hablar a voces.

Sentadas, no deben mover las rodillas (una falta muy común entre los hombres de aquel tiempo).

Cuando estén de pie, deben tener completamente quietas las faldas.

Aconseja a las jóvenes que reciban cortésmente a las visitas, y que agoten la cortesía al despedirlas.

Cuando estén de huéspedas, no deben pedir nada.

Cuando tengan amigas en calidad de huéspedas, deben excederse en amable hospitalidad.

Que cuando estén convidadas no beban, sino que se limiten a tocar el vino con los labios.

Que los palillos de comer, no deben cruzarse sobre el plato, sino que deben colocarse convenientemente y con gracia.

Jorgito **CABRAL.**

La diplomacia secreta

por Genaro **GIACOBINI**

Para FRAY MOCHO

¿Hace falta que nuestra civilización eleve sus templos sobre montañas de cadáveres, sobre océanos de lágrimas, sobre estertores de moribundos?

—"Sí". (Feld mariscal von Haeseler).

Frase que sintetiza toda la filosofía política de una época histórica, toda una aberración espiritual y una conciencia de muerte de los más bellos y esclarecidos ideales de la humanidad.

Una educación ancestral de los fines humanos podía llevar a simbolizar en acto de fe esa sentencia, desvirtuando los principios de la ética, de la solidaridad y la concordia universal.

El privilegio y la desvirtuación de los fines educativos, llevando a hacer sentir la hegemonía de casta en la constitución política de los Estados, trajo como consecuencia la desnaturalización de la ley moral y los principios inherentes a la vida pública internacional y la efectividad de las guerras, explicadas por una diplomacia secreta que manejó en los siglos de la civilización en intrincado postulado de las relaciones políticas de las naciones a su arbitrio y decisión.

La diplomacia secreta descentralizó las verdaderas funciones internacionales de los Estados, quitando a los pueblos su derecho de acción, con verdadera representación colectiva y efectiva, como voluntad, ley y soberanía universal.

Fué el instrumento de castas que hicieran hegemonía política absolutista y contraria a los altos designios democráticos de la civilización.

Desde los primeros albores de la vida internacional, cuando se relacionan jurídicamente los Estados entre sí, las tendencias de la intriga se hacen sentir en la diplomacia secreta, buscada como un escudo de defensa de los fines egoístas del privilegio político.

Se dejaba, en efecto, sin representación mental a la soberanía popular; no vibraba en el pensamiento internacional el eco de las multitudes, que redimen en una acción representativa los anhelos de una expresión de la democracia, símbolo bautizado en el Iliso hace veinticinco siglos, haciendo vibrar en todo su explendor el espíritu ateniense.

Símbolo que se perpetúa al través de la historia y de la civilización occidental en el Tíber, en el concepto augusto de República, qué no expresaba cosa pública pero sí derecho público, que al través milenario de la herencia romana debió regir en un sin fin de semejanzas políticas las relaciones internacionales de los pueblos de la tierra.

Esa soberanía política debió estar siempre ejercida por los pueblos en su ejercicio de democracia política, en el perfecto dominio de su voluntad institucional comunicada en su obra de armonía universal.

La conciencia pública, fiscal en la volición general del pensamiento político, hace extensiva en las relaciones internacionales de los mismos el significado de una obra de perfecta solidaridad y cohesión, evitando y excluyendo las hegemonías personalistas, en cuyos círculos se tramaron todas las guerras que registran los anales humanos.

El secreto diplomático constituye una arma de defensa de la intriga y las causas perturbadoras de la civilización que ha corroborado la historia en sus distintas etapas evolutivas.

Deja huérfana a la opinión pública, en quien reside toda capacidad y voluntad política internacional.

Exalta el egoísmo individual, que constituye una valla irreguladora al dinamismo de los principios colectivos.

Es la negación de la capacidad político-internacional, quitándosele a la soberanía popular las fuentes inmanentes de su poder público ejercitado en su jurisprudencia más decisiva y evolutiva.

La historia, siendo revisión de valores morales en los pueblos, lleva a la transformación de los principios del derecho internacional, creando una nueva conciencia de vida universal.

A los principios filosóficos apuntados se plantea una verdadera democracia internacional, en cuyas decisiones están la obra fehaciente de la humanidad, solidaria y efectiva.

El poder de Estado, como entidad jurídica, reside en el ejercicio de esa soberanía, que da capacidad de interpretación y volición al espíritu general por intermedio de sus poderes constituídos, y que define factible la solidaridad humana.

Con ese espíritu se hacen efectivas todas las normas de las relaciones de las naciones taradas hasta el presente por una inequívoca diplomacia secreta.

Esta fundamenta el concepto absolutista en materia internacional; teoría que tiende a la monarquía universal por medio de los emperadores y que definió la filosofía de Hobbes, explicada por los disturbios de la Edad Media que crearon situaciones de fuerza.

Concepto que no es el utilitarismo de Bentham aplicado a las relaciones humanas; pero sí el principio de la armonía ética que solidariza a los pueblos de la tierra, lo que define la liberalidad filosófica internacional y que da al linaje todo su esplendor cuando los mismos pueden orientar sus propios destinos.

Consagra el "jus gentium" de la humanidad, que no es el primitivo "jus" romano en materia internacional; pero sí esa nueva fuente de principios universales que nos llevan a los altos tribunales arbitrales para las relaciones jurídicas de las naciones entre sí.

La amplitud internacional reside en la conciencia usiversal, y la historia resurge, revisando nuevas adquisiciones morales que están en la conciencia colectiva ejercitando continuadamente signos de democracia evolutiva.

Esa capacidad de voluntad y soberanía pública, ha de hacerse efectiva en la representación popular de todas las relaciones internacionales que vibra magnificente el supremo idealismo de la humanidad.

La diplomacia secreta ha cumplido su rol en la historia de los pueblos, y al derrumbe de la vieja escuela política internacional, sustentada en el principio filosófico absolutista, en la abrupta concepción de Hobbes como hegemonía de fuerza, ha de surgir la nueva ley del principio universal, rigiendo las relaciones de las naciones en su luz radiante de verdad y justicia.

En un verdadero cuerpo de doctrina, el derecho internacional se consolida en la concepción filosófica, el derecho natural rigiendo la humanidad sus propios destinos por intermedio de una política amplia y decisiva por los ideales que sustenta la consagración principista de la civilización.

El árbol y el hombre

(Al ingeniero Miguel Angel Tobal).

Como el hombre, es el árbol, pasajero
en las rudas batallas de la vida,
llevando como aquél la frente erguida
sufre los golpes del Destino fiero.

Un parque, o un jardín, o un vivero,
donde Natura sus bellezas cuida,
veréle alzar su copa florecida
o caer agobiado en el sendero.

En brega de subir, mirando al cielo,
suxando el jugo de la madre tierra,
bate constantemente contra el vuelo

que artero el seno de Aquilón encierra;
y al fin, en frutos de su amor colmados,
al mundo da sus dones regalados.

Erato IVAN.

LA RABIA



—¡Yerno! ¡Yerno mío! Me acaba de morder un perro.
—¡Pobrecito perro! ¡Está perdido!

Al sur de Nueva Zelandia hay un grupo de islas llamadas las Hermanas, o las Siete Hermanas, donde puede decirse que llueve constantemente.

Otro tanto ocurre en las islas y aun en el continente de Tierra del Fuego, sin más diferencia que de vez en cuando la lluvia suele transformarse en nieve o granizo menudo.

Sabido es que en torno de la tierra hay una faja de ocho o nueve grados geográficos de ancho, en la que figuran regiones donde rara vez deja de llover. A esta zona se le conoce por el nombre de "zona de precipitación constante", y ofrece la rara particularidad de tener puntos donde llueve muy pocas veces.

Colaboración espontánea

Mi amiga Blanca

Tengo una amiga muy buena. Su nombre es emblema: se llama Blanca y blancas son sus aficiones.

Mi amiga es muy pobre; su vida es, por consiguiente, poco fácil. Vive del escaso dinero que recibe por enseñar a leer y escribir a unos chiquilines del barrio, que no entraron a la escuela por falta de asiento. Sin embargo, es feliz, porque es buena. Claro está que no siempre se obtiene bien en cambio de bien; pero al menos queda la satisfacción que produce la propia bondad, y esta satisfacción constituye, por sí sola, una de las más bellas felicidades.

Mi amiga es huérfana. A su padre ni siquiera lo recuerda, pues cuando éste falleció, Blanca era una revoltosa chicuela de enmarañada cabellera que sólo sabía jugar con las muñecas. La madre de mi amiga murió hace poco. Dice Blanca que era muy buena; me habla siempre de ella muy serenamente, como si aun viviera. Blanca cree que las personas queridas, aunque muertas, viven, palpitan en nuestra propia sangre, están a nuestro lado, nos miran, nos sonríen, nos hablan...

Mi amiga adora todos los objetos que pertenecieron a su adorada muerta y los guarda cuidadosamente. Sólo ella comprende lo que en su mudo lenguaje dicen las cosas.

Ha hecho un hermoso marquito con tela que ella misma bordara, y en él colocó un pequeño retrato de su madre (el único que posee) y al que todas las mañanas adorna con bellas flores.

Cuando su madre vivía, dice Blanca que jamás les faltó nada, pues trabajaba en un taller y mantenía cómodamente el reducido hogar. Mi amiga se encargaba de los quehaceres de la casa y al anochecer iba a buscarla, regresando ambas con la hermosa alegría de estar juntas.

Desde que la conozco pocas veces la he visto reir. A veces le refiero historias chistosas, aventuras románticas de apuestos donceles y apuestas doncellas de la lejana edad de las caballerías, tratando de distraerla; pero es en vano... Día a día se acentúa su color paliducho; su tristeza continua imprime un sello de dulzura en sus facciones.

Me dice que adora a los niños y que con gusto les transmite sus escasos conocimientos, y a pesar de esto la hastían; la tarea diaria la fatiga.

Su placer más sincero es bien sencillo. Cuida unas plantas de blancos nardos y rosados claveles que ha colocado en la ventana de su cuarto. Los cuida con animación, casi diría que con alegría, con ternura. No permite que nadie los toque, pues teme se marchiten los delicados pétalos. Esas plantas, en cuya savia confundidas circulan las lágrimas con que las riega, le ofrecen las flores para su madre. Mi amiga es muy creyente; pero es una religión original la suya. Para ella Dios no es sino una luz muy bella, muy pura que ilumina los senderos y destruye las brumas grises que extiende la duda. Los seres buenos ascienden al Infinito y beben la divina luz. Blanca quiere reunirse con su madre en la Inmensidad.

Mi amiga Blanca dedica sus ratos desocupados a la lectura: le agradan los autores místicos. ¡Cuántas veces la he visto completamente abstraída leyendo a fray Luis de León, a Santa Teresa de Jesús! Al leer parece que quisiera impregnar su alma con la maravillosa esencia de esas páginas; beber íntegramente el inmaterial pensamiento de la santa. Se emociona profundamente con las poéticas canciones místicas de Juan de la Cruz, en las cuales, su fino espíritu descubre día a día nuevas bellezas.

—

Hice un viaje al interior de la República. Escribía a Blanca y ella me contestaba con hermosas páginas, cuya lectura me hacía llorar. Mis últimas cartas no tuvieron respuesta. Supuse que sus tareas no le darían tiempo para ello o que habría perdido el cariño que me profesaba.

De regreso, mi primer pensamiento fué para ella. Me dirigí, no sin cierta inquietud, a la casa donde vivía y llamé. Salió una señora que habitaba en el cuarto vecino al de mi amiga, y al preguntarle por ella me dijo:

—¿No lo sabía, señorita? ¡Pobrecita! Si murió hará cosa de un mes.

Y haciéndome entrar, la buena mujer me dijo:

—Fué una sorpresa para todos, pues nadie suponía que se hallara enferma. Murió como una flor, silenciosamente, sin proferir una queja.—Parecía que lo único que le faltaba para ser feliz era la fría caricia de la muerte, en cuyos brazos descarnados iría allá, al infinito, a beber con su madre la luz divina.

Quise ver su cuarto. Nadie se había atrevido a tocarlo. Estaba como lo había dejado. Había algo de su espíritu que aun se agitaba en la habitación. En las macetas, los nardos y claveles estaban mustios. El retrato de la madre coronado de flores secas me pareció que sonreía. Estaría contenta de verse nuevamente al lado de su hija.

Cecilia MOGUILIANSKY PATTIS.

BAILES DE CARNAVAL



—No deje de venir. Estaremos entre viudas. Será un baile de alivio de duelo.

Reminiscencias

¡Amiga del alma!... quiero
brindarte estos pobres versos,
que son las rosas fragantes
del rosal de mis anhelos,
para que lleven a ti
el cariño más inmenso,
ese que ayer nos brindamos
entre caricias y besos
que sellaron una dicha
malograda por el tiempo
para dejar en nosotros
la amargura del recuerdo.

. . . .

. . . .

Y surgen en mi memoria
como si fuesen espectros
aquellas horas pasadas
prisioneras del ensueño...

que se ha llevado consigo
para mi dolor supremo
la esperanza de la vida
que hube soñado despierto.

Andrés PÉREZ (hijo).

ESTUDIO PSICOLOGICO



—Al verme a mí, las mujeres se dicen: "Este es un poeta", y no se engañan. Soy un poeta.

Serenata

Mientras plácida duermes, mi tirana,
bajo la onda nevada y espumosa
de la colcha, que quiere caprichosa
diseñar tu figura soberana,

en muy lenta, muy triste caravana
que desgarra la calma misteriosa
de la noche, se eleva cadenciosa
mi nostálgica endecha a tu ventana.

Termina la canción; vuelve la calma
a reinar en la noche clara, bella,
y un suspiro de amor te envía mi alma

muy feliz al oir la cristalina
voz que premia mi íntima querella
con un "gracias" detrás de la cortina.

Juan Carlos ZULOAGA.

Retorno

Al poblarse de hojas los árboles,
después del Invierno...
al venir Primavera
sus sonrisas y galas trayendo...
he de ver, yo, cubrirse mi alma
con follaje espeso
de ilusiones que, ya realizadas,
brindarán gozo inmenso.
Es que entonces iré a visitarte,
a buscar el contento
en las frases ardientes que dicen
tus labios de fuego...
en las dulces miradas que vierten
tus ojos serenos...
en los suaves, divinos, rumores
que yo escucho al calor de tus besos!

Pascual A. DE VITA.

Lo que dicen las estrellas

(Del libro próximo a aparecer "El Pedernal")

¿Nunca os llamó la atención el lenguaje de las estrellas? A mí, sí. Es poético, es filosófico; ¡qué dos cosas tan distintas en apariencia, qué análogas en el fondo! El poeta es un filósofo que canta y profetiza las bellezas del porvenir. El filósofo rezonga las miserias del presente y nos empuja hacia el futuro.

El uno ofrece; el otro estimula; los dos son la vida, el espiral infinito de la eternidad; los dos beben en las fuentes ignotas de la soledad; los dos miran lejos, muy lejos, miran a las estrellas, a esos puntos luminosos que oscilan en los espacios siderales como esperanzas confusas concebidas en ensueños lejanos... En el imperio de la soledad el hombre se hace el "Dios" de la "Sabiduría". Por eso el lenguaje de las estrellas es poético, es filosófico. Ellas nos hablan del misterio de otros planetas habitados, de distancias inconmensurables, de velocidades fabulosas, de ídolos caídos, de creencias futuras... de todo, de todo, pero, ¡ay! nuestros oídos no oyen sus palabras, sus arpegios, son, para nosotros, música prohibida, por eso el que se sube a un monte y se acerca a las estrellas, da a sus hermanos un decálogo de valores. Sinaí fué un monte, Zaratustra, otro, pero hay que subir más alto, hay que subir tan alto que, en relación, el Everest sea un abismo, el Chimborazo una sima.

Como el cóndor cernios sobre las nubes. Como "Dios" cernios sobre las conciencias. Subid alto, acercaos a las estrellas; si os revestís con la conciencia de vuestra individualidad, el fuego de las mismas se tornará para vosotros en hielo.

Dominad su lenguaje, sobreponeos a su poder, y cuando todos esos puntos luminosos que oscilan en el espacio giren a vuestro alrededor, habréis hecho de vosotros el centro del universo.

Entonces vuestra individualidad se habrá compenetrado con el gran Todo; entonces seréis. Pero mientras llega ese momento tratad de aprender el lenguaje de las estrellas; ellas os pondrán en relación con seres de otros planetas, os transportarán con la velocidad del pensamiento a distancias inconcebibles; os justificarán la muerte de los dioses, os iniciarán en los misterios nirvánicos, y ellas, en fin, cuando en el silencio sagrado de la soledad aprendáis su lenguaje, serán la luz que os ilumine el camino de la sabiduría.

Hermanos, buscad la soledad y en ella hablad con las estrellas.

Helios DEL EVEREST.

PRIMER AMOR

(Cuento)

por B. FERNANDEZ y MEDINA

Para probar el amor
Ha de haber tierra por medio,
Que muchos cuando se van:
"Si te he visto no me acuerdo".

I

Se encontraron una tarde en la bajada del arroyo, y aquel encuentro hizo nacer ese primer sentimiento que abre los ojos y despierta en las almas ansias incomprensibles.

Era ella una chicuela de 11 años; se llamaba Rosa; hija de un puestero de la estancia; criada fuerte y robusta para las faenas caseras, como los saúcos que crecen con lozanía dentro de cercado, gracias a la fertilidad de la tierra. Mostraba en los ojillos negros, inquietos, la curiosidad precursora de la malicia; en la boquita, mueca de nena mimada, y los dientes, siempre asomados entre los labios, tenían aún el recuerdo del seno maternal. Vestía en esta ocasión una pollerita corta, que ella se esforzaba en alargar para cubrir los pies mal calzados en unos zuecos arañados por los espinillares, y un pañuelo ordinario cubríale la cabeza con imprevista elegancia.

Montada en una yegua petiza, subía del lavadero, con un montón de ropas atravesado sobre el cuello de su cabalgadura; y las manos amoratadas tenían la prueba de la guapeza con que había azotado las aguas, que ya estaban muy frías en aquellas tardes de Mayo.

El, Pablito, hijo de los dueños de la estancia, era un muchacho delgado y airoso de cuerpo; apenas cumplidos los 12 años; con ropas buenas pero mal tratadas, y botines descosidos que traslucían por varios agujeros las medias.

Bajaba al paso, probándose como jinete en un medio redomón avispado, que tenía al muchacho cuidadoso y sobre sí, a cada escarceo.

Cuando vió a Rosa, ella ya se había estirado el vestido y ocultado los pies, avergonzada. Pablito la miró, y llevándose la mano al sombrero saludó, serio como un hombre, diciendo: "Muy buenas tardes". Rosa, ruborizada, contestó a flor de boca el saludo y tironeó las riendas a la petiza. Ella conocía al patroncito como todos los de la estancia, pero nunca lo había visto de cerca.

En esto, la petiza que era lerda y tropezadora, al sentirse tironeada de la rienda intentó trotar, pisó en un agujero, y Rosa que iba descuidada por la turbación del encuentro, cayó de espaldas para el lado hondo de la bajada.

Pablo, indeciso en el primer momento, se apeó después ligero y corrió a levantar a Rosa, que al caer con el montón de ropa lavada, apenas había sentido el golpe.

Ya estaba en pie la chicuela cuando llegó Pablo a su lado; y ella, recogiendo las ropas, colorada hasta parecer su cara enardecida por la resolana del estío, ni aun acertó a dar las gracias al muchacho; se quedó junto a la petiza, que no había dado un paso; y sin atreverse a montar delante del patroncito, cuya cara risueña y de expresión picaresca la avergonzaba.

Al fin habló:

—No fué nada: pero esta lerda del diablo, siempre trompezando... Y aura, pa montarla...

Pablo, ya había recibido de los peones bastantes lecciones de galantería para no dudar en ofrecerse a la muchacha.

—¿Si querés que te suba?—le dijo. —¿No pesás mucho?

Ella se puso más colorada y no respondió.

—Bueno—prosiguió Pablo,—agarrá la clin. (La chicuela obedeció) y upa! —Antes que Rosita lo sintiera, estaba sentada en el lomo de la petiza, y si Pablo no la sujeta por la cintura, se repite la caída, porque el muchacho había hecho un esfuerzo de hombre...

En este momento, Pablo miró cara a cara a Rosita, y los dos al mismo tiempo soltaron una carcajada. Pero, en seguida, la chicuela se recobró y con un rápido movimiento estiró la pollerita que le había quedado muy subida y taloneó a la yegua, diciendo:

—Uy, patroncito, ya se van los silgueros al monte, y me van a retar en casa.

El trote remolón de la petiza, aun la dejó ver a Pablo unos momentos. Antes de montar en su caballo, miró para la cuchilla por donde culebreaba la senda que seguía Rosa, y vió a la chicuela volverse, con el pañuelo caído sobre la espalda y el cabello suelto. Al muchacho le pareció que se reía...

Aquella noche, Rosita en su cama, que sólo separaba una cortina de la de sus padres, soñó que bajaba al "paso" del arroyo, en las ancas del caballo de Pablo y sujetándose a la cintura del patroncito.

El cual, a su vez, soñó con ambición a la que se juntaban reminiscencias de cuentos fantásticos, que subía al cielo en un carro de nubes tirado por palomas, y abrazado a Rosita, que resplandecía adornada con sedas, diamantes, perlas y toda suerte de piedras preciosas.

II

Después, los muchachos se encontraron todas las tardes, como sin quererlo, en aquel paso tan pintoresco del arroyo que a un lado tenía la linfa pura dejando ver el lecho pedregoso, y del otro, enturbiada el agua por el jabón y el suero desprendido de los coladores, en la ensenadita que servía de lavadero.

Pablo llegaba en su caballo favorito, y al crujido de las arenas del paso, Rosa, que en cuclillas sobre una piedra, debajo de un viejo y abrumado sauce, y ceñida a su cuerpo la pollera, lavaba los transparentes coladores del queso, se volvía, con la cara enrojecida, con los ojitos brillantes sonriendo con gracia natural, y miraba a Pablo intensamente, sin cambiar de postura y ocultando sus pies descalzos bajo la pollera.

Se hablaban así; pocas palabras, cosas de chicuelos, en los primeros días, y luego se despedían sonriendo, ella marchándose en su petiza hacia el puesto, el muchacho galopando en dirección de las casas, antes que los jilgueros volasen para el monte huyendo de las sombras que bajaban a los campos.

Con el transcurso de los días y de las semanas llegaron a hablar con más seriedad, como personas mayores, a preguntarse sucesos y ocurrencias de la estancia, pero ni él se apeaba del caballo, ni ella dejaba la piedra del lavadero, durante las charlas.

Un día, Pablo, rebosando alegría, llegó al paso y en cuanto avistó a la chicuela le gritó:

—Rosa, aquí te traigo un regalo. A que no adivinas...

En vano lo intentó ella, nombrando aves, flores y nidos, que son los obsequios de los amantes platónicos de la campaña.

Cuando se dió por vencida, Pablo sacó de entre la camisa un muñeco, un pobre Polichinela, jorobado y narigudo, que apenas conservaba un resto de su traje con cascabeles.

Rosa, con la alegría, olvidó que estaba descalza y saltó de piedra en piedra, hasta llegar al lado del caballo de Pablo. El le entregó triunfante su regalo... Lo había encontrado en el fondo de un baúl y era uno de los juguetes que le había mandado su padrino, de la ciudad.

Rosa sacudió y estrujó con caricias al muñeco. Mas le entró enseguida una preocupación: ¿cómo iba a llevar a su casa el regalo cuando ella tenía miedo de que supieran que hablaba con el patroncito? Aunque era chica, ya le había enseñado su madre que a las muchachas no les conviene estar solas con los hombres.

Decidieron entrambos guardar el Polichinela entre las ramas tupidas de un matojo, y sacarlo para divertirse solamente en aquel sitio, que habían consagrado a sus entrevistas inocentes.

Porque ni más que frases inocentes se decían, ni un pensamiento que pasara de ingenuidad y sencillez infantiles, turbó aquellos coloquios idílicos.

Y sin embargo, Pablo y Rosa sentían que algo poderoso les unía, y cuando pasaba un día sin que se vieran, sentían desasosiego e inquietud y hasta lloraban a escondidas.

Dos años pasaron de esta suerte: igual vida, iguales entrevistas, y conversaciones poco distintas. Pero Rosa no tenía ya que estirar la pollera para cubrirse los pies, y más, se ceñía el busto con un rebozo; y Pablo cuidaba de no llevar los botines descosidos ni las ropas desgarradas.

III

Había llegado la primavera a reverdecer los campos, a derramar aromas en el aire y alegrará los cantores pajarillos del monte.

Rosa bajó una tarde al arroyo con un atado grande de ropa. El trabajo había aumentado con el tiempo.

Este día la muchacha sentía una tristeza que hasta entonces no conociera.

Llegó Pablo al paso. Ya no era el muchacho delgado; había crecido mucho, en el labio superior tenía una leve sombra.

—Rosa — gritó, al divisar a la muchacha, con un acento que tampoco era el tranquilo y natural del otro tiempo.

Ella fué sonriente hacia él, que se apeó y la alcanzó teniendo el caballo de la rienda.

—Sabés, Rosa, que te traigo una mala noticia...

Ella se puso pálida y lo miró con inquietud.

—Me llevan al pueblo, Rosa — dijo él no ocultando su alegría — Mi padrino le dijo a tata que me quiere poner en un colegio, y mañana nos vamos... Pero no llores... ¿Por qué?

La muchacha sollozaba y sus lindos ojos vertían muchas lágrimas.

Pablo se acercó más a ella.

—Pero no seas así, muchacha (era una expresión nueva en é), no seas así. Si voy a volver pronto... De aquí un año me traen a pasar el verano en la estancia... Vamos, no llores, mi...

No se atrevió a pronunciar una palabra que ya se le salía de la boca.

—No vás a volver... no... te vas a olvidar. — dijo al fin Rosa sin que cesaran sus sollozos.

Pablo, algo impacientado, la interrumpió:

—Te digo que no; vendré en el otro verano.

Pasó una bandada de pajarillos chispeando.

—Bueno, Rosa, no te aflijas; mira, se va haciendo tarde y me esperan en casa... Pero, no te aflijas, mi... hijita.

Dijo la palabra en el oído de Rosa; y casi sin darse cuenta, los dos se abrazaron y sus bocas se juntaron.

—No te olvides de mí, Pablo — le dijo ella con la voz temblona y sintiendo aquel cambio de afecto ardoroso que había abrasado las almas de los muchachos por primera vez.

—¡Cómo me he de olvidar, mi prenda!... ¡Adiós!...

—¡Adiós, queridito, adiós! ¡No te olvides!

Y aun después que Pablo desapareció, sin volverse para repetir la despedida, de lejos, ella se quedó con los ojos llorosos, devorando aquel rastro fugitivo en la dirección de las casas.

IV

Pasó un año, y llegó el verano. Secáronse los pastizales de las cuchillas, los arroyos y cañadas adelgazaron su corriente; vagaron por el aire los insectos rumorosos que viven en la atmósfera enrarecida, bajo el ardor del sol, que madura las mieses y engendra las larvas en los rastrojos y en el légamo de las lagunas.

Rosa, consumida por la impaciencia, miraba todas las tardes hacia el Oeste, esperando que asomara su consuelo. En esa dirección había salido Pablo con su padrino el año anterior. Ella los vió en la madrugada desaparecer al galope detrás de la cuchilla.

FRAY MOCHO — SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: PASEO COLÓN, 1266 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el exterior	En el Interior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre $ oro 2.00	Trimestre. . $ 3.00
Semestre . . „ 5.00		Semestre. . „ 6.00
Año. . . . . „ 9.00	Semestre. „ „ 4.00	Año. . . . . „ 11.00
N.° suelto . 20 cts.		N.° suelto . 25 cts.
N.° atrasado. 40 „	Año. . . „ „ 8.00	N.° atrasado. 50 „

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Dirección, Redacción y Admnistración: PASEO COLON, 1266
U. T. 184, Avenida

Por este camino llegó una tarde Pablo con tres mozos de su edad, vestidos todos con elegancia presuntuosa de puebleros.

En vano Rosa se mostró subida sobre los terrones de una tapera, al lado de su rancho. Pablo, que pasó a cortísima distancia, no miró de soslayo siquiera... Y la pobre muchacha se acostó esa noche con su corazón oprimido por la angustia, con mil sollozos agolpados en la garganta y raudales de lágrimas asomadas en los ojos, que no pudieron cerrarse un minuto.

Bajó al arroyo el día siguiente, acariciando una esperanza insegura... Y volvió a la casa muy tarde, sin que su amor hubiera llegado como antes al paso.

Otro día, volviendo del lavadero, se cruzó con Pablo y sus alegres compañeros. El esquivó su mirada y acompañó a los otros muchachos en las bromas que hicieron por la yegua petiza, que ya no trotaba, por más que Rosa la hostigara.

Ella esperó aún. En cuclillas sobre la piedra del lavadero, interrumpía a cada instante el trabajo, creyendo que crujía la arena del paso bajo las pisadas del caballo del patroncito.

En esos días sacaba del matojo al pobre Polichinela casi desnudo, y soñaba que Pablo había de venir a jugar con el muñeco y a besarla a ella, con aquel ardiente beso de la última entrevista... Pero los jilgueros y los tordos volaban en bandadas para el monte, y Rosa tenía que regresar a la casa sin ver realizada su esperanza.

Una madrugada, sintió tropel de caballos cerca de la casa. Se asomó vehemente, movida por un presentimiento, y vió a Pablo que, con sus compañeros del pueblo, galopaba hacia el Oeste, hasta perderse detrás de la cuchilla.

Las semillas que vuelan

Hablar de una planta o parte de planta que vuela de un punto a otro, parece un tanto paradójico. Encadenados al suelo por sus raíces, parece que los vegetales no han de poder abandonar jamás el rinconcito de tierra donde nacieron. Sin embargo, la Naturaleza ha sabido compensar la inmovilidad que les ha impuesto, lanzando a través del espacio las semillas que aseguran la vida de la especie, con ayuda de un elemento que está en constante movilidad: el aire.

Para que éste pueda conducirlas, están las semillas provistas de expansiones más o menos desarrolladas, que aumentan su superficie sin influir gran cosa en su peso. El aire puede así empujarlas y transportarlas, diseminándolas a lo lejos. No hay que decir que los botánicos han buscado un nombre para las semillas que gozan de esta propiedad; las llaman "semillas anemófilas", es decir, amigas del viento.

La semilla del olmo está rodeada por una expansión membranosa muy ligera; la del sicómoro posee también un ala membranosa, pero muy larga y solo en un lado, y la del álamo blanco dos laterales. Hay otras semillas que, por razones ignoradas, no se han sabido fabricar alas con su propia substancia y las han tomado de cualquier otro órgano de la planta. En el tilo, por ejemplo, el aparato volador de la simiente lo constituye una bráctea un tanto seca, común a muchas flores. El hojaranzo posee una hoja grande y trilobulada, que arrastra la semilla y a la vez la protege. Esta especie de ayuda mutua entre las diferentes partes de un vegetal, no tiene nada de rara; la Naturaleza parece más aficionada a recurrir ella que a crear un órgano nuevo que haga de vela o de paracaídas.

Pero los ejemplos más curiosos se encuentran en las plantas de la inmensa familia de las "compuestas", familia a la cual pertenecen la gentil bellorita, el prosáico diente de león, el aster místico y la caléndula, de fúnebre recuerdo, así como el erióforo y la yerba cana. Las simientes de estas plantas están guarnecidas de pelos que, reuniéndose, forman una suerte de diminuto paracaídas, suficiente para mantenerlas suspendidas en el aire durante bastante tiempo. Este paracaídas es lo que comúnmente llamamos un "vilano".

Tomemos como ejemplo de este género de plantas el tan conocido diente de león. Su fruto se prolonga en su extremidad superior por una larga espina que termina en un grueso copo de pelos blancos, largos y sedosos. Cuando llega el tiempo de la madurez, estos pelos se separan unos de otros a la manera de las varillas de un paraguas que se abre, y como hay gran número de frutos en una misma cápsula, el conjunto ofrece el aspecto de una bola plateada. ¿Quién no se ha divertido alguna vez en su infancia, soplando sobre una de estas bolas para ver los vilanos subir en el aire y alejarse después poco a poco? El viento hace exactamente lo mismo; pero no por recreo, sino para arrastrar las simientes hacia lejanas regiones.

Diríase que el diente de león conoce el papel que el viento desempeña en la conservación y propagación de su especie, porque el rabo de la flor permanece vertical mientras dura la eflorescencia; después se inclina hacia el suelo durante cuatro o cinco días, para dar lugar a que mueran los frutos, y por último, vuelve a levantarse para presentarlos al viento que debe arrastrarlos.

Pero no para aquí lo maravilloso. El diente de león es una planta terrestre. ¿Qué sucederá si el viento, fugaz y caprichoso, arrastra los frutos a un río o un lago? Si cayesen al fondo del agua, morirían irremisiblemente; pero eso no sucede nunca. Cuando un fruto de diente de león tiene la desgracia de caer al agua, los pelos mojados se aproximan unos a otros, el paracaídas se cierra, y en su interior queda aprisionada una burbuja de aire que sirve de flotador. El fruto permanece, merced a tan singular salvavidas, en la superficie de las ondas, cual nueva cuna mosaica, y el viento o la corriente la llevan pronto a la orilla, donde la simiente arraiga.

En este ejemplo es un "akena", es decir, un fruto de un solo grano, la que ayuda a la diseminación de las simientes. Pero en otras plantas las mismas semillas disponen de órganos especiales, destinados al mismo fin. Tal sucede con las del sauce y las del álamo, envueltas en mechones de pelos sedosos y blancos, sumamente ligeros, que las permiten ser llevadas por el viento a grandes distancias. En el verano, la caída de estas simientes dura muy pocos días, y entonces las inmediaciones de los bosques de álamos aparecen cubiertas de una capa blanca como la nieve. La semilla del algodonero también está provista de largos pelos, que constituyen el algodón.

En la flora de los trópicos se encuentran ejemplos aún más curiosos. Entre ellos puede citarse la planta denominada "centrolobio", cuyas semillas, además de una ala, que constituye su aparato volador, tienen una espina que, como el ancla de un aerostato, les permite agarrarse a las irregularidades del suelo o al pelo de los animales. Desde luego, esto último no es con el fin de que brote una nueva planta sobre el cuerpo del animal, sino para que éste, al echarse, deje en el suelo la simiente, que de este modo ha sido transportada sin cansarse.

Hay plantas, como el cirsio, en que el fruto no necesita tocar a tierra para que la semilla quede sembrada. El grano, adherido a un vilano, se desprende sin necesidad de que éste baje, y cae al suelo, mientras el paracaídas, cumplida su misión y libre de peso, sube a gran altura y continúa su viaje aéreo, cuyo fin nadie sabe dónde puede estar.

Árboles que sudan aceite

En Filipinas se crían varios árboles que exudan resina flúida muy semejante al aceite, en composición y caracteres, y que los indígenas emplean como barniz.

El "aceite de supa", por ejemplo, se saca del "Sindora Wallichii", árbol muy extendido en aquellas islas. Cada uno de estos árboles exuda unos diez litros de un líquido amarillo pálido, que se obscurece rápidamente al contacto del aire y se seca lentamente, formando una película rígida si se le extiende sobre una platina.

En algunos puntos lo emplean los indígenas para el alumbrado.

Producto semejante es el llamado "balao" o "aceite de apitong", que se obtiene practicando cavidades en su tronco. De fresco es blanco; pero también se obscurece cuando le da el aire, y se seca al extenderse, constituyendo un buen barniz. Sus cualidades secantes son superiores a las del de "supa", y también se diferencia de éste en que se solidifica al contacto del vapor.

El "malapaho" o "aceite de panao" es un producto incoloro que se saca del árbol "Dipterocarpus vernicifluus" por igual procedimiento. Se seca lentamente y se usa menos que el aceite de balao y de supa, diferenciándose también en que se reblandece con el vapor.

Químicamente, todos estos aceites de madera se componen casi enteramente de hidrocarburos, y son más o menos volátiles ante una corriente de vapor, pero difieren por completo de los aceites vegetales secantes ordinarios, como el de linaza y el de nuez, que se componen de glicerina y diferentes ácidos grasos.

Peces fosforescentes

Entre los peces más notables que viven en las profundidades del Océano, los hay provistos de una fosforescencia tan singular y extraordinaria como no podemos formarnos idea.

En el Museo Nacional de los Estados Unidos se exhibe un ejemplar de esos peces que podríamos llamar los serenos submarinos.

En la parte que corresponde a la nariz posee una glándula gelatinosa que fosforece extraordinariamente y, sobre todo, en la época del celo, que le sirve para la lucha por la existencia y para la simulación ante sus enemigos.

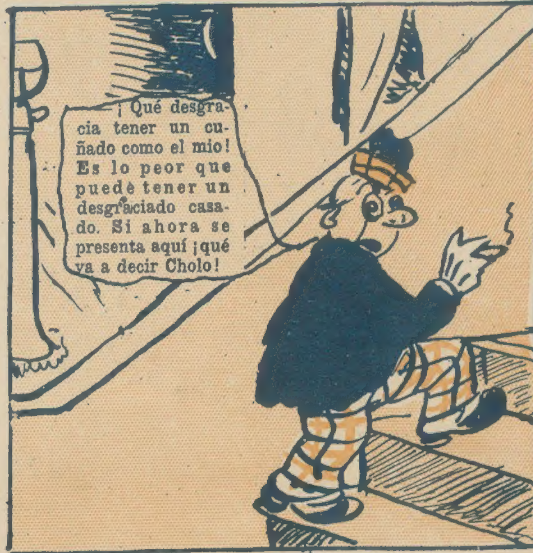
HISTORIA DE BARRIGUETE, QUE LA PATA SIEMPRE METE









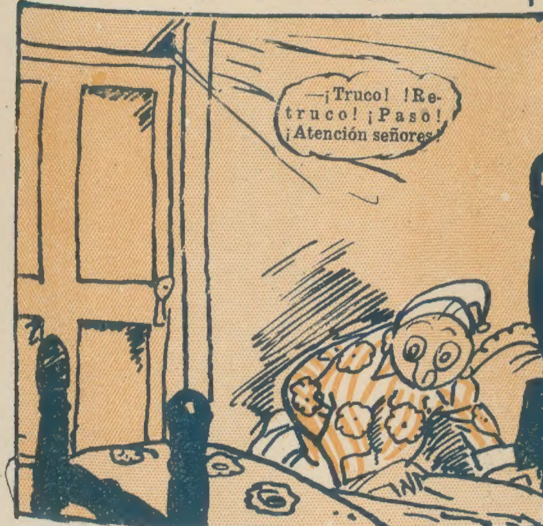




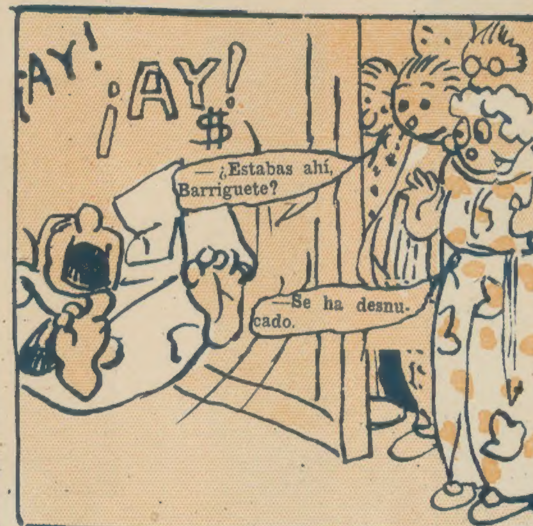












Talleres Heliográficos Ricardo Radaelli, Paseo Colón 1266 — Buenos Aires



CHOCOLATE
LA PRODUCTORA AMERICANA

EL PREFERIDO POR TODA
PERSONA DE PALADAR
REFINADO

RIVADAVIA 620
Buenos Aires

E. Parodi & Cía.



